

Marisa Grinstein



Mujeres
ASESINAS 3

Del éxito televisivo de

Pol-ka
Producciones

Editorial Sudamericana

ÍNDICE

**Blanca A., perdida Rita L., burlada
Juana Z., manipuladora Milagros R.,
pastora Nilda S., ama de casa Marcela
O., lastimada Noemí F., desquiciada Nina
L., desconfiada Paula D., bailarina
Próspera G., arrepentida Pilar T., esposa
Azucena R., vengadora Perla B.,
anfitriona Alicia I., deudora**

Blanca A., Perdida

Una tarde, sola en su casa, Blanca A. empezó a escuchar voces. Ni por un momento se asustó ni pensó que había entrado alguien a robarle ni que se había vuelto loca. Eran voces desconocidas pero firmes que le decían que tenía que cuidar a su marido.

Las voces llegaron en una época en la que Blanca había empezado a temer por la estabilidad de su matrimonio. Llevaba 16 años casada con Cacho, un electricista apocado y honesto que la había elegido como mujer después de un desengaño sentimental con su novia de toda la vida. Blanca, por su parte, también había tenido un noviazgo frustrado que terminó sin pena ni gloria por un clarísimo desinterés por parte del novio.

Así, la unión de Blanca y Cacho estuvo marcada por el agradecimiento mutuo: cada uno sentía que el otro lo ponía a salvo de opciones peores y conflictivas.

Cuando se casaron, Blanca tenía 24 años y su marido 32. La diferencia de edad tranquilizaba a Blanca, cuya madre, Aurora, siempre le había machacado sobre el mismo asunto. “Los maridos –le explicaba– tienen que ser bastante mayores. Si no, se aburren de una y se van con otras mujeres más jóvenes.” Así, Blanca vivió sus relaciones con un miedo enfermizo a que se aburrieran de ella. Y contra eso no podía hacer nada, tenía la certeza de que era una persona anodina, que no podía despertar el interés de nadie.

Desde muy chica, Blanca quería ser arquitecta para construir casas enormes con vista a jardines. Pero Aurora la había convencido de que su capacidad no daba para tanto. Impaciente, le recomendaba ser maestra y tener un trabajo seguro y menos complicado. Blanca aceptó.

Su hermana Rosa, cinco años más grande, la cuidaba y había intentado preservarla de la asfixia materna. Pero muy pronto se fue de la casa: se casó un mes después de haber terminado el

colegio secundario y se instaló en otro barrio. Blanca todavía tenía 13 años, de modo que pasó su adolescencia como hija única, escuchando los sermones de su madre. Su padre, un empleado municipal enfermo y depresivo, pasaba el tiempo escuchando radio y haciendo crucigramas, aunque una vez por semana, todos los miércoles, desaparecía de la casa a las 7 de la tarde y no volvía hasta las 11 de la noche. Cuando Blanca se animó a preguntarle a Aurora por el misterio de esas ausencias, recibió una cachetada. Mucho más tarde, cuando su padre murió de un infarto y ella ya estaba casada, se enteró de lo que ya suponía: su padre reservaba las tardes de los miércoles para encontrarse con su amante.

El matrimonio de Blanca fue rutinario desde el comienzo. Sin embargo, ella compensaba la falta de pasión con la certeza íntima de que Cacho se iba a cansar de ella y le pediría el divorcio. Y esa certeza hacía que el interés por su marido estuviera activado constantemente.

Durante los primeros años, trabajaba como maestra. Daba clases a alumnos de séptimo grado, pero después se dio cuenta de que nada le interesaba de la enseñanza primaria. Cada día era una tortura: los planes de estudio le parecían mediocres, los alumnos la asustaban, sus madres le resultaban agresivas. Solía dar clases parapetada tras su escritorio, indecisa y frágil. Los chicos habían advertido sus puntos débiles y la martirizaban: le tiraban tizas, se burlaban de ella, la imitaban, le pegaban chicles en la silla.

Volvía a su casa llorando y se quedaba en la cama todo el día. Los médicos le habían dado varias licencias psiquiátricas hasta que, al fin, la jubilaron anticipadamente, a los 33 años.

Cacho, su marido, la acompañaba en este proceso. Nunca minimizó sus miedos ni sus fobias, y siempre fue partidario de que abandonase un trabajo que –era evidente– no la hacía feliz.

Un día, mientras tomaban el desayuno en la cocina. Cacho anunció que Gutiérrez, uno de sus más antiguos clientes, quería instalar un negocio de artículos de electricidad. Había alquilado un local a una cuadra de la estación de trenes y, como sobraba

espacio, lo había invitado para poner allí mismo su taller de arreglos. Blanca estaba espantada. Todos sus miedos se materializaban: su marido, al fin, tal como ella había imaginado, se iría. Al borde de las lágrimas, le suplicó que no aceptara la propuesta de Gutiérrez.

A pesar de los antecedentes psicológicos de su esposa. Cacho no entendía esa reticencia absurda. Los miedos y traumas de Blanca eran demasiado complejos para un hombre sencillo como él.

Tres meses después, Gutiérrez y Cacho inauguraron el local. Una semana antes, Blanca empezó a escuchar las voces que la alertaban sobre el alejamiento de su marido, y se acostumbró a contestarles. Solía hablar sola en voz alta, y disimulaba en cuanto llegaba su marido.

Para distraerse, limpiaba su casa frenéticamente. Compraba revistas femeninas en las que buscaba todo tipo de consejos para el hogar. Así, se había acostumbrado a varios rituales: frotaba las alfombras con vinagre, pasaba espátulas en las juntas de los azulejos, les daba brillo a las canillas usando un trapo con jugo de limón. Sus hábitos de limpieza le calmaban los nervios, le hacían pasar más rápido el tiempo en el que Cacho estaba fuera de la casa y le daban la idea de que su marido, viendo una casa reluciente y pulcra, no estaría tan ansioso por abandonarla.

Paralelamente, había desarrollado la costumbre de rascarse el brazo izquierdo hasta lastimarse.

Durante años, Blanca y Rosa respetaban la costumbre de visitar juntas a su madre una vez a la semana. Pero desde que Cacho había instalado su taller en el local de Gutiérrez, Blanca había dejado de ir. Estaba demasiado desmoralizada y desganada como para, además, escuchar las permanentes críticas de su madre. Una tarde, sin embargo, Rosa fue a buscarla y la llevó casi a rastras.

En casa de Aurora se comportó de forma tan esquiva que la madre y la hermana advirtieron que algo extraño estaba pasando. Blanca ofreció resistencia, pero al final confesó que se sentía débil y sin ganas de nada. “Por ahora, Cacho se va a trabajar,

pero dentro de poco me va a dejar. ¿No entienden? Se va a ir y no va a volver”, dijo.

El marido de Rosa había muerto hacía dos años y vivía sola. Como su hermana, jamás había podido quedar embarazada, pero si bien Rosa vivía este hecho como una injusticia menor, Blanca se sentía culpable de no haberle dado un hijo a Cacho. Le preguntó otra vez quién le había contado que Cacho se iba a ir. Blanca no aguantó más y dijo: “Escucho voces”.

Rosa la convenció de que fuera a un psiquiatra. Antes, tuvo que jurarle a Blanca que la acompañaría y no le contaría lo de las voces ni a su marido ni a su madre ni a nadie.

Blanca siguió escuchando voces. Tomó las pastillas durante unas semanas, pero antes de que hubiera pasado el tiempo necesario para producir efecto las abandonó. Las voces ya no solamente le confirmaban sus miedos y sospechas, sino que habían empezado a darle órdenes. Así, las voces le exigieron que controlara de cerca la actividad de Cacho. Blanca pasaba entonces tardes enteras espíandolo desde la esquina del local, histérica ante la posibilidad de ser descubierta, rascándose el brazo hasta lastimarse.

Otro día, cuando Cacho llegó a su casa más tarde de lo habitual y explicó que había estado terminando un arreglo atrasado, las voces le dijeron a Blanca que él mentía. Enceguecida, ella le dijo que quería saber la verdad y que sus explicaciones eran falsas. Todo terminó en una pelea feroz.

Cacho estaba al tanto de la precariedad emocional de su esposa. Rosa, su cuñada, le había contado lo de las voces, las sesiones con el psiquiatra y los medicamentos. De modo que Cacho, a su vez, también espía a su mujer: escondido, pudo verla hablando sola, destornillador en mano, o cortando un tomate mientras movía los labios como si rezara.

Una mañana Cacho se despidió más temprano que lo usual. Dijo que tenía que buscar un dinero en la casa de Gutiérrez y después pasar por el banco. En cuanto se fue, Blanca advirtió que había dejado su caja de herramientas. Se sentó al lado de la caja,

pensativa. Las voces le indicaron que Cacho estaba más dedicado a su trabajo que a ella, y que era esa dedicación enfermiza lo que estaba acabando con su matrimonio.

El razonamiento era que había que deshacerse de las herramientas, para evitar males mayores. Blanca miró a su alrededor. Las voces captaron sus intenciones y la guiaron: no era posible quemar las herramientas ni ocultarlas. Tenía entonces que sacarlas de la casa. Regalárselas a alguien.

Siguió caminando hasta que se topó con otro hombre que esperaba un micro y dejó la caja a sus pies. “Son de mi marido, pero no las va a usar más”, dijo.

Esa tarde, cuando Cacho volvió, encontró a Blanca muy arreglada, con la comida lista. Comieron y se fueron a la cama. Blanca le preguntó por su trabajo y le anunció, orgulloso, que le habían llevado varios electrodomésticos para arreglar. Entusiasmado, agregó: “Ahora puedo hacer más plata. Y hasta voy a ahorrar y vamos a poder irnos a algún lado”. Blanca se sentó en la cama, herida. “Estás afuera todo el día... ¿Y yo? ¿Y yo? ¿No pensás en que quiero que estemos juntos como antes, cuando trabajabas acá en casa?”.

A la mañana siguiente Cacho se levantó temprano para ir a trabajar. Tomó muy rápido un café con leche mientras de reojo miraba a Blanca, que parecía más inquieta que nunca. Se puso un saco y una bufanda y buscó la caja de herramientas. No la encontró. Siguió buscando hasta que le preguntó a Blanca, que, esquiva, le contestó que no la había visto. Cacho, impaciente, la agarró del brazo y le pidió a los gritos su caja de herramientas. Blanca intentó convencerlo de su inocencia hasta que se dio por vencida y se sentó en el suelo, tapándose la cara con las manos. Cacho se paró al lado de ella y se contuvo para no explotar. “Dámelas ahora”, dijo. Blanca le confesó que las había regalado. Cacho respiró hondo y buscó solucionar la cuestión: “Vas a ir y las vas a pedir de vuelta”. Blanca, lívida, negó con la cabeza: “Se las dejé a alguien en la calle. No sé dónde están”.

Ese día Cacho le anunció que se iba de la casa. Al final, su marido se había ido, tal como le habían anunciado las voces. Rosa fue

calmando a su hermana poco a poco. Le dijo que la única forma de retomar su matrimonio era aceptando que su marido, como todos los maridos del mundo, iba a trabajar fuera de la casa. Y que tenía que volver a sus remedios en ese mismo momento.

Una semana después, Rosa habló con Cacho. Le dijo que Blanca se había arrepentido sinceramente, y que estaba haciendo un riguroso tratamiento psiquiátrico: “Si toma siempre las pastillas, va a estar todo bien”.

Rosa le anunció además a Cacho que él, como marido, tenía que conocer al psiquiatra de Blanca. “Me dijo que lo llames mañana, para sacar una hora con él. Tiene que hablar con vos, me parece”. Cacho se sintió culpable por no haber acompañado jamás a su esposa en sus consultas con el psiquiatra. Rosa advirtió esa grieta en la estructura férrea de su enojo y la utilizó en el acto. “¿Por qué no vas a verla, aunque sea un rato?”.

Cacho, que además de estar harto de dormir en el local sentía que no podía dejar a su esposa enferma, sola y desvalida, aceptó. Le dijo a su cuñada que iría para hablar, para buscar un poco de ropa limpia y para ver si las cosas realmente habían mejorado.

Un rato más tarde, Rosa llamaba por teléfono a su hermana para anunciarle que esa misma noche su marido iría a la casa a cenar. Blanca estuvo toda la tarde cocinando una tarta de manzanas

para Cacho. Mientras tanto, las voces se habían vuelto imparables. Blanca, muy nerviosa, trataba de no escucharlas. Iba cortando pedazos de fruta y contestando, enojada: “Basta. No quiero saber más nada. Hoy quiero estar tranquila”. Las voces, una vez más, le decían que Cacho se iría, y que toda esa ceremonia nocturna de la charla y la cena sería en vano.

Cuando llegó Cacho, Blanca estaba sentada en la cocina leyendo una revista. Lo recibió como si nada hubiera pasado y le dijo que le había preparado tortilla de papas. Comieron, y ella le contó que durante esa semana había empezado un curso para aprender a hacer velas. “Yo también quiero trabajar, me va a hacer bien”, anunció. Blanca le señaló un estante donde había una serie de velas que ya había terminado de fabricar.

Cacho comía y evitaba hablar de su propio trabajo. En

determinado momento, Blanca tuvo que levantarse: estaba escuchando tal remolino de voces que era incapaz de seguir una conversación con normalidad. Fue hasta la heladera y sacó la tarta de manzanas. Eligió un cuchillo de un cajón y se puso a despegar la tarta de su fuente. “La voy sacando ya para que no esté tan fría”, anunció. Pero las voces seguían y se multiplicaban. Blanca se apoyó contra la mesada y se agarró la cabeza. Cacho, que la estaba estudiando desde la mesa, se alarmó. “¿Te sentís mal?”, le preguntó. Blanca, temblando, le dijo que iría un momento al baño porque le había bajado la presión. “Es que acá no hay aire”, explicó, mientras salía.

Ya en el baño, Blanca se lavó las manos con agua fría, muy enojada. Sentía que las voces la gobernaban, y que ella no tenía el más mínimo control de sí misma. Se miró en el espejo y empezó a echarse agua fría en la cara y a frotarse los ojos. El brazo izquierdo le picaba y le ardía. Blanca sacó del botiquín la tijera que usaba para sus trabajos de costura. Con el filo empezó a rascarse hasta sangrar.

Mientras tanto. Cacho esperaba. Terminó su tortilla y se levantó para ir a ver si su mujer necesitaba algo. De paso, arrancó un borde de la tarta de manzanas y la probó. Caminó por el pasillo hasta el baño. Escuchó que su mujer lloraba. Se acercó a la puerta y golpeó. Su mujer no contestó. Cacho abrió la puerta despacio y vio a Blanca sentada en el suelo, llorando, con el pelo en la cara. Cacho se arrodilló para consolarla. En cuanto la tocó, Blanca levantó el brazo y le clavó la tijera en el pecho. Asombrado y malherido, Cacho empezó a caer hacia atrás, muy lentamente. Y Blanca siguió clavándole la tijera en el pecho y en el cuello, hasta que ya no tuvo fuerzas para seguir.

Blanca permaneció toda la noche junto al cadáver de su marido. A la mañana siguiente, llamó a su hermana para anunciarle que había matado a Cacho. Blanca fue acusada de homicidio agravado por el vínculo. Las pericias psiquiátricas determinaron que padecía un severo cuadro de esquizofrenia, y fue declarada inimputable. A los psiquiatras forenses, Blanca les explicó que había matado a su esposo porque unas voces se lo habían

ordenado.

Blanca permaneció nueve años internada en una institución psiquiátrica del interior. Salió en 2004. Actualmente, vive con su hermana

Rita L., burlada

Rita L. se despertó sobresaltada. Estaba viajando en un colectivo viejo y suburbial cuando Consuelo, su hija mayor, le dio un codazo en las costillas.

Rita, confundida, miró hacia afuera: casas precarias, gente andando en bicicleta, un corralón de materiales, un par de edificios altos a lo lejos. Consuelo le señaló hacia adelante, muy cerca del conductor. Un hombre joven, de pelo castaño, le mostraba un mazo de cartas a una mujer muy gorda. “No las vende, hace magia”, le aclaró Consuelo a su madre.

El hombre iba ofreciendo cartas a los pasajeros, les decía que sacaran algunas y luego adivinaba, sin equivocarse ni una sola vez, cuáles habían elegido. Cuando dio por terminada la demostración, se agachó para saludar como un bailarín clásico, sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón, lo puso frente a su cara, hizo un movimiento rápido con su mano derecha y sacó un clavel rojo sangre de los pliegues de la tela.

Mientras la gente lo aplaudía, el mago hizo una bolsa improvisada con el mismo pañuelo y se dispuso a recoger las propinas.

Consuelo miró de reojo a su madre: estudiaba al mago con atención, casi sin respirar, con una admiración desmedida. Se dio cuenta también de que el mago ya había advertido la actitud de su madre y estaba acercándose por el pasillo.

Rita, apurada y torpe, buscaba monedas en su bolso cuando el mago se paró al lado de su asiento. Expectante, Rita extendió el brazo para dejar el dinero pero el mago, sonriente, cerró con una mano la abertura de la bolsa y con la otra les ofreció su clavel. "Me llamo Camilo. Y lo que necesiten, me dicen."

Camilo tenía treinta y seis años, dos más que Rita y veinte más que Consuelo. Se presentaba de manera formal como mago, vidente y sanador. Había nacido en Misiones y había recorrido todo el país haciendo magia, adivinando el futuro, ofreciendo hechizos milagrosos y pócimas "más potentes que los remedios de los doctores". El mismo día en que conoció a Rita y a Consuelo, las invitó a caminar ya comer unas galletas que había aprendido a preparar con unos amigos chinos.

Rita escuchaba los relatos de Camilo con fascinación y absoluta credulidad. A Camilo, por su parte, no le costó nada darse cuenta de que su admiradora era una mujer sufrida, insegura y harta de su mala suerte. Lo primero que hizo fue agarrarle la mano una mano que lo decía todo, con uñas de esmalte saltado, magullones y asperezas y adivinarle su vida.

Con la mano de Rita entre las suyas y los ojos cerrados, Camilo respiró hondo varias veces seguidas, mantuvo un largo silencio y al fin habló: "Veo sufrimiento. Muchas cosas oscuras. Traiciones. Envidia. Energía trabada. Pero veo que esto se acaba. Viene el aire, empieza a fluir. Todo empieza a fluir".

Conmovido por su propio discurso, Camilo abrió unos ojos casi llorosos y le soltó la mano. "Yo te voy a ayudar. Confía en mí."

Consuelo, sentada en el mismo banco de plaza que su madre y el mago, masticando sin ganas una galletita china, escuchaba con escepticismo. Cruzó una mirada con Camilo en el mismo momento en que él le miraba las piernas. Hizo el clásico y femenino movimiento de tirar hacia abajo la pollera, se levantó, aburrida y fastidiada, y le tocó el hombro a su madre. "¿Vamos?"

Rita era la menor de catorce hermanos y vivió en Tucumán con su familia hasta que decidió seguir a un recolector de caña de azúcar que le propuso mudarse a Buenos Aires. Cuando llegaron, se instalaron en una mísera pieza alquilada, sin baño y con goteras. Una vecina, que solía acompañarla a hacer las compras, le dio un consejo equivocado: "Te tenés que embarazar. Sin hijos, no tenés nada. Ni el marido te va a durar". Fue al revés. A los diecisiete años se quedó embarazada de Consuelo y su pareja, al enterarse de la novedad, le dio un par de puñetazos furiosos y la abandonó.

Una prima la ayudó a criar a su hija y conseguir un trabajo de empleada doméstica hasta que, cinco años más tarde, la historia se repitió. Rita quedó embarazada de su segundo hijo. Su nueva pareja también la dejó, aunque esta vez sin golpes y sin aviso.

La prima, fastidiada por los descuidos sexuales de Rita, le advirtió que no había lugar para otro chico y que fuera buscando una nueva casa. Rita tuvo a su hijo, a quien le puso Javier, como su hermano mayor, y viajó a Tucumán para entregárselo a su madre. Antes de volver a Buenos Aires le sacó una foto en donde se lo veía durmiendo, con los ojos entrecerrados, un gorrito celeste y una cinta colorada contra la envidia en la muñeca izquierda.

Volvió destrozada, extrañando al hijo que no iba a criar y jurando que no volvería a quedar embarazada ni volvería a confiar en

ningún hombre.

Pero apareció Camilo para desbaratarle sus planes.

Camilo tenía una ex esposa y una hija, aunque había perdido todo contacto con las dos. A medida que iba mudando de domicilios y de amistades, cambiaba las versiones de su pasado. Siempre evitaba, eso sí, mencionar a su único y fallido matrimonio y a su hija ignorada, y al final hasta él mismo las había borrado de su cabeza.

Por regla general, él se involucraba con clientas de cualquiera de sus múltiples actividades. Podía ser el amante de una mujer a la que le tiraba las cartas, o de una a la que le recetaba un ungüento contra los nódulos mamarios, o de otra a la que le prometía un gualicho para perjudicar a su ex marido. No era casualidad: su clientas lo veían como un ser superior, y él utilizaba esa visión equivocada de la realidad en beneficio propio.

Esas relaciones seguían, todas, el mismo esquema; Camilo se acercaba a la mujer, la convencía de que estaba frente a un hombre virtuoso y desinteresado, le ofrecía lo que ella evidentemente estaba buscando, le sacaba todo el dinero que podía y desaparecía. Pero era prolijo con todas. Antes de irse las convencía de que esa separación era impuesta por las divinas reglas del destino y de que él, Camilo, había sido apenas el instrumento para abrirles las puertas a una vida mejor.

Cuando conoció a Rita y a su hija, él estaba relacionado con Lidia, una mujer amargada y envidiosa a la que le hacía trabajos de umbanda para que su marido dejara a su nueva amante y regresara al hogar. Pero la mujer había consumido sus recursos y no había en el horizonte muchas oportunidades de que aparecieran nuevas fuentes de ingresos. El fin de la relación era inevitable.

Dos días después de aquella actuación de magia en el colectivo, Camilo invitó a Rita a su casa para ofrecerle una cura energética.

En realidad, la casa de Camilo era un único cuarto donde había una mesa con estatuas de santos, dos sillas, un colchón en el piso, una pileta de lavar, una hornalla a gas y una heladera baja y oxidada.

Rita apareció con una pollera corta, mucho perfume, una bolsa con facturas y dos botellas de cerveza.

Camilo la invitó a sentarse y hablaron. Le explicó, didáctico, que sus trabajos de magia en los medios de transporte eran nuevos: había empezado unos meses antes durante un viaje largo y aburrido por el interior de Córdoba. La gente empezó a interesarse y la idea demostró ser un éxito moderado, pero éxito al fin. Sin embargo -remarcó Camilo- todos sus trabajos de magia y de adivinación eran un simple instrumento para lograr la confianza de la gente y poder entrar en sus corazones descreídos. "Entonces puedo empezar a dar luz y ayudar de verdad, que es mi misión en este mundo."

Rita necesitaba creerle porque quería, después de tanto tiempo, estar con un hombre y para eso tenía que convencerse así misma de que ese hombre era especial, de que no la iba a engañar ni maltratar ni abandonar. Por eso mismo, si Camilo aseguraba que su misión era ayudar a la humanidad, Rita lo escuchaba con atención, cándida y esperanzada.

Antes de que Rita pudiera empezar con su propio relato, Camilo la hizo callar. Le apoyó las dos manos cerca de la garganta y cerró los ojos. Rita, incómoda, se quedó quieta, esperando. Camilo no hizo ningún movimiento: se limitó a dejarle las manos apoyadas en la garganta ya respirar de manera rítmica y sonora. Rita no tardó nada en cerrar ella también los ojos y acompañar su respiración a la de Camilo. Un par de minutos después, él sacó

las manos y fue a la pileta a lavarlas. Entonces se las mostró, frías y agarrotadas. "Absorbieron la energía negra que tenías. El agua se lleva una parte de lo negativo pero algo siempre queda." Camilo se empezó a frotar una mano con la otra mientras Rita, admirada, observaba.

No era tan difícil ni para Camilo ni para nadie darse cuenta de que ya durante el ritual de las manos Rita estaba dispuesta a todo. Sin embargo él esperó un rato más. Serio, siguió moviendo los dedos, respirando profundo, hasta que le preguntó si se sentía bien. "Mirá, ahora voy a repetir el ejercicio. Vas a ver la diferencia de energía." Camilo volvió a apoyarle las manos en el cuello, esta vez mirándola a los ojos. "¿Mejor?" Rita asintió. Camilo la agarró de la mano y la llevó a su colchón. A partir de ese momento empezaron a verse todos los días, pero en la casa de Rita.

La casa de Rita, aunque modesta, era mucho mejor que la de Camilo. Tenía un cuarto en el que dormían madre e hija, un baño, una cocina comedor y un lavadero en un patio minúsculo.

Rita podía mantenerla a duras penas gracias a su trabajo de mucama. Sin embargo, había meses en los que el dinero ni siquiera le alcanzaba para pagar la luz y el gas.

Consuelo cursaba el colegio secundario y era la encargada de limpiar la casa. Rita, que apenas sabía leer y escribir, se había propuesto que sus hijos terminaran el colegio y, si algún milagro sucedía, que fuesen a la universidad. Había calculado que en unos años más podría enviar una mensualidad a su madre para sacar a flote a su hijo menor que estaba en Tucumán.

A pesar de sus apuros económicos, Rita había empezado a darle dinero a Camilo. No es que él se lo pidiera en forma directa. Camilo, simplemente, se sentaba, se agarraba la cabeza, suspiraba y empezaba a murmurar. Cuando Rita le preguntaba, él mantenía unos segundos de silencio hasta que al fin hablaba:

"Tengo que hacer una cadena de oración y no pude comprar las velas". "Le di todo mi dinero a una mujer para que le compre los remedios al hijo." "Tengo que ir a curar a un viejo y no tengo para el pasaje." Rita, de inmediato, abrió su bolso y le daba lo que tenía.

Consuelo sospechó desde un primer momento de las intenciones de Camilo. Estaba convencida de que su madre había caído en las garras de un estafador. Nada de lo que hacía Camilo le resultaba confiable: ni sus trucos de magia, ni sus videncias, ni sus famosas aperturas de caminos ni sus extraños manejos de la energía. Lo que sí advertía con cierta claridad era que el novio de su madre la miraba con un interés sexual bastante evidente. Ella respondía a ese interés con ambivalencia: por un lado se enojaba y ofendía, y por otro se sentía importante y halagada. Su intuición femenina, sin embargo, le decía que no debía hacer ningún comentario a su madre sobre ese punto: se ofendería y la acusaría de ser ella misma quien provocaba a su hombre.

Rita, en tanto, más de una vez había sorprendido a Camilo estudiando a su hija con miradas nada paternales. Pero enseguida se decía que lo suyo eran ideas paranoicas y nada más, y se olvidaba del asunto.

Ni bien empezaron a salir juntos, Rita comenzó a temer por la estabilidad de su pareja. El primer peligro, estaba claro, eran las clientas de Camilo. Como ella no podía evitar que él ejerciera su oficio esotérico, lo único que le quedaba por hacer era neutralizar los riesgos. Entonces invitó a su novio a vivir con ella y su hija.

En realidad, la idea se la había instalado Camilo con enorme astucia. Muchas veces él miraba a Rita con gesto de preocupación, y le decía que había pasado toda la noche con una clienta en plena limpieza energética. "Las tentaciones son tantas...Hay que trabajar contra eso", decía él en voz baja, como para sí mismo.

Así fue que antes de cumplir dos meses de relación, Camilo embaló las pocas cosas de su pieza, fue a vivir a lo de su novia y dejó de pagar alquiler.

Rita juntó su cama y la que usaba su hija, con lo que improvisó una cama matrimonial. Consuelo iría a parar a la cocina comedor. Pondría en el piso el colchón de Camilo y ahí se arreglaría. Las estatuas de umbanda y las imágenes religiosas y esotéricas estarían guardadas en un armario hasta el momento de usarlas.

Poco antes de abandonar su casa, Camilo invitó a Rita y a su hija a presenciar una "apertura de caminos". La sesión se haría para ayudar a Lidia, la última de sus clientas-amantes que él estaba descartando.

Rita no tenía ningún interés en que Consuelo estuviera en la sesión pero Camilo fue insistente: la personalidad rebelde de la chica se aplacaría y enderezaría gracias al fluir energético del trabajo.

Apenas llegaron a la pieza de Camilo, él le pidió a Rita que fuera a un bar a buscar un par de cervezas. No eran para celebrar nada sino para convidar a las presencias del más allá. Según la explicación de Camilo, durante la ceremonia él invocaría a ciertos espíritus mediante cánticos y rezos, y esos mismos espíritus ofrecerían su ayuda divina. A cambio, él debería dejarles sus ofrendas. "Les gustan la cerveza, el cigarrillo y la sangre. La sangre que fluye, como la vida, lleva energía y abre caminos."

Las dos, en ese momento, se miraron con cierta inquietud, pero Camilo las tranquilizó. "Hay muchas sangres, hay muchos caminos. Todo depende de lo que se esté pidiendo. A veces se mata algún animal, pero ahora vamos a usar hígado de vaca. Para este trabajo sirve igual porque no estamos pidiendo algo muy complicado para los santos."

Cuando Rita salió a comprar la cerveza, Camilo sacó de la heladera una fuente con hígado picado y la puso sobre la mesa. Acomodó las estatuas de los santos, colocó unas cuantas cartas de tarot en lugares estratégicos y ubicó en el centro de la mesa una jarra y un vaso.

Consuelo, callada, estudiaba la escena. Camilo se le acercó y la tomó de la mano. "Vení. Antes de empezar te voy a limpiar la energía que te oscurece. Esa energía te frena y me puede frenar mi trabajo también." Consuelo se apartó, intimidada. "No, dejá Yo no creo en esas cosas." Camilo no le hizo el menor caso. Se paró frente a ella y apoyó las palmas abiertas de sus manos sobre las mejillas de Consuelo. Cerró los ojos y empezó a bajar las palmas hasta llegar al cuello, masajeando de manera suave y firme. Poco a poco Consuelo se fue abandonando, dejando caer la cabeza hacia atrás. En ese momento, justo en el momento en que Consuelo esperaba que él siguiera, Camilo interrumpió su trabajo. Sacó las manos y pudo ver durante un segundo su mirada de decepción y fastidio.

Poco después llegó Rita con la cerveza. Camilo llenó la jarra y el vaso, se puso una remera blanca sobre su remera verde, les hizo un gesto a sus espectadoras para que se sentaran y dio por iniciado el ritual. Empezó a rezar en susurros muy tenues y poco a poco fue subiendo el tono hasta que al final se agarró a la mesa con ambas manos, como sosteniéndose. Se balanceaba de un lado al otro hasta que se quedó quieto. Se tomó de un solo sorbo todo un vaso de cerveza y habló con voz enronquecida. "Pido ayuda para abrir los caminos de Lidia. Luz y claridad en su vida. Que no se confunda y que perdone. Que perdone y que sea feliz. Que escuche; las voces de los santos a través de la energía. Que obedezca y que se libere para ser feliz en unidad con nosotros. Y abramos los caminos de Rita y Consuelo. Que se entreguen sin dudas interiores, para su liberación. Que se abra la oscuridad que las amenaza con peligros graves. Que yo tenga energía para protegerlas." Camilo quedó callado unos instantes, agarró una

cuchara de madera que estaba dentro del recipiente del hígado picado, la colmó con esa pasta sangrante y espesa y se la llevó a la boca. La tragó, sin masticar. Enseguida se sirvió otro vaso de cerveza. De pronto se apoyó contra la mesa, se sacudió como si tuviera un escalofrío, abrió los ojos y miró a Rita y a su hija. Las dos estaban fascinadas e impresionadas.

Camilo respiró hondo, se sacó la remera blanca y prendió la luz. "Listo. Si quieren, vamos a comer una pizza por ahí."

Con Camilo viviendo en su casa, a Rita ya no le alcanzaba su sueldo. Fue el mismo Camilo quien le consiguió un nuevo trabajo a través de un amigo, Óscar.

Óscar había sido su socio, muchos años antes, en un negocio de compra y venta de repuestos para autos. Trabajaban exclusivamente con artículos robados y estuvieron a punto de ir presos. Después Óscar puso un bar al que Camilo visitaba con frecuencia.

Una noche Óscar le comentó que estaba buscando una mujer para limpiar pisos y baños, y Camilo le recomendó a Rita.

Fue así como Rita, además de su trabajo habitual, limpiaba el bar cuatro horas por día. Terminaba exhausta y de pésimo humor, pero el dinero le servía para mantener a Camilo.

A todo esto, Camilo había abandonado sus trucos de magia, que le habían servido durante mucho tiempo para pagar buena parte de sus gastos. Pero todo eso ya no tenía sentido. Rita le daba dinero y lo alimentaba, y Consuelo le lavaba la ropa y se la planchaba.

Camilo pasaba el día en la casa, viendo televisión y tirando las cartas en soledad. Muy rara vez salía a ver a algún cliente, y pasaba horas y horas en la cama.

Consuelo había perdido toda curiosidad por Camilo. Ya no se sentía importante al ver el interés que despertaba en un hombre mayor. Más bien, había empezado a odiarlo. Le multiplicaba su trabajo hogareño, consumía buena parte de los ingresos de la casa y la abrumaba con sus miradas lascivas y sus elípticas insinuaciones sentimentales. Consuelo jamás estaba segura acerca de lo que Camilo le estaba sugiriendo: pasaba, entonces, la mitad del tiempo temerosa de sus avances y la otra mitad odiándose por no enfrentarlo. Y no lo enfrentaba por el simple motivo de que existía la posibilidad de que todos esos avances fueran apenas un triste producto de su imaginación de adolescente virgen y sin novio.

Su madre, que estaba cada vez más sometida a Camilo, trataba a Consuelo con rencor. Más de una vez había advertido que Camilo intentaba estar a solas con su hija, y que le hacía excesivas preguntas acerca de su vida sentimental. Rita, para preservar la imagen de su novio, suponía que era su propia hija quien intentaba seducir a su pareja.

Camilo no tardó nada en aburrirse de Rita e interesarse en Consuelo. Pero tenía muy en claro que era Rita quien pagaba las cuentas. Su plan, entonces, consistía en seguir "casado" con la madre pero lograr un acercamiento sexual con la hija.

A Óscar, su ex socio, se lo dijo claramente. "La vieja que me mantenga. Y la hija que me caliente."

Pero las cosas no le resultaban fáciles. Consuelo lo esquivaba y Rita lo vigilaba. Al fin, sacó de la galera una solución perversa: intentaría acercarse a la hija con la anuencia de la madre.

Rita, mientras tanto, trabajaba durante todo el día y cuando llegaba a su casa, por la noche, se desvivía por hacer feliz a Camilo. Le daba dinero, le compraba sus chocolates preferidos, le hacía masajes, lo escuchaba con admiración y hacía en la cama

todo lo que él le pedía, que no era poco. Consuelo, desde el colchón del cuarto contiguo, escuchaba gritos y gemidos con absoluta claridad.

Por las mañanas Rita estaba cansada y adormilada. Sabía, además, que tendría que afrontar un día entero de sacrificio laboral mientras que Camilo y su hija pasarían juntos unas cuantas horas, cuando Consuelo volviera del colegio.

Una tarde, mientras Rita limpiaba vidrios, la dueña de la casa en la que trabajaba le reprochó con pésimos modales no haber baldeado un patio. Rita estalló. Contestó a los gritos y unos minutos más tarde estaba despedida.

Rita lloró un buen rato en una estación de trenes y fue a su segundo trabajo mucho más temprano que lo habitual. Cuando Óscar, el dueño del bar, se enteró de lo que había pasado, se subió al caballo de su desgracia y le bajó el sueldo. Le dijo que había estado pensando en prescindir de sus servicios pero que no lo había hecho por consideración a Camilo. Pero que ya no podía darle lo que venía pagándole. Óscar sabía que Rita no podía perder también ese empleo, y que se quedaría ahí aunque fuese con un sueldo menor.

Rita volvió a su casa aterrada. Tendría que enfrentar a Camilo y decirle que el mismo día la habían echado de un trabajo y le habían bajado el sueldo en el otro.

Rita bajó del colectivo, le compró a Camilo una botella barata de vino y fue a su casa, torturada por las negras posibilidades que se abatían sobre ella y su relación.

Cuando abrió la puerta encontró a Consuelo cocinando y a Camilo en la cama. Saludó a su hija con un beso apurado y se encerró en el cuarto con Camilo. Se sentó en la cama, abrió la botella, le sirvió un vaso de vino y confesó su derrumbe laboral.

Camilo escuchó, se sentó en la cama, miró a Rita a los ojos y le dijo que él ya sabía que eso iba a suceder: la videncia se lo había adelantado.

Durante la cena Rita le anunció a su hija que tendría que salir a buscar un trabajo, y que si era necesario tendría que dejar por un tiempo sus estudios. Consuelo lloró a mares y preguntó, a los gritos y tropezando con las palabras, por qué no salía a trabajar el único hombre de la casa, "el parásito que vive acá con nosotras". Rita se levantó para darle una cachetada pero Camilo intervino con una actitud oriental que, sin embargo, dejaba traslucir cierta perversidad. "Dejala. Está creciendo, por eso llora. Dejala que fluya la energía que no le sirve." Rita, sobrepasada, también lloró. Camilo tomó de las manos a la madre y a la hija. "No peleen. Yo las voy a ayudar. Las quiero a las dos por igual, sin ninguna diferencia. Si nos unimos, vamos a ser libres los tres. "

Camilo no se preocupó demasiado por la pérdida del trabajo de Rita: era un empleo tan mal pagado que podía conseguir otro similar en poco tiempo. También se negó a que Rita mandara a su hija a trabajar. "Vos vas a conseguir otra cosa muy pronto. A ella dejala tranquila por un tiempo. "

Rita, por su parte, leyó la actitud despreocupada de Camilo como una colosal prueba de amor. Feliz, acompañó a su hija al colegio y le explicó que se había dado cuenta de algo: Camilo la amaba por encima de todas las cosas materiales. Varias veces Consuelo le había dicho a su madre que Camilo era vividor, haragán e interesado, y ahí estaba la prueba para derribar esa teoría absurda. "La plata no le interesa. Quiere ser feliz conmigo y nada más y quiere que vos te portes bien y termines los estudios."

Una noche Rita volvió de su trabajo en el bar y encontró a Camilo pálido en la cama. Muy preocupada, le tomó la fiebre, lo arropó y quiso llamar al médico. Cuando Camilo vio tanta dedicación, tuvo una idea siniestra. No le dijo a Rita que lo suyo era uno de sus

habituales ataques al hígado sino que cambió completamente la versión: "Hace un tiempo tengo cáncer y me voy a morir". Rita estaba anonadada por la noticia. Con los ojos llenos de lágrimas se sentó en la cama, lo besó y le dijo que haría cualquier cosa por él. Camilo la apartó de un suave empujón asimiló lo que le dijo Rita y sonrió apenas. "Lo voy a pensar. "

Camilo empezó a levantarse más tarde que de costumbre y a apropiarse del sueldo entero de Rita. Decía que tenía que preparar unas pócimas curativas con unos ingredientes traídos de Japón. Consuelo tuvo que empezar a caminar todos los días las veinticuatro cuadras que separaban su casa del colegio porque ya no tenía ni para pagar el colectivo. Camilo, en tanto, había vuelto a salir. Apremiado por el aburrimiento visitaba a antiguas amantes, se encontraba con algunos amigos de otras épocas y hacía trabajos de umbanda por los que cobraba buen dinero.

Rita, que ya se había acostumbrado a tenerlo todo el día encerrado en la casa, empezó a irritarse por sus salidas permanentes. Una noche en la que él llegó más tarde que lo habitual, Rita perdió la paciencia y le hizo un escándalo. Camilo también se enfureció. "Yo no doy más. Tengo cáncer por absorber toda tu energía negra. ¡Por eso! Y vos exigís. Exigís y no das nada. Si no hago algo ya mismo, me muero. Porque la energía que tiene que fluir está estancada en mi cáncer y me va a matar. "

Rita, abrumada e impresionada, se quedó en silencio unos instantes. Al fin le preguntó qué podía hacer para cambiar las cosas. Camilo, astuto, le pidió un mazo de cartas que él usaba en muy pocas ocasiones. Cuando las tuvo, se las pasó por el pecho, las mezcló y empezó a distribuirlas sobre la frazada de la cama. Agarró una, que mostraba a un hombre en un carro, y se la puso a Rita delante de sus ojos. "La muerte. ¿Te queda claro?" Eligió otra, con una figura parecida a un hada. "La virgen. La virgen me va a salvar. "Camilo vio en la cara demudada de Rita que su

actuación era impecable. Sacó entonces una carta que mostraba a un hombre caminando. "Las cosas que fluyen. Como cuando hicimos el trabajo de abrir caminos. Ahí te expliqué lo de la sangre. Es eso. Necesito sangre que fluya. Necesito a la virgen para curarme. Necesito fluir."

Rita escuchaba en silencio. Camilo la miraba fijo, con los ojos muy abiertos. "¿Entendiste las cartas?" Rita negó con la cabeza.

Desde la cocina se escuchó un ruido de platos y la voz de Consuelo anunciando que la comida estaba lista.

Camilo señaló hacia el lugar de donde venía la voz de Consuelo y sonrió: "La virgen. Está claro. Todo cierra y todos vamos a estar mejor."

Por una semana, Camilo intensificó su relación con Rita. Hizo el papel de hombre enamorado y entregado. Ella, por su parte, quería creer que todo volvería a la precaria normalidad de siempre, cuando todavía no había aparecido el cáncer y cuando Camilo no había mencionado la sangre de la virgen.

Pero una noche, Camilo cambió la rutina de forma radical. Cuando Rita entró al dormitorio no la abrazó, ni le tironeó la ropa para desnudarla ni la besó. Ni siquiera la miró. Siguió tendido en la cama, como si estuviera muerto.

Preocupada, Rita se acostó al lado y le preguntó si se sentía enfermo. Camilo sonrió, escéptico. "No me queda más energía y lo peor es que a tu hija le va a pasar lo mismo, lo estoy viendo. Se va a enfermar como yo." Muy alarmada, Rita se atrevió a hablar de lo que había callado durante esos días, esperando que Camilo se olvidara: le preguntó entonces si para sanar a los dos había que recurrir a la sangre. Camilo miró al techo y asintió: "La sangre purifica y da vida".

Fueron días tétricos. Rita, obsesionada, le preguntaba a Camilo una y otra vez en qué consistía en ritual de sangre para sanar y destrabar energía. Camilo se negaba a dar precisiones, explicando que eran temas que no podían ser tratados por gente común y corriente. "No puedo contar secretos de maestros, que vienen de miles y miles de años atrás." Al final intuyó que algo tendría que revelar, porque si no Rita no iba a entregar a su hija. "No es nada. Es la sangre que tienen las chicas vírgenes. Se hace una ceremonia con esa sangre y se la ofrece a los espíritus." Rita quería detalles pero Camilo cortó el diálogo, hostil y grosero. "No le va a pasar nada, ¿o a vos te pasó algo cuando te tocó dejar de ser virgen?"

A esa altura, Camilo ya estaba tan compenetrado en su papel de mago sanador que él mismo se lo creía. Tenía en claro, sí, que su objetivo final era llevar a Consuelo a su cama y conservar a Rita como proveedora de dinero. Pero de tanto machacar con las ideas de la energía y el fluir de la sangre, sentía que ese intercambio sexual iba a resultarle liberador. A Óscar, su ex socio, le contó que estaba a punto de concretar una relación con la hija de su novia y que esa relación marcaría un punto de inflexión en su vida. "Me van a cambiar las cartas, hermanito ", le juraba. "Y después hasta voy a tener plata. La sangre virgen me va a renovar, vas a ver. "

Desesperada, Rita se dio cuenta de que su vida estaba en un gran pantano. No conseguía trabajo, Camilo la ignoraba y parecía enfermo y su hija también se iba a enfermar. Trató de convencerse de que Camilo no era un hombre común sino un vidente y sanador que se había enfermado de tanto absorber la energía negra que circulaba por el mundo. Si tenía que desvirgar a su hija, no lo haría por placer sino como un acto profesional "Si no fuera así -se decía- ya lo habría hecho sin mi permiso."

En realidad, Camilo había pensado muchas veces en violar a Consuelo, pero no lo hacía porque ya una vez había estado a

punto de ir preso y temía que Consuelo o su madre lo denunciaran. Además, le excitaba mucho más que fuera la misma madre quien entregara a su hija.

Una mañana, antes de ir a buscar trabajo, Rita se despidió de Camilo pero él se apartó, respirando con dificultad. "Me siento mal. Hoy mismo me voy de esta casa. Si me quedo acá, me muero antes de fin de año."

A Rita se le activaron todas las imágenes de abandono que había vivido en su vida, empezando por la de su padre. Le agarró la mano y le dijo que se quedara. "Eso de la sangre...hacélo. Por mí está bien." Camilo, al fin triunfador, la miró. Quería reforzar el permiso materno: " ¿Que haga qué?"

Rita no sabía cómo seguir. "Eso. Lo de la sangre de la virgen." Avergonzada y con culpa, Rita se levantó para irse pero Camilo la atajó. "¿De qué hablás?"

Rita, vencida, le dio un beso de despedida. "De la sangre de Consuelo. Yo tengo que salir. Vuelvo a la noche. Quedan los dos."

Cuando Camilo escuchó la puerta de calle, se levantó y fue a la cocina donde estaba durmiendo Consuelo en su colchón. Camilo la miró y se metió bajo las sábanas. Cuando Consuelo reaccionó, él ya estaba levantándole el camisón. Consuelo empezó a gritar e intentó escapar. Ágil, se escabulló entre los brazos de Camilo y logró incorporarse. Ella dejó ir y a su vez se levantó y buscó un cuchillo. Asustada, Consuelo se quedó inmóvil, apoyada contra una pared, mientras Camilo avanzaba. Cuando la alcanzó, le apoyó el cuchillo en el cuello y la obligó a tirarse otra vez en el colchón. Consuelo intentó volver a escabullirse pero esa vez recibió una trompada en el pómulo derecho.

Mientras tanto, Rita esperaba el colectivo a una cuadra de su

casa. Estaba angustiada imaginando a su hija en plena lucha con Camilo. Trató de adivinar en qué paso del ritual estarían en ese momento. No era tan estúpida como para no saber que su hija sería desvirgada por Camilo, pero hacía grandes esfuerzos para convencerse de que en esa relación habría algo más que un simple intercambio sexual: Estaba casi segura, también, de que ella ofrecería resistencia. Varias veces había hablado de sexo con su hija y siempre se había asombrado del valor enorme que ella le daba a su virginidad. No eran convicciones religiosas ni morales: simplemente, Consuelo no quería repetir el camino de su madre. Le asustaban los embarazos y los hijos, y le asustaba la posibilidad de que la abandonasen apenas pasaran por su cama.

De pronto, a Rita se le cruzó otra idea por la cabeza. “¿Y si la sangre no fuera solamente la sangre del momento en que perdía la virginidad?” “¿Si la enfermedad de Camilo tenía tanta gravedad que lo obligaba a un caudal extra de sangre?” Rita, horrorizada, empezó a barajar la posibilidad de que Camilo la hiriese. O, peor, que su hija terminara degollada. Con los dientes apretados recordó varios relatos de crímenes cometidos por brujos y manosantas que después aseguraban haber matado por disposición del más allá.

Superpuesta a esas imágenes tremendas, Rita retomó la triste visión de su hija siendo violada por Camilo. O de su hija excitada por Camilo, por qué no. Imaginó también a Consuelo asustada por los avances sexuales de su novio, y la imaginó llamándola a los gritos. Decidió volver a su casa.

Antes ya de abrir la puerta escuchó el llanto histérico de su hija. Abrió la puerta de golpe y vio a Consuelo en el colchón, golpeada, con el camisón enrollado por encima de la cintura, y a Camilo encima de ella, con un cuchillo en la mano, tratando de violarla. Camilo ni siquiera se dio vuelta para verla de nuevo en la casa. “¡Andate!", le gritó.

Rita estaba parada en la puerta de la cocina, al lado de la heladera. Miró a su alrededor. Vio un martillo en un estante. Lo agarró y empezó a pegarle a Camilo en la cabeza. No dejó de golpear hasta que la misma Consuelo, acariciándole el pelo, tratando de calmarla, le sacó el martillo de la mano y la hizo sentar en el piso. Al lado de ella, en el colchón, estaba el cadáver de Camilo.

Rita L. fue condenada a doce años de prisión por homicidio simple. Su hija fue a parar a un instituto de menores, donde estuvo hasta su mayoría de edad. Poco después de salir se casó con un ex compañero del colegio y tuvo dos hijos.

Rita saldrá en libertad a comienzo del 2009. En la cárcel se hizo evangelista.

Juana Z., manipuladora

Poco después de cumplir cuarenta y cuatro años, Juana Z. miró el calendario y advirtió que hacía dos meses que no le venía la menstruación. No quiso usar ningún test de embarazo porque creía que eran ineficaces y sórdidos. Esperó una semana más y fue a ver a su ginecólogo.

El médico la revisó y la mandó a un laboratorio para hacerse un análisis de sangre. Le advirtió, sin embargo, que no creía que hubiera ningún embarazo.

Los resultados le dieron la razón.

Con absoluta falta de sensibilidad para tratar a una mujer, le dijo, en tono jocoso, que eran cuestiones de la edad. “¡Nos pusimos viejos, nomás! ¡Se vino la menopausia!”. Volviendo al tono profesional, agregó que había muchos tipos de tratamiento para atenuar los síntomas de una menopausia que, en su caso, era bastante prematura. Le sugirió empezar con un reemplazo hormonal y le dio un nuevo turno para el mes siguiente.

Juana no contestó. Guardó los análisis en un bolso y salió.

Cuando volvió a su casa le dijo a Raúl, su marido, que lo del embarazo había sido una falsa alarma. Evitó la mención de la menopausia, aunque no podía dejar de pensar en el tema. No estaba buscando otro hijo, pero una cosa era no tenerlo por decisión propia y otra muy distinta era haber perdido la capacidad de procrear.

Raúl adivinó el abatimiento de la mujer. "No importa -le dijo-. Con Laurita estamos muy bien".

Laurita era la hija de ambos. Había cumplido veinte años y sufría un retraso mental leve.

Juana fue a la cocina, rompió el resultado del análisis y lo tiró a la basura.

Calentó la comida para los tres y pensó que era el momento de hacer modificaciones en su vida.

El retraso mental de Laurita le permitía leer y escribir, hacer cálculos matemáticos elementales y mantener conversaciones sencillas, sin incluir pensamientos abstractos. Físicamente era agradable: rasgos armónicos altura media, cuerpo

proporcionado.

Durante años su madre había negado la discapacidad de la hija: se la habían detectado las maestras cuando Laurita promediaba el primer grado, pero Juana ofendida, les había dicho que se equivocaban: probablemente su hija estaba distraída o no le interesaban las clases. Al fin tuvo que admitir que no era la niña prodigio que había esperado siempre, ni muchísimo menos. Si bien su retraso era leve, bastaba para impedirle una vida perfectamente normal.

Juana pasó de la negación más absoluta a la resignación. Una resignación que lindaba con la desidia. Había retirado a la hija del colegio cuando terminó quinto grado porque -especuló- no tenía sentido seguir inculcándole enseñanzas que no podría asimilar. También cortó sus clases de música y teatro, y la inscribió en una escuela municipal para discapacitados, donde se desentendió de su formación escolar. No esperaba que en su nueva escuela aprendiese algo, sino que estuviera acompañada por gente como ella. "Así el tiempo le va a pasar más rápido, pobrecita", argumentó la madre.

Desde que verificaron la discapacidad de la hija, el matrimonio de Juana estuvo resignado por la desilusión. Una desilusión que, en Juana especialmente, no se acotaba a la hija sino que impregnaba el resto de las cosas: su marido, sus amigas, su casa, su trabajo. Todo le parecía deslucido, pobre y banal.

Raúl, en cambio, había aceptado la realidad sin más trámites: Laurita tenía un diagnóstico claro y, se sabía, no iba a hacer una vida como la de ellos. No iría a la universidad ni al colegio secundario, no viajaría sola con una mochila al hombro, no podría manejar el negocio familiar y, muy probablemente, no tendría esposo ni hijos. Haciendo esa triste salvedad, Raúl continuaba con su vida sin hacerse mayores problemas: atendía la mueblería que le habían dejado sus padres, jugaba con sus amigos al fútbol todos los domingos y tenía una que otra amante ocasional.

Juana también había tenido amantes. Al principio no los tomaba en serio, pero hubo uno, el último, que fue decisivo. Se llamaba Roberto y trabajaba en una inmobiliaria. Se habían conocido cuando Juana estaba buscando una casa más cerca del trabajo del marido.

Roberto era casado, pero le proponía dejar todo para vivir con ella y su hija. En ese momento, ella tenía cuarenta años y él treinta. Juana se preguntó si la convivencia, la diferencia de edad y la presencia de la hija subnormal terminarían por romper la relación. No hizo falta tanto cálculo. Cuando Juana ya estaba en conversaciones con el marido para tramitar el divorcio, Roberto desapareció de su vida. Poco después se enteró de que su amante no sólo seguía con su mujer, sino que además estaba esperando su segundo hijo.

Abatida, Juana desactivó su divorcio. Raúl, su marido, no hizo elucubraciones al respecto: pensó, sencillamente, que Juana estaba atravesando una crisis pasajera y siguieron adelante.

Para ella, sin embargo, el final de esa relación clandestina le indicó que tenía que tomar otro rumbo. Se retiró de la vida sentimental y olvidó sus viejas pretensiones con respecto al amor. A las amigas que estaban corriente de sus deslices extramatrimoniales, les confesó que tiraba la toalla. "A partir de ahora, lo único que me va a importar es la guita".

Antes de casarse, Juana vivió varios años con su padre y con su hermano mayor. Su madre se había cansado de ellos y se había ido de la casa cuando Juana tenía diez años. Esporádicamente escuchaba alguna noticia incierta acerca de ella: que la madre estaba en la ciudad, que trabajaba en un estudio de escribanos, que se había ido al extranjero.

El padre hacía con sus hijos lo que podía: los mantenía, los

llevaba al cine algún domingo, les compraba los útiles escolares. Juana valoraba su paciencia y su dedicación, pero le reprochaba su permanente aire depresivo. "Voy a buscarme un novio que se ría, no como vos", le decía a su padre, ofendida.

Sin embargo, buscó y encontró un hombre similar. Conoció a Raúl en una fiesta y diez meses después estaban casados.

Juana había terminado hacía poco el colegio secundario y trabajaba llevando la contabilidad de una cadena de panaderías. La había contratado la madre de una compañera de colegio, a quien Juana consideraba como una especie de madre sustituta. La mujer se llamaba Rosa, y era quien la escuchaba y le daba consejos prácticos para vivir.

Juana trabajó en las panaderías hasta que se enteró de los problemas de su hija. Ahí abandonó todo. Llamó a Rosa y le presentó su renuncia. "Mi hija es retrasada. No tengo ganas de nada".

Cuando ya no tenía que salir a trabajar, Juana se quedaba en su casa la mayor parte del día. Con tristeza, revisaba una y otra vez el material que una asistente social y dos psicólogas le habían entregado: una batería de pruebas y test que determinaban claramente la discapacidad de Laurita. Los estudios afirmaban que su coeficiente mental era de 68 ó 69. "No puede elaborar ideas abstractas", se leía en una parte del estudio que le impresionaba especialmente. Sin embargo, las conclusiones agregaban que su deficiencia era muy leve, y que le permitiría aprender y realizar un buen número de actividades.

Para contrarrestar la enorme culpa y vergüenza que sentía por tener una hija así, salía con ella a la calle y ni bien se la presentaba a alguien, le explicaba que no era una chica como todas. Pasaba a enumerar entonces lo que le faltaba para ser normal, mientras Laurita, acostumbrada a escuchar ese discurso,

afirmaba con la cabeza.

Cuando sacó a Laurita de la escuela, contra todas las recomendaciones de las maestras, se sintió libre. No podía soportar ver las limitaciones mentales de su hija. En la nueva escuela, en cambio, Laurita era una de las alumnas más brillantes. Cuando iba a buscarla, por las tardes, solía quedarse unos segundos viendo a los compañeros de su hija, muchos de los cuales padecían un retraso mental profundo. Impresionada, los veía en sus sillas de ruedas, babeando, con mirada perdida. Apretaba la mano de su hija y la sacaba de allí, aliviada.

Cuando Juana decidió cambiar el rumbo de su vida lo hizo en serio. Cada mañana se obligaba a recordar el brutal desengaño amoroso que había vivido con Roberto y se maldecía por haber sido tan estúpida. El golpe sentimental se unía al dolor por la condición de su hija.

En poco tiempo Juana se volvió una mujer egoísta y solitaria, que solamente pensaba en cuestiones prácticas.

Su marido había ampliado la mueblería y había abierto otras cuatro sucursales. Durante unas semanas Juana fue a trabajar con él pero enseguida se arrepintió: por unos pocos pesos podían contratar a alguien que hiciera lo que ella hacía. Además, la idea de verle la cara al marido, durante todo el día, le resultaba abrumadora. "Me aburro. Prefiero quedarme en casa y después buscar a Laurita a la escuela".

A esa altura, Juana veía a su hija como una nena eterna, que nunca crecería. Laurita, por su parte, la adoraba. "Quiero ser tan linda como vos", le decía siempre, con inocencia. Por otro lado, era una hija obediente: hacía todo lo que su madre le pedía sin preguntar ni protestar. Dentro de su limitada capacidad, Laura advertía que si respondía sin chistar a los pedidos maternos, la recompensa era inevitable: su madre le decía que era una nena

buena, la abrazaba y la dejaba ver televisión por tiempo indeterminado.

Raúl protestaba por esa crianza absurda. "No podés tratar a Laurita como una nena. Ya está muy crecida", le decía, enojado. Pero sus quejas eran inútiles: Juana seguía con sus métodos, y Raúl tampoco hacía el menor esfuerzo por revertir la situación.

En esos tiempos Juana había vuelto a encontrarse con Rosa, su ex empleadora, que le ofrecía volver a trabajar con ella. "Te va a venir bien ganar tu plata. Además, tenés que asegurar algo para tu hija. Cuando vos te mueras, ¿qué va a pasar con ella?".

A Juana el tema no le preocupaba. Nunca había pasado ningún apuro económico y tenía la idea de que Raúl, su esposo, tenía todo bajo control. Se lo dijo a Rosa, que la miró con suficiencia. "¿Y si se separan? ¿Ya tenés todo arreglado?".

A Juana no se le pasaba por la cabeza una separación. Tenía una hija deficiente mental, sufría menopausia precoz y estaba tan defraudada con los hombres que ni siquiera imaginaba enamorarse de otro. Su marido, en cambio, no le resultaba tan difícil de soportar. "¿Para qué cambiar si no tenía ganas de empezar nada nuevo?".

Le dio todos sus argumentos a Rosa, que la escuchó pacientemente y le dijo que lo pensara. "Por ahí te viene bien. Te distraes y ganas plata".

Al fin, Juana aceptó.

Para la misma época en que volvió a trabajar con Rosa, la relación con su marido empezó a empeorar. Raúl seguía descargando en ella todo el peso de la casa y del cuidado de Laurita. Furiosa, Juana le preguntaba a los gritos si no se daba cuenta de que ahora ella también trabajaba.

Laurita, en tanto, estaba extremadamente sensible: lloraba con amargura cada vez que veía una discusión entre sus padres y en los días siguientes se negaba a ir a la escuela. Raúl abrazaba a su hija un par de veces y enseguida salía disparado para su trabajo. Juana se veía obligada a componer la situación, calmando a su hija y convenciéndola de ir a la escuela. Cuando llegaba a su trabajo estaba exhausta y desesperada. Por si eso fuera poco, Raúl había empezado a volver tarde a la casa, dando absurdas explicaciones laborales. Juana, que tenía experiencia en amantes, advirtió enseguida que su marido la estaba engañando. Preguntó, indagó, investigó, revisó agendas, hizo algunas llamadas, y al poco tiempo dedujo que Raúl estaba viéndose con una empleada de la mueblería llamada Nancy. Con asombro advirtió que esa infidelidad la perturbaba más de lo que ella misma hubiera esperado.

Aunque Raúl ya había estado con otras mujeres a lo largo de su matrimonio, era la primera vez que ella lo descubría. Juana decidió no decir nada y esperar.

La infidelidad del marido le hizo recordar la conversación que había tenido con Rosa. La pregunta de la amiga le resonaba en la mente: ¿había hecho ella provisiones para el caso de una eventual separación? En ese momento supo lo que tenía que hacer.

Esa misma noche, cuando Raúl volvió a la casa, Juana le propuso sacar un seguro de vida. "Hay muchos secuestros, mucha violencia y tenemos que pensar en Laurita, pobre", le explicó.

Ella ya había averiguado todo: cuál era la compañía aseguradora más confiable, cuánto habría que pagar, cuánto recibirían en caso de muerte o de enfermedad. Le dijo que, para ahorrar unos pesos, lo mejor sería con solamente la cobertura para él: "Después de todo - agregó con rencor- si yo me muero no pasa nada. La mayoría de las cosas que tenemos están a tu nombre".

Como la hija era deficiente mental, la beneficiaria del seguro sería ella, en carácter de tutora de Laurita.

Una semana después, ya habían firmado los papeles. Juana, entonces, se dispuso a esperar.

Con el seguro contratado, Juana se sintió más tranquila y esperanzada. El cambio de vida que tanto estaba esperando iba a llegar en cualquier momento.

Mientras tanto, empezó a entusiasmar a Laurita con unas sencillas clases de cocina. Cada día, a la vuelta de la escuela, Juana le ponía un delantal y le iba enseñando la manera de hacer un puré, una ensalada, una tarta. Laurita estaba feliz, le gustaba que su madre se ocupase de ella con tanta dedicación, y tenía, además, una especial predilección por la cocina.

Poco a poco, Juana iba avanzando con sus clases, que empezaron a incluir postres y galletas.

Raúl las veía juntas en la cocina y las alentaba: probaba cada cosa que hacía su hija y, en una actuación graciosa y convincente, fingía enloquecer de admiración cada vez que terminaba un bocado.

Juana, por su parte, le comentaba a todo el mundo que su hija se había vuelto una cocinera experta. Exageraba a conciencia, y convencía a los demás de que Laurita inventaba recetas nuevas y de que se había convertido, desde hacía un buen tiempo, en la encargada de la comida hogareña. "Yo ni siquiera hago una ensalada", mentía la madre, con orgullo.

Casi un año después, Juana consideró que había pasado el tiempo suficiente como para poner en marcha su plan.

Una tarde, a la vuelta de la escuela, Juana le pidió a la hija que hiciera un postre de chocolate. Como ella tenía que salir, le dejaba todos los ingredientes en la mesa, en unos recipientes individuales.

Laurita protestó: no quería quedarse sola, y pensaba que sin la supervisión de la madre no iba a poder hacer nada.

Juana fue inflexible: "Vas a poder. Vas a hacer un rico postre de chocolate y a tu papá le va a encantar".

Delante de Laurita, Juana llamó por teléfono a Raúl para decirle que volviera a la casa pronto. Ella tenía que terminar unas cuentas en lo de Rosa y volvería más tarde.

Antes de salir, Juana le dio las últimas instrucciones a Laurita: "Vos no pruebes nada. Si probás los ingredientes, te sale todo mal". Laurita asintió. Ya había escuchado la misma recomendación muchísimas veces. "Y el postre es para papá, no para nosotras". Laura, muy seria, le dijo que no, que jamás iba a comer algo dulce. Juana ya la había aleccionado. "Si comemos postre, engordamos y nadie nos va a querer".

Juana se puso un abrigo y miró la mesa de la cocina. En uno de los recipientes estaba el polvo de chocolate mezclado con veneno para ratas. Con cierta inquietud, miró a su hija, que estaba poniéndose un delantal, y estaba muy seria y compenetrada. "Ojo con probar nada de esto. ¡Ojo!", volvió a recomendar. Y salió a la calle.

El plan de Juana era simple: envenenar a su marido para cobrar la póliza de seguros. De paso, no tendría que lidiar más con un hombre que no sólo no la hacía feliz y era amargo como su propio padre, sino que además, la traicionaba.

Si todo salía como ella pensaba, nadie se daría cuenta del

envenenamiento: tomarían la muerte de Raúl como una muerte súbita común y corriente.

Pero en el caso hipotético y poco probable de que alguien advirtiera que Raúl había sido envenenado, todo estaba arreglado. Se comprobaría que Laurita había preparado el postre y que, sin querer, había mezclado veneno con los demás ingredientes. Todos sabían que Laurita adoraba cocinar y todos sabían que sufría un retraso mental.

Esa misma noche Raúl fue internado de urgencia en el hospital. Murió pocas horas después.

Juana estaba ahí mismo, conteniendo el llanto de Laurita, que no entendía lo que estaba pasando. A los médicos les dijo que durante los últimos tiempos su marido había estado muy nervioso y estresado, y que se quejaba permanentemente de un dolor agudo en el abdomen. "Él siempre decía que tenía miedo de morirse de un cáncer de estómago, como el padre", les explicaba.

Los médicos se apiadaron de la desgracia familiar de Raúl. Creían que el hombre se había muerto acosado por la angustia de tener una hija discapacitada. Firmaron el certificado de defunción sin hacer preguntas.

En la compañía de seguros empezaron a sospechar. Juana había ido a reclamar su dinero dos días después del entierro del marido.

Nancy, la amante de Raúl, también pensaba que algo raro había pasado: Raúl se había hecho todo tipo de exámenes médicos apenas un mes antes de su muerte, y le había comentado que todo había salido perfecto. Es más: se había olvidado los exámenes en su casa. Angustiada, recordó que su amante le había contado que tenía un seguro de vida. Ella misma le había dicho que no se asegurara porque le traería mala suerte. Hizo memoria: Raúl, divertido, le contó en ese momento que su esposa

había hecho todos los trámites para proteger el futuro de la hija discapacitada. "Está muy interesada en que firme. Me debe querer matar", le había dicho a Nancy, entre carcajadas.

Nancy contrató un abogado que se conectó con los responsables de la empresa aseguradora. Un mes después, exhumaban el cadáver de Raúl.

Cuando la policía fue a buscar a Juana se desentendió. Dijo que si había veneno en las vísceras de su marido, ella no tenía por qué ser la responsable. "Mi marido también comía en otros lados. "Cuando le preguntaron qué le había dado de comer en los días previos a la muerte, Juana esbozó una sonrisa sobrada. "Yo no cocino. Cocina mi hija, que es retrasada pero aprendió a hacer muchas cosas".

Una psiquiatra forense fue la encargada de hablar con Laurita. Después de la charla, la policía fue a la casa de Juana. Se llevaron para analizar varias ollas y recipientes. En uno de ellos encontraron restos de veneno.

Cuando se vio acorralada, Juana optó por dar su versión de los hechos, fingiendo culpa y preocupación. "Yo no tendría que haber dejado a Laurita sola en casa, cocinando. Ella no entiende las cosas. Se debe haber confundido y por ahí pensó que el veneno de ratas que yo tenía en la cocina era el azúcar, o el polvo de levadura. Vaya a saber. Pregúntele, hable con ella. Le va a decir que yo no estaba en la cocina, que ella hizo todo a solas. Porque ella no miente, gracias a Dios".

La hija, sin embargo, había sido clara en un punto: que su madre le había dejado los ingredientes preparados y listos para usar, y que ella no había agregado ni quitado nada, "porque si no, se me arruina el postrecito".

Juana tuvo que volver a declarar. Después de cuatro horas de

preguntas, se quebró y contó todo desde el principio: el seguro de vida, las clases de cocina, el veneno en el chocolate. "La verdad es que no sé por qué lo maté. Ahora que lo pienso, me daba lo mismo si él vivía o si no vivía. Pero pensé y pensé. ..Y cuando a una le dan mucho tiempo para pensar, le sale lo peor, ¿no? Lo que me da pena ahora es dejar a Laurita, porque es sensible y va a sufrir. Lo que me pase a mí no me importa. ¿O usted cree que después de la vida que llevé me va a asustar estar en una cárcel, con otras infelices como yo?".

Juana Z. fue condenada a nueve años de prisión. En la cárcel se dedicó a la costura y al estudio de la Biblia. No recibía visitas y protagonizaba permanentes peleas con sus compañeras.

Recuperó la libertad en 1989 y se instaló en el sur de Chile, donde se casó con el encargado de un campo. Su hija permanece internada en un taller para discapacitados.

Milagros R., pastora

Dos horas después de su parto, con el bebe dormido en el pecho, Marta vio a su madre acercándose a un pasillo del hospital.

Milagros R., con una Biblia entre las manos, se paró al lado de la cama de la hija, le dio dos palmadas en la cabeza y miró de reojo a su nieto. "Te felicito. Y ahora apurate que nos tenemos que ir".

Marta trató de incorporarse con dificultad. Milagros la mandó al baño para ver si todavía sangraba. Con mucho cuidado, apoyándose en una silla, Marta se levantó, después de colocar a su hijo sobre una almohada.

Milagros permaneció de pie, esperando. Una enfermera se acercó a preguntar por la madre reciente. Milagros señaló la puerta del baño con un gesto de cabeza.

La enfermera arropó al bebé, le tocó la cara y revisó unas planillas. "A la tarde viene la doctora a revisar a la mamá y al chiquito", anunció solemne.

Milagros la miró de arriba abajo y no contestó.

Cuando volvió Marta, Milagros ya le había preparado la ropa sobre la cama. "Estás bien, ¿no? Entonces te arreglás y salimos para allá".

Mientras su hija se vestía, Milagros guardaba en un bolso las pocas cosas de Marta y el bebé, a la vez que protestaba por la debilidad de algunas mujeres a la hora de enfrentar algo tan sencillo y a la vez inevitable visita como la maternidad.

Marta hizo un último intento para postergar su salida del hospital. "¿No es lo mismo si vamos mañana a hacer eso?". Milagros negó, impaciente. "No estás enferma. Acabás de parir".

El Negro, padre del bebé, apareció cuando estaban los terminando de acomodar todo. Miró a su hijo con ternura, le dio un beso a su mujer y saludó a su suegra con respeto y algo de temor.

Cuando ya se iban, otra enfermera se les acercó para sillón recordarles que todavía no tenían el alta. Milagros ni se inmutó.

"Ella está bien. Soy la madre, y respondo por lo que le pueda pasar. Nos tenemos que ir y le firmo donde quiera".

La enfermera intentó convencerla. Milagros la interrumpió con un gesto apurado. "Ya le dije. Soy la madre de la que tuvo el hijo. Y además soy pastora. Con nadie va a estar mejor que conmigo".

A la salida del hospital, Milagros se encontró con su otra hija, Esther, acompañada por su marido. Las dos hermanas se saludaron. Cansada, Marta le pidió a Esther que le sostuviera a su hijo. Empezaron a caminar hacia el norte, una muy cerca de la otra, con sus esposos atrás y Milagros al frente, como en una procesión.

Después de caminar casi veinte cuadras bajo el sol hirviente del mediodía, llegaron a una casa cercada por un alambre. Milagros golpeó las manos para llamar.

Enseguida se asomó López que, desconcertado, miró al grupo. Milagros se le plantó delante. "Soy yo, don López, la pastora Milagros. Le dije que íbamos a venir a visitarlo para orarle la casa".

López se apuró a abrir la puerta. Era un hombre esmirriado, de más de setenta años, criado en el campo. Hizo pasar a todo el mundo y puso agua para hacer unos mates. Milagros, muy segura de sí, hizo las presentaciones. Como no alcanzaban las sillas, López mandó a los dos hombres a que las buscaran en un patio lindero.

Poco habituado a recibir visitas, López se quedó en el centro del comedor, mirando al bebé con curiosidad. La madre le estaba dando la teta sentada en un viejo sillón de cuerina gastada. "Mire a mi nieto, cómo se alimenta. No hace ni cuatro horas que nació y ahí me lo ve, sanito y fuerte. Dígame si no es una bendición del Señor".

Milagros hablaba con López y a la vez estudiaba el terreno. Estaban en un gran ambiente oscuro y algo tétrico con una mesa frente a la cual había una única silla. A parte del sillón de cuerina, había un aparador con algunos adornos pero ningún otro mueble. Todo estaba desordenado y había un par de bolsos de viaje en el suelo. Milagros los señaló. "¿Se está yendo a algún lado?". López asintió, y explicó lo que Milagros y sus parientes ya sabían. "Me voy al otro pueblo para comprar un campito, ése que le comenté. Se inunda, por eso está más barato, pero como van a hacer un canal...dicen que no se va a inundar más". López salió para la cocina y volvió con un mate y una pava. Cuando le pasó el mate a Milagros, la pastora le dio un empujón tremendo que lo dejó en el suelo. Esther se tiró encima de él y lo inmovilizó arrodillándose sobre su pecho. Marta, en tanto, había dejado al bebé en el sillón y corrió hacia la cocina. Sacó un cuchillo y se lo alcanzó a su madre.

López, aturdido en el suelo, pedía que no le hicieran nada. Milagros se arrodilló a su lado y lo amenazó con el cuchillo. "Decime dónde tenés la plata para ese campito de mierda". López empezó a llorar en el mismo momento que entraban los maridos de las hermanas. Milagros perdía la paciencia. "Decime o te reviento". López, aterrorizado, cedió. "En la heladera, en el cajón de las verduras".

Milagros mandó a sus yernos a buscar el dinero mientras ella misma seguía al lado de López, amenazándolo con el cuchillo. Lucho, el marido de Esther, volvió enseguida con un fajo de billetes. Milagros lo estudió, sin soltar el cuchillo. Furiosa, le dio a López un golpe en la cara. "Ahí no está todo. ¿Dónde está lo que falta?". López juró que no había más dinero. Milagros se levantó despacio, agarrándose la rodilla dolorida. Miró a sus hijas. "Sigán ustedes. Yo voy a buscar por ahí". Esther y Marta empezaron a golpear a López hasta que al final, casi sin aliento, les indicó que había más dinero bajo una baldosa justo debajo de la ventana del

comedor. El Negro fue al lugar y sacó otros dos fajos de billetes.

Milagros había dejado al bebé en el suelo y se había sentado en el sillón. Estaba revisando los bolsos de López, sin encontrar nada. El grupo religioso pasó otras dos horas en la casa, buscando más dinero y revolviéndolo todo. Al final, se convencieron de que no había un peso más.

López seguía en el suelo, ya casi inconsciente por los golpes. Rengueando apenas con su pierna derecha, Milagros se le acercó y le rebanó la garganta.

Enseguida mandó a sus yernos a enterrar el cuerpo en el jardín. A sus hijas les dijo que limpiaran la sangre. Un rato más tarde, salieron de la casa. Marta llevaba en brazos a su bebé, que la observaba con expresión pacífica.

Milagros era coja desde que su madre la había castigado tirándola a un pozo. Tenía ocho años y había roto un vidrio mientras jugaba con un palo de escoba. "Sos una basura, y yo tiro la basura en este pozo", le dijo mientras la empujaba. En el momento de caer, Milagros se lesionó la rodilla derecha y a pesar de sus gritos y lamentos, su madre le dejó ahí todo un día y una noche. Milagros salió de ese pozo lastimada y resentida. Odió a su madre para siempre e hizo lo imposible para abandonar su casa.

Lo logró antes de cumplir los diecisiete años. Conoció a un policía paraguayo que había llegado al país el año anterior, y dos meses después ya estaba viviendo con él. Su madre intentó llevarla de nuevo a su casa.

Quería que Milagros consiguiera un trabajo y le diera su sueldo, pero no lo logró. El policía, a instancias de Milagros, amenazó de muerte a su suegra si no desaparecía para siempre de la vida de los dos.

Poco después tuvieron un hijo, a quien Milagros crió con absoluto descuido. Por algún motivo no sentía el menor instinto maternal por ese chico morocho y taciturno que terminó viviendo en la casa de una vecina.

Cuando la vecina quiso mudarse a Salta les pidió permiso a los padres para llevarlo con ella. Milagros no puso ninguna objeción, aunque el ex policía hizo un débil intento por evitar la mudanza de su hijo. No lo logró.

Muchos años después, ella volvió a quedar embarazada. Durante todo ese tiempo había trabajado como operaria en una empresa textil, pero después de ese segundo embarazo prefirió algo más tranquilo y mejor remunerado: reclutar chicas para un prostíbulo organizar sus turnos y mantener a raya a los clientes rebeldes.

Cuando nació Esther, Milagros se sintió más apta para la maternidad. No es que estuviera especialmente unida a su hija, pero al menos no tenía intención de regalarla. Tres años después nació Marta.

El marido, en tanto, languidecía a su lado: harto de la frialdad de su mujer, había empezado a emborracharse y en poco tiempo había perdido su empleo. Milagros no tenía paciencia para soportarlo pero tampoco imaginaba una separación. Sencillamente, se limitaba a golpearlo con un cinturón y a sacarle todo su dinero.

Las dos hermanas crecieron entre la escuela y el prostíbulo, adonde solían ir para acompañar a su madre. Adoraban el olor a perfume que usaban las putas, mezclado con el olor a desinfectante de baños y a lápices de labios.

A diferencia de otras clásicas "madames", Milagros no les ocultaba a sus hijas su verdadera actividad ni tampoco tenía miedo de que terminaran, ellas mismas, trabajando de putas. Es

más, varias veces Milagros había encontrado a Esther mirando con interés a uno de los clientes, y la situación no le causaba inquietud sino gracia. Poco después de que cumpliera quince años, Milagros pasó por la cocina y la encontró contándole a una de las putas que le gustaba un cliente que aparecía de tanto en tanto y que había vuelto ese día. Sin dudarlo, Milagros mandó a Esther adormir a uno de los cuartos. Llamó al cliente y le dijo que esa noche le iba a cambiar de puta como un favor especial, pero que obviamente le iba a cobrar más porque la nueva era muy joven y estaba "sin estrenar".

Fue así que mientras Esther estaba por dormirse, se abrió la puerta del dormitorio y entró el cliente. Ella, que tenía un interés abstracto y casi infantil por ese hombre, no esperaba que se le metiera en la cama por la fuerza. Furiosa, intentó resistirse. El hombre creyó que el llanto y los rasguños eran parte de una actuación y no hizo el menor caso a las súplicas asustadas de Esther.

Cuando todo terminó, Milagros entró a la pieza con un par de sábanas limpias y le ordenó a su hija que hiciera la cama y fuera ella misma a lavarse.

Esther siguió trabajando con su madre de manera ocasional y tratando de elegir a sus clientes, aunque a veces Milagros le imponía hombres que ella pretendía rechazar. Por lo general lo hacía porque las demás mujeres estaban ocupadas, pero otras veces pensaba simplemente en castigar a su hija haciéndola tener sexo con alguien que le provocaba rechazo y asco.

Cuando Marta, la menor, cumplió quince años, siguió los pasos de su hermana, aunque esta vez fue todo mucho menos improvisado. Viendo el dinero que ganaba Esther, Milagros habló con Marta y le dijo que no tenía otra cosa mejor para hacer en la vida que trabajar en la casa, tal como ella llamaba al prostíbulo. "Estudiar no vas a poder y sin estudios, a tu edad, esto es lo que

te va a dar más plata".

Cuando volvieron a su casa después de haber matado a López, la madre y las hijas se pusieron a repartir el dinero. Marta recordó fugazmente el consejo que le había dado su madre, alentándola a trabajar de puta, y le hizo un par de bromas al respecto. La madre la cortó en seco, conteniéndose para no abofetearla: "De eso no se habla más, si no querés que te reviente. Yo ahora soy la pastora protestante y ustedes son esposas, madres y porteras de la iglesia. Que les quede claro".

Milagros se apropió de la mayor parte del dinero y le dio un poco a cada una de las hijas. Las tres se pusieron a cocinar y a hacer cálculos de lo que tendrían que gastar en cuentas impagadas y compras del mes.

Cuando estaban comiendo apareció Andrés, el hijo de Esther y Lucho. Se sentó en un extremo de la mesa, claramente intimidado por su abuela. Recién había cumplido dieciocho años y su único interés en el mundo era tomar cerveza con sus amigos, salir en la moto robada que le había comprado su padre y hacer su vida lejos del temible entorno familiar.

Mientras comía, escuchó que su madre, su abuela y su tía estaban discutiendo acerca de la elección de la próxima víctima. Milagros, que había llegado al pueblo con sus hijas hacía veinte años, usaba la iglesia de la que era pastora para conseguir información sobre el estado económico de sus vecinos. Durante los encuentros dominicales, Milagros tomaba la palabra y agradecía al Señor por la salud de su rebaño y por su ayuda en cuestiones materiales. Poco a poco hacía pasar a los fieles a agradecer y así se enteraba si habían recibido una indemnización, si habían vendido un terreno, si habían cobrado alguna deuda o si un pariente les pasaba una mensualidad generosa.

Por supuesto, no era una verdadera pastora. Había inventado esa

historia ni bien se instaló en el pueblo. Le pareció la forma más rápida y efectiva para ganarse la confianza de sus nuevos vecinos, que le miraban a ella y a sus hijas con clarísima desaprobación. De su marido no quedaba ni rastro. En su última pelea lo había golpeado tanto que huyó, herido y asustado.

Andrés siguió comiendo su pollo. Las tres estaban comentando el éxito que tenía Luis en su consultorio de curandero. Con un escalofrío advirtió que Luis sería el siguiente en la lista. Pensó que tenía que ser un error. Luis era primo de su propio padre.

Apenas le mencionó el parentesco a la abuela, se dio cuenta de que había cometido un error imperdonable. Milagros lo miró con sorna y le dijo que esa vez él también tendría que formar parte del grupo.

La visita a Luis fue una copia de la visita a López pero todavía más cruenta. Llegaron todos juntos, simulando un encuentro religioso: Milagros, sus hijas, sus yernos y su nieto Andrés. Era lunes, el único día en el que Luis no trabajaba. Tomaron café, comieron confitura y al final Milagros asumió su papel de líder y lo amenazó con un cuchillo para lograr que le diera su dinero. Ella sabía que Luis, no usaba bancos ni cajas fuertes. Todo tenía que estar ahí, en su propia casa, donde también funcionaba el consultorio.

Luis tenía mucha más fuerza física y resistencia que López, pero no podía lidiar contra un grupo tan numeroso y feroz. Aunque era Milagros la que manejaba los cuchillos y consumaba los crímenes, el resto del grupo cooperaba. Por lo general, la división de tareas estaba clara: las hijas ayudaban a golpear y torturar, y los hombres se dedicaban a enterrar los cadáveres.

Con Luis fueron particularmente crueles. No solamente usaron un cuchillo sino también pinzas y alambres. Después de mucho sufrimiento, el curandero les dijo dónde escondía su dinero.

Cuando Milagros se dispuso a matarlo, tuvo un gesto hacia su yerno. "Es tu primo, ¿no? Entonces lo dejamos vivo. Pero que no hable". Así, sin dudarlo, la pastora agarró su cuchillo y le cortó la lengua al moribundo. Milagros ya sabía que el suyo era un gesto inútil: era evidente que Luis no podría sobrevivir. Y, tal como ella lo había previsto, murió en un hospital dos días después.

Andrés, que había sido obligado a presenciar toda la masacre, empezó a ver el fantasma de Luis en todos los espejos, mostrándole su boca sin lengua.

Milagros se creía a salvo de las investigaciones policiales que en ese pueblo eran más bien precarias. De la muerte de López nadie se enteró durante mucho tiempo. Sus pocos amigos sabían que él se iba a ir de viaje para comprar un terreno y no se alarmaron demasiado por su ausencia.

Luis murió en el hospital, pero por el estado calamitoso de su cuerpo todos sospecharon que el crimen se debió a algún ritual esotérico. Después de todo, él mismo era curandero y tenía, además, varios enemigos poderosos.

Pocas semanas después de la muerte de Luis, Milagros organizó en la iglesia la que ellos llamaban "Santa Cena". En medio de cánticos y alabanzas, comida y bebida, se enteró de que el Colo, evangélico de la primera hora, había cobrado una indemnización. Milagros lo hizo subir al púlpito para comentar la novedad. El Colo usó su discurso para agradecer al Señor una y otra vez, pero prácticamente no mencionó nada del dinero. Fastidiada, Milagros lo llevó a parte y con habilidad lo interrogó. Supo que ya había depositado casi todo en el banco, pero que había dejado en su casa una buena suma para comprarse una camioneta. La compra la haría a la mañana siguiente.

Milagros preguntó si en su casa había más gente, como para que agradecieran todos juntos al Señor. El Colo le dijo que sí, que estaban todos sus primos de Córdoba listos para festejar.

La pastora hizo rápidos arreglos mentales. Era evidente que no tenían que ir a la casa. No se podía hacer nada entre tantos parientes. Para empeorar las cosas, al día siguiente la plata se esfumaría. Tuvo entonces una idea salvadora. Tomó al Colo de las manos y le dijo que al otro día, justo antes de ir a comprar la camioneta, él debería pasar por su casa. "El dinero trae tentaciones y desgracias. El Señor me dijo que puede haber peligro en tu vida, me lo está avisando. Por eso te hice subir a hablar, para estar segura. Pero el Señor habló en mí a través del Espíritu Santo y me dijo que te ayude porque no quiere que sus ovejas sufran. Yo te voy a orar antes de que vayas a comprar esa camioneta y no te va a pasar nada. Gloria a Dios".

El Colo no entendió gran cosa del improvisado discurso de Milagros, pero, feliz por la inminente compra, agradeció el gesto y prometió ir para la oración.

Milagros recibió al Colo a las ocho y media de la mañana. En la casa ya estaban sus hijas, sus yernos y Andrés, que intentó por todos los medios zafar de su obligación asesina. Simuló estar intoxicado pero su abuela lo sacó de la cama a empujones y lo amenazó con dejarlo sin un peso y sin su moto.

El Colo entró a la casa dispuesto a recibir las bendiciones de Milagros, y un minuto después ya la tenía encima apretándole la garganta con un cuchillo y diciéndole a gritos que le entregara la plata. Las dos hijas de Milagros, porteras de la iglesia y grandes devotas del Señor, le sujetaban los brazos y le tiraban el pelo. Cuando Milagros tuvo el dinero del Colo, le clavó el cuchillo sin pensarlo dos veces. No podía dejarlo vivo, haría la denuncia y todos irían presos.

Agitada y arrastrando su pierna lesionada, Milagros llamó a sus yernos y a Andrés y les ordenó enterrar al Colo en el jardín.

Los tres cavaron un pozo y fueron a buscar al muerto. Lucho y el Negro agarraron al Colo por debajo de los brazos y le pidieron a Andrés que lo llevara sujetándole las piernas. Andrés, que todo el tiempo tenía que contener el llanto y las náuseas, le levantó un pie y sintió que el Colo se movía. Lo soltó como si fuera una víbora y retrocedió de un salto. Asombrado vio que el Colo volvía a mover el pie. Llamó a su madre y a su abuela, espantado, y les anunció que el Colo estaba vivo. Milagros soltó una carcajada feroz. "Andá y ayudá a los hombres a enterrarlo". Andrés pensó que su abuela no había entendido. "Abuela, el tipo está vivo". Milagros miró a su nieto con desprecio y con un gesto le ordenó que fuera a hacer su trabajo.

Andrés, que durante ese tiempo veía en los espejos la cara lívida y atormentada de Luis, multiplicó sus pesadillas. Escuchaba las voces de los muertos, que lo llamaban por su nombre, y se despertaba en la mitad de la noche sintiendo que no podía respirar.

La siguiente víctima fue una mujer. Durante una de las reuniones con los fieles, Milagros se había enterado de que la cuñada de una de sus creyentes tenía una agencia de empleos especializada en mucamas. Milagros pareció interesada. "Cuénteme, a lo mejor podemos conseguirles trabajo a tantas chicas que vienen acá y necesitan". Así supo que esa cuñada, Elvira, estaba por construirse una casa gracias al negocio. La agencia, en definitiva, se contactaba con mujeres que querían trabajar de mucamas y luego les conseguía empleo a cambio de una comisión bastante alta. "Hay que rezar por ella, para que el Señor la perdone", se lamentó Milagros. "Porque no tiene que cobrarles a los pobres tanta plata para conseguirles un trabajo. Dígame dónde vive y avísele que le voy a ir a hacer una visita para que conozca al Señor".

Dos días después, Milagros y su comitiva llegaban a su casa a hacerle una de sus sanguinarias visitas religiosas.

Durante el último crimen, Andrés no estuvo en el grupo. Se había negado a ir con tanta firmeza que no hubo manera de convencerlo. Su abuela había entrado a su dormitorio y le había pegado con un palo, pero Andrés se mantuvo firme, recibiendo el castigo sin una queja. Al final Milagros lo dejó tirado en el suelo y les anunció a sus hijas que había que dejarlo de lado. "El chico no sirve. No tiene pasta para trabajar con nosotros. Salió amariconado".

Desde la habitación de al lado, Esther había escuchado, apretando las muelas, los golpes que Milagros le daba a su hijo. Cuando Andrés quedó solo, ella entró a curarlo y consolarlo. Mientras le colocaba apósitos sobre las lastimaduras, trataba de justificar a su propia madre. "La abuela es así porque sufrió mucho. Su mamá le tiró a un pozo y mirá cómo quedó. Por eso es tan mala, porque sufrió desde que era muy chica". Andrés, furioso, no quería escuchar. "Yo también sufro, y no quiero matar a nadie".

Desde su cama, reponiéndose de los golpes, Andrés empezó a sentir un olor extraño. Con horror, se dio cuenta de que provenía del jardín, donde habían enterrado al Colo cuando todavía estaba vivo. Primero pensó que era una manifestación más de sus alucinaciones, pero con los días el olor se acentuó. Lo comentó con su madre, pero Esther le dijo que el olor debía venir de algún animal muerto o de una zanja con agua podrida. Una noche, mientras estaban comiendo, Andrés no soportó más. Miró a su abuela, sus padres, sus tíos y estalló. "¿No se dan cuenta del olor? ¿No ven que el Colo se está pudriendo en el jardín?".

Marta levantó la vista de su plato y murmuró: "Tiene razón". Milagros la miró, ofendida. "Tiene razón pero no es para tanto". Comió otro bocado y levantó el cuchillo, señalando a sus yernos. "Y ustedes, inútiles, esta misma noche me sacan el muerto de acá y lo entierran en un baldío. Pero bien enterrado".

Después de matar a la mujer, pasó un año entero sin que Milagros pudiera encontrar una nueva víctima. Vivía en un barrio pobre de una provincia pobre, y la gente que la rodeaba era tan pobre y necesitada como ella.

Andrés no había podido superar la impresión por los crímenes y estaba inmerso en una angustia que lo paralizaba.

Esther intentaba ocultar la tragedia psicológica de su hijo por todos los medios. Temía que Milagros, previendo que Andrés se quebrara y los delatara ante la policía, volcara su instinto asesino contra él.

Marta distribuía su tiempo entre el cuidado de su bebé y las tareas que cumplía en la iglesia con su madre. Milagros, impaciente por ejecutar un nuevo golpe, intentaba, al menos, que los fieles de su iglesia donaran más dinero que el habitual. "Todo lo que den va a ser multiplicado. Y el Señor va a bendecir a todo aquel que ayude con su diezmo y sus contribuciones".

Una noche, asustado por el fantasma sin lengua de Luis y el espíritu asfixiado del Colo, Andrés salió con su moto y chocó contra un auto estacionado. Dos policías que recorrían la zona en un patrullero lo encontraron tirado en el pavimento, vomitando y hablando solo, pero con apenas algunos rasguños.

En la comisaría, Andrés admitió que había tomado ginebra y dijo que había perdido el control de la moto porque la cara de un hombre muerto se le apareció de golpe y lo distrajo. Estaba asustado y confundido, y quiso liberarse del peso de la culpa: "No me hagan nada. Yo voy a decirles muchas cosas".

Antes de que los policías pudieran encerrarlo creyéndolo simplemente borracho, Andrés mencionó a su abuela, la pastora Milagros, y contó todo, tratando de preservar a su madre. "La que

mandaba era la abuela Milagros. Ella los mataba. Era la que les clavaba el cuchillo. Ella le cortó la lengua a Luis, el primo de papá. Mamá me dice que hay que entenderla porque la abuela es coja, porque la vieja de ella la había tirado a un pozo como de tres metros. ¿Y qué? ¿Por eso le tiene que cortar la lengua a un tipo que se está muriendo? ¿Por eso tiene que mandar a enterrar a otro que todavía está vivo?". Los policías escuchaban atónitos el relato de Andrés, que mechaba las escenas de los crímenes con las imágenes de sus pesadillas. Cuando Andrés advirtió que lo miraban con sospecha, ofreció pruebas. "¿No me creen? Yo los llevo al lugar donde están enterrados los muertos".

Cuando la policía fue a buscar a Milagros y su grupo, ella negó todo. Acusó a su nieto de loco y mentiroso y sugirió que acaso él mismo había sido el autor de tamañas atrocidades.

Esther, la madre de Andrés, cortó en seco a Milagros y respaldó la versión de su hijo, ofreciendo detalles precisos y pruebas irrefutables.

Milagros R. fue condenada a catorce años de prisión por homicidio agravado por alevosía, reiterado en cuatro oportunidades. Sus hijas y sus yernos recibieron diez años de prisión cada uno. Andrés, el nieto, cuatro años, aunque a los dos meses fue puesto en libertad.

La policía sospecha que ella y su grupo cometieron cinco crímenes más, aunque no pudieron demostrarlo.

Los abogados de Milagros le tramitaron prisión domiciliaria por haber cumplido setenta y dos años en el momento de la condena. El pedido fue denegado por mala conducta y actitudes violentas.

Milagros sigue negando su participación en los crímenes. "Yo soy inocente. ¿No me ve? ¿Usted puede creer que una mujer como yo, vieja y sin fuerzas, pueda matar a alguien? Por ahí fueron los

otros, los de mi familia. Yo por ellos no puedo poner las manos en el fuego. Lo que sí sé es que yo no fui. Soy una abuela y no le hago mal a nadie".

Nilda S., Ama de casa

En el registro civil, mientras aceptaba a Fernando como su marido, Nilda S. tuvo un asomo de duda.

El día anterior al casamiento, su novio le había comunicado dos cosas: se anulaba la luna de miel, y ella debería olvidarse de sus planes para empezar a estudiar odontología.

No le dio grandes explicaciones. Apenas le dijo que no era el momento adecuado para que él dejara de trabajar y saliera de la ciudad, y que tampoco convenía inaugurar una vida en común con ella, la mujer, fuera del hogar.

Nilda estuvo por quejarse y preguntar por qué razón le había ocultado sus intenciones hasta ese momento. Pero no se animó. Fernando tampoco parecía muy dispuesto a discutir sus decisiones: una vez verbalizado el asunto, tomó el teléfono y se puso a hacer llamadas de trabajo.

Nilda había llegado al matrimonio virgen e inocente. Creía que un marido, por fuerza, iba a ser un compañero incondicional, mejor dotado que ella para las cosas prácticas, que la aconsejaría, la querría y la ayudaría a pasar una vida feliz y sin sobresaltos. Eso

es lo que había entendido después de haber visto la armoniosa relación que tenían sus padres, sus abuelos y sus parientes cercanos.

A pesar de la sorpresa por la frustrada luna de miel y la odontología trunca, Nilda pasó sus primeros años de casada sin demasiadas complicaciones. Su vida, después de todo, no era tan diferente de lo que estaba acostumbrada a ver: tal como su madre, ella limpiaba la casa, atendía a Fernando, soportaba su malhumor esporádico y criaba a sus hijos. Advertía, sin embargo, que habían pasado más de treinta años entre la boda de sus padres y la suya propia, pero que en los hechos prácticos, ella estaba actuando como la vieja generación. Muchas de sus compañeras de colegio, en cambio, habían seguido estudiando, o trabajaban fuera de la casa. Insegura, Nilda no podía decidir si su modo de vida constituía una ventaja comparativa con respecto a sus ex amigas, o un claro retroceso.

Por otro lado, había en su matrimonio episodios inquietantes: Fernando, su marido, tenía por costumbre burlarse de ella y, por regla general, minimizar sus opiniones y proyectos. Más todavía: se había habituado a levantarle la voz y a imponer sus puntos de vista sin siquiera escuchar sus opiniones.

Nilda venía de un tipo de familia cuyas mujeres se consideraban prácticas e inteligentes por el solo hecho de soportar a sus maridos y fingir que nada de eso les importaba. Su madre solía darle consejos al respecto: "No le hagas caso a Fernando. Hacé como yo hacía con tu padre: le decís que sí, y después hacés lo que tengas ganas".

Ese modo operativo era frustrante y mentiroso: Nilda soportaba las recriminaciones y órdenes de su marido, pero cuando se disponía a hacer su voluntad se daba cuenta de que no tenía margen de acción: siempre le faltaba tiempo o dinero para todo, y si lograba zafar en ese sentido, se topaba con la vigilancia directa

o indirecta del esposo que, de una forma o de otra, se aseguraba de que todo estuviera bajo su control.

El empleo de Fernando era hermético y confuso. Compraba y vendía autos, pero no trabajaba para una agencia ni para una empresa. Cambiaba de compañeros a cada rato, viajaba por el interior del país en busca de vehículos usados, tenía citas ocultas con policías retirados y recibía llamados a cualquier hora del día o de la noche. Nilda lo conoció así, de modo que se había acostumbrado a su actividad y le parecía perfectamente normal.

Con el tiempo, las cosas empeoraron. Por un lado, Fernando era más egoísta y arbitrario, y por otro Nilda había empezado a exigirle a su marido más ayuda, más diálogo y más comprensión.

Cuando cumplieron diez años de casados, Nilda organizó una gran fiesta familiar. No estaba dispuesta a reconocer que su matrimonio naufragaba y que haber elegido a Fernando como marido había sido, muy probablemente, un error.

La fiesta fue normal, pero cuando todos se fueron Fernando se tiró en la cama y le dijo a Nilda, riéndose, que las reuniones por los aniversarios eran una hipocresía. Y así nomás le contó que tenía una amante.

Esa noche, Nilda lloró, pidió el divorcio y se fue a dormir al cuarto de sus hijos.

Durante más de una semana Nilda le rogó al marido que se fuera de la casa. Al fin, Fernando se cansó de escucharla. Le dio una trompada que la tumbó y consideró terminada la historia. "Ni me voy yo ni te vas vos. No me rompas más las pelotas! Todavía que uno quiere ser sincero".

Nilda se sentía acorralada y humillada. Pensó en irse de la casa con sus hijos pero no tenía adonde ir. Sus padres, al jubilarse, se

habían mudado a un departamento minúsculo en el que apenas entraban ellos mismos. Ella, que no había estudiado, tampoco tenía la menor experiencia laboral: no se le ocurría la manera de ganar el dinero suficiente como para que vivieran los tres. Además, Silvia, su hija mayor, que acababa de cumplir nueve años, adoraba a su padre y sufría cada vez que él desaparecía en uno de sus constantes viajes al interior del país. Se imaginó anunciándole una separación y no se sintió capaz de enfrentar la escena.

Poco a poco se fue calmando, y con la calma vino la aceptación de su realidad: Fernando era el marido que el destino le había impuesto, y ella debería adaptarse. Pensó también que Luis, el otro hijo, apenas tenía cuatro años y no era justo ofrecerle una infancia sin hogar y sin padre.

La década siguiente reforzó el estado de las cosas. Fernando se había vuelto más agresivo y despótico, y Nilda más apocada y obediente. Justamente, la obediencia miedosa de Nilda alimentaba la crueldad del marido.

Para sentirse menos sola, Nilda había empezado a frecuentar a Juana, una vecina que se había convertido en su única amiga y confidente. A ella le contaba que Fernando la engañaba, que desaparecía de su casa durante días sin dar ningún tipo de aviso, y que la hacía sentirse un despojo.

No era una exageración para impresionar a la vecina sino pura realidad: todo lo que hacía Nilda merecía la crítica del marido, desde la cocción del pescado hasta la limpieza de los vidrios. Nilda se defendía como podía y entonces Fernando la cortaba en seco. "Hacé de cuenta que sos mi sirvienta y se acabó. Así nos vamos a entender."

Fernando, además, marcaba su poder a través del dinero. Le dejaba a la esposa lo mínimo necesario y la criticaba duramente

cada vez que ella tenía que volver a pedirle. Le hacía guardar los tickets de las compras y después, calculadora en mano, sacaba las cuentas.

Como Nilda frecuentaba un almacén donde le entregaban unas facturas provisionales hechas en birome, solía hacer otras ella misma, por un importe mayor, para quedarse con la diferencia. "¿Te das cuenta? - le decía, indignada, a su vecina - Cada vez que hago una factura trucha me siento una imbécil y una cobarde. Al final, me quedo con los vueltos, como los chicos".

Esos vueltos le servían para comprar cigarrillos y bebidas alcohólicas, "para levantar el ánimo".

Nilda, sin darse cuenta, estaba desarrollando una importante adicción a la bebida. No se emborrachaba de manera calamitosa pero tampoco podía pasar un día entero sin tomar alcohol. Juana, su vecina, había intentado varias veces llevarla a Alcohólicos Anónimos, pero Nilda prefería el aturdimiento del alcohol a la amargura de su vida.

Sus hijos, ocupados en sus cosas, ni siquiera advertían la situación.

Fernando, que se jactaba de saber cada detalle de lo que sucedía en su casa, había encontrado algunas veces a su esposa fumando o tomando un vaso de vino. Le prohibió una cosa y la otra. Para estar seguro de que su orden fuese cumplida, solía oler a Nilda con desprecio. Cuando advertía que su orden había sido desobedecida, la castigaba reduciéndole todavía más el dinero para las compras.

Para cuando Silvia había cumplido veintiún años, Nilda ya se había convencido de que la única solución para volver a llevar una vida digna era divorciarse de su marido, costara lo que costara. Lo comentó con su hija, quien relativizó las razones de

su madre. "Hablás así porque estás enojada. Pero ya se te va a pasar. Vos viste cómo es papi."

Luis, en cambio, sí estaba de acuerdo con el divorcio. Advertía claramente que su padre maltrataba a su madre, y le parecía una injusticia que ella tuviera que soportar una vida tan desdichada.

Pero no importaba lo que pensarán los hijos, ni lo que ella misma quisiera hacer: el hecho es que Fernando no tenía la menor intención de separarse. Ya se había negado durante la primera de las crisis, cuando él le dijo a su esposa que tenía otra mujer.

Ahora era peor: estaba decidido a apelar a cualquier recurso para impedir el divorcio. Para él, no tenía sentido modificar su presente: había acomodado su vida de tal manera que tener una esposa no le incomodaba en lo más mínimo. Él se las arreglaba para tener amantes, viajar y divertirse. Su esposa le era útil para los quehaceres domésticos y cuidar a sus hijos. El sometimiento de Nilda había llegado a un extremo tan pronunciado que la había vuelto casi invisible.

A veces Fernando la miraba y sonreía. "¿Te das cuenta qué bueno? ¡A veces ni siquiera me molestas!"

Nilda revivía cuando su marido estaba de viaje. Fernando había llegado a desaparecer varias semanas enteras sin dar señales de vida, excepto alguna llamada a la oficina donde trabajaba la hija.

Eran temporadas casi felices. Nilda fumaba a su antojo, miraba por televisión los programas que quería, iba a lo de su amiga a cualquier hora y se quedaba tardes enteras en la cama, leyendo revistas con un vaso de whisky a mano.

Una noche su marido apareció de golpe, sin aviso, a las cuatro de la mañana. Fue el regreso que marcaría la desgracia de los dos.

Sin siquiera saludar, Fernando prendió la luz, sacó unos papeles de un cajón y se puso a hacer cuentas. Nilda, desilusionada y furiosa por la súbita aparición del esposo, le pidió que apagara la luz y fuera a trabajar al living. Fernando se acercó a la cama, la destapó y la miró un buen rato, mientras Nilda se iba encogiendo sobre sí misma, asustada por lo que podía venir. "Ay, Nilda, Nilda... Esa luz que tanto te jode la pago yo. Porque la señora nunca en su puta vida fue capaz de ganar un centavo partido al medio". Nilda, muda, escuchaba. Su marido volvió a cubrirla con la sábana. "Pero tenés razón. Mejor que apague para no tener que verte en camión, vieja y arruinada como estás".

A la mañana siguiente Nilda preparó el desayuno para los cuatro y entonces se enteró de que su marido iba a pasar un buen tiempo en la casa: los viajes, por primera vez en más de veinte años, se suspendían por una temporada. Supo que algo iba a pasar.

Luis, decepcionado como su madre, se levantó de la mesa y dijo que tenía que ir al colegio.

Fernando, de buen humor, se ofreció a llevar a Silvia a su trabajo. Antes de salir se acercó a Nilda, para dar sus instrucciones. "Para esta noche, milanesas con fritas".

Nilda lavó las cosas del desayuno y fue a la casa de su amiga Juana. No podía ni imaginar su vida sin el descanso de los viajes de Fernando.

Juana le preparó café, le sugirió un psicólogo, un abogado y un amante, y la consoló como pudo.

A las seis de la tarde, Nilda dejó a su amiga y fue a comprar la carne, para las milanesas. Cuando llegó a su casa escuchó una música de bailanta que no era habitual. Pensó que su hijo había vuelto antes y estaba con algunos amigos. Sin preocuparse

demasiado se puso a cocinar. De pronto oyó que se abría la puerta del pasillo. Entonces, vio a Fernando, en pantalones cortos y ojotas. Unos segundos después apareció una mujer alta, teñida de rubio, que se paró atrás de Fernando, agarrándolo de la cintura.

Nilda la miraba con perplejidad. Fernando empezó a reírse a carcajadas e hizo la presentación, señalando a una y a la otra. "Sandra, Nilda, la madre de mis hijos. Nilda, Sandra."

La mujer, que llevaba unos jeans agujereados en sitios estratégicos y una remera sin corpiño, le sonrió, divertida. "¿No tenés café?"

Nilda dejó las milanesas y fue al dormitorio. Encontró la cama revuelta y manchas de maquillaje en una almohada. Se quedó un rato ahí parada, inmóvil, hasta que sacó las sábanas y fue a la cocina.

La rubia ya no estaba. Fernando comía un sándwich con voracidad. La miró, provocador. "¿Qué tal? ¿No está buena Sandrita?"

Nilda tiró las sábanas al piso, temblando de rabia. Miró hacia los dormitorios de los hijos y le preguntó a su esposo si no le daba vergüenza llevar a una puta a la casa con los hijos de testigos. Fernando descartó la pregunta con un gesto impaciente. "¿No ves que no están? ¿No ves que sos una forra?".

Nilda pensó, por primera vez, que la única solución era matar a su marido. Mientras tanto, él seguía provocándola. "¿De qué te asombrás, vos...? ¿De que traiga a una mina a casa? ¿Vos no viste lo buena que está? ¿Y no te viste en el espejo, vos? ¿Ahora entendés por qué la traje?".

Nilda estaba por llorar. "No me importa que tengas amantes. No me interesa. Pero no me las traigas a casa."

Fernando la escuchó con una sonrisa sobradora. "¿No? La próxima ya te vas a acostumbrar".

Nilda levantó las sábanas del piso y fue a llevarlas al lavadero. Antes se dio vuelta y le avisó, con el tono sumiso que ya se le había hecho carne: "La próxima te mato". Era cierto.

Después de la visita de Sandra, Fernando pasaba en su casa más tiempo que nunca. Arreglaba sus asuntos por teléfono y se quedaba en la cama hasta después del mediodía. Entonces se vestía con mucho cuidado y salía, pero estaba de vuelta para la hora de la cena. Llegaba de la calle sonriente y con la ropa impregnada con perfume de mujer.

Nilda no les había contado a los hijos el episodio de Sandra, pero era obvio para todo el mundo que Fernando estaba en pleno romance con otra mujer.

Silvia hacía lo posible por no enterarse: trabajaba horas extras y se había anotado en cursos de alemán y de italiano. Luis, en cambio, sufría por el padecimiento de su madre.

En cuanto Fernando salía de la casa, Nilda corría a visitar a Juana. Se tiraba en un sillón, se servía vino y respiraba con alivio. "Te juro que en casa hasta me falta el aire. Empecé a tener problemas de asma, como cuando era chica. Lo raro es que acá nunca me agarra".

Juana no sabía qué hacer. Era evidente que el episodio de Sandra había desestabilizado a su amiga más que ninguna otra cosa. "No te entiendo", repetía Juana. "Con todo lo que te hizo ese tipo, lo de la puta es lo de menos". Pero Nilda se había convencido de que ése era el límite: si lo cruzaba, estaría enterrando la poca dignidad que le quedaba. Si permitía que su marido volviera a llevar a una mujer a su casa, a su cama, ella -automáticamente- se

convertiría en una basura.

Una mañana, Fernando se vistió muy temprano y salió sin decir a qué hora volvía. "Prepará unas albóndigas con puré, por si llego a volver para el almuerzo. Bien fritas y con ajo."

Nilda, que odiaba las frituras, estaba condenada a vivir friendo todo tipo de comidas: Fernando, desde hacía unos meses, le exigía un menú de comidas aceitosas y llenas de calorías. Explicaba sus antojos con una carcajada recia. "Hay cosas que me dan hambre...y cuando tengo hambre quiero cosas fritas".

Ni bien se fue, Nilda sacó una botella de ginebra que tenía escondida en un armario, tomó un vaso lleno y después otros dos. Enseguida se puso un abrigo y salió para lo de Juana.

Cuando Juana la vio medio borracha a las nueve de la mañana, le dijo que le daba a elegir: "O hacés un tratamiento para dejar el alcohol, o no venís más a casa".

Nilda no aguantó más. Miró de frente a Juana y le dio un empujón. "¿No querés ser más mi amiga? ¿Te da vergüenza tener una amiga borracha? ¡No me veas más! ¡No me interesa!".

Juana nunca la había visto tan furiosa ni la había escuchado hablar con tanta energía. Pero Nilda no podía parar. "¿No te das cuenta de cómo vivo yo? ¿Te das una idea? ¿Sabés lo que es tener a alguien que te diga todo el tiempo que no servís, que sos una gorda inmunda, que sos una basura? Con una vez que alguien te lo diga ya le querés dar una trompada. Imagínate que te lo digan durante veinticinco años, todos los días. Imagínate, pensá".

Juana, muy impresionada, se sentó en un sillón, muda. Nilda, respirando hondo, se sirvió un vaso de whisky hasta el borde y se lo tomó de un trago.

Nilda no llegó a su casa borracha porque Juana la hizo duchar con agua fría y la obligó a comer un par de sándwiches.

Volvió medio aturdida, con las manos heladas y dolor de estómago. No escuchó ningún ruido y tuvo la esperanza de que no hubiera nadie en la casa para darse otro baño y terminar de despejarse. Abrió la heladera para servirse un vaso de agua fría cuando escuchó voces en el pasillo. En seguida apareció Fernando, con un chándal y una remera. Atrás estaba Sandra, vestida pero secándose el pelo con una toalla.

Nilda los miró y cerró la heladera, muy despacio. Sandra captó la mirada de Nilda y anunció que se estaba yendo. Fernando le sacó la toalla de las manos y comenzó él mismo a secarle el pelo. "¿Te vas a ir con el pelo mojado? Por lo menos tomate un cafecito caliente." Fernando miró a su mujer como quien miraría al mozo de un bar. "¿Café habrá?". Fernando festejó su propio chiste con una risa franca mientras Sandra se tapaba la boca para contener una risita infantil.

Nilda se quedó en su lugar, sin hacer un solo movimiento.

Sandra, incómoda, fue a buscar su bolso y salió. Fernando dijo que iba a acompañar a su amiga a la parada del colectivo y que volvía para comer.

Cuando cerraron la puerta, Nilda se encontró sola, aturdida, pensando que tendría que matar a su marido pero que no sabía cómo. Mientras tanto, acomodó la freidora en el fuego y empezó a hacer las albóndigas.

Puso la carne picada en una fuente, colocó un par de huevos crudos, perejil, pan rallado. Mezcló todo y empezó a apelmazar la carne picada con fuerza, con la mente en blanco, viendo como la carne se colaba entre sus dedos. Cuando terminó de armar todas

las albóndigas, se acordó de que no había puesto el ajo. Picó unos cuantos dientes, desarmó las albóndigas, agregó el ajo y volvió a armarlas. Una por una empezó a echarlas en la freidora.

Cuando llegó su marido, olfateó el aire, indignado. "¿Para qué mierda te puse el extractor si al final no lo usás?".

Almorzaron a las tres y media de la tarde. Fernando se servía una y otra vez y criticaba la consistencia del puré. "Hay que ser inútil para que el puré te salga como un engrudo". Nilda se sirvió una única albóndiga, la desmenuzó con el tenedor y la dejó en el plato. Se levantó, sacó la botella de ginebra y se sirvió. Volvió a su lugar y tomó toda la ginebra a sorbitos. Fernando le sacó el vaso y lo olió. "No ves que sos una borracha.". Sonriendo, volcó la ginebra sobre el puré. "Y no te parto la cara porque estoy contento".

Nilda, sin decir nada, con el tenedor en la mano, seguía jugando con su albóndiga deshecha.

Cuando Fernando terminó de comer, se levantó de la mesa y le dijo que iría a dormir la siesta. "No me molestes hasta las siete, mínimo".

Nilda siguió en su lugar, pensando.

Un rato más tarde, Nilda se levantó de la mesa. Desde la cocina se escuchaba el televisor transmitiendo un partido de fútbol. Miró a su alrededor. Juntó los platos sucios y las fuentes, los llevó a la pileta y los lavó. Cuando estuvo todo limpio, sacó el cuchillo más grande que tenía y evaluó el filo. Pensó que no tendría el coraje como para clavárselo a Fernando. Volvió a dejarlo en su lugar.

Entonces vio la freidora. Le agregó otro litro de aceite de maíz, prendió la hornalla y fue al dormitorio. Su marido estaba dormido con el control remoto al lado de su mano derecha. Lo miró: se

había sacado toda la ropa y se había cubierto con una manta.

Nilda volvió a la cocina y esperó a que el aceite estuviera hirviendo. Apagó el fuego, tomó la freidora con unos repasadores para no quemarse y volvió al dormitorio.

Fernando, relajado, había empezado a roncar. Nilda dejó la freidora en el suelo y destapó a su marido con cuidado para no despertarlo. Fernando ni se movió. Nilda volvió a agarrar la freidora, la levantó con cuidado y le tiró el aceite todavía burbujeante por todo el cuerpo.

Fernando fue internado con quemaduras gravísimas. Murió dos meses después.

Nilda S. estuvo detenida en una comisaría durante diez días. Los peritos forenses recomendaron su internación en un instituto neuropsiquiátrico. Fue trasladada de inmediato.

Nilda aseguraba que esa internación era un error. "No estoy loca. Mi única locura fue esperar tantos años. Pero no me arrepiento. Hice lo que tenía que hacer. Lo maté así porque yo quería que sufra, que tenga una muerte fea. Quería vengarme por todo lo que me hizo. Lo peor es que yo me conozco: si no lo mataba, me iba a quedar con él, porque yo lo quería, me parece".

Nilda murió de un ataque al corazón en el instituto donde estaba recluida. Quince días antes le habían avisado que su esposo había muerto.

Marcela O., lastimada

La primera noche que pasó en un instituto de menores, Marcela O. apartó las sábanas de su cama, se acostó y abrió bien los ojos, tratando de ver en la penumbra. Escuchaba voces, risas, gemidos. Para calmarse se decía que nada peor le podía pasar. De pronto todas se callaron y una, a los gritos, avisó: "Vos, la nueva, cuidate porque sos boleta".

Marcela siguió acostada, sin moverse. Pensó que su madre, cuando había estado en la cárcel, debió haber vivido algo similar.

Muerta de frío, se tapó. Luchó un rato para no dormirse, temiendo que sus compañeras le hicieran algo. Al final dejó de resistir y cerró los ojos.

Concentrada, recordaba el momento en el que le avisaron que a su madre le iban a reducir la condena.

El día en que su madre salía de la cárcel, Marcela despertó muy temprano y fue a la iglesia. No le gustaba rezar sino prender velas y mirar las imágenes de los santos. Por las dudas, pidió dos cosas: dejar de tener pesadillas, y que pronto le saliera un trabajo para poder mudarse.

Volvió a su casa, despertó a sus dos hermanos y les preparó el desayuno. Poco después salieron en el auto que les había prestado un amigo. Alejandro manejaba, Nacho iba en el asiento de al lado y atrás iba ella, escuchando música con un walkman.

Ana salió cerca del mediodía, con la cara lavada, pisando firme. Saludó a sus hijos varones con abrazos y gritos de emoción. Después miró a Marcela y le dedicó una sonrisa extraña. Se

acercó, le acomodó un mechón de pelo que le caía sobre la cara y le dio un beso. "¿Vamos? Me quiero dar un baño".

Cuando llegaron a la casa, se sentaron a charlar mientras Marcela cocinaba. Ana iba examinando todo, advirtiendo los cambios en la ubicación de cada cosa. Alejandro, que había cumplido veinticuatro años, parecía feliz con la vuelta de la madre. Le faltaba poco para terminar sus estudios. Como su hermano Nacho, de veintiuno, iba a ser policía.

Nacho estaba alerta: temía que la conflictiva relación entre su madre y su hermana estallara en cualquier momento.

Marcela, tensa, se dedicaba a hacer su guiso de fideos. Durante el almuerzo, Alejandro y Nacho contaron anécdotas de la escuela mientras la madre, divertida, les decía que no entendía cómo era posible que sus dos hijos fueran a ser policías.

Nacho advirtió que Marcela comía sin levantar la vista de su plato y sin decir una palabra. La señaló con el tenedor y comentó que tendrían que organizarle una fiesta: pronto cumpliría diecisiete, y estaba sacando excelentes notas, sobre todo en matemáticas. Ana miró a su hija con curiosidad. "Mirá qué bien. En la cárcel yo también estuve haciendo algunos cursos, y me iba bárbaro". Abrazó a Alejandro con complicidad, le dio un pellizco en el brazo y señaló a Marcela. "Al final, tengo que agradecerle... Como fue ella la que me mandó ahí adentro...".

Cuando ya estuvo instalada en su casa, Ana se dedicó a organizar la economía del hogar. Su ex marido, Luisito, había muerto, pero a pesar de que ellos se habían separado antes, a ella le correspondía una pensión. Otro ingreso era el alquiler de un local, frente a la ruta, donde funcionaba una bicicletería. La casa donde vivían, sin embargo, era alquilada. La pensión y el alquiler de la bicicletería les alcanzaban para vivir en forma ajustada. Los dos hijos mayores también aportaban: cuando podían, hacían

trabajos de jardinería y de pintura y pagaban las cuentas.

Ana jamás había tenido un trabajo estable. Decía que era incapaz de ajustarse a un horario ya las exigencias absurdas de un patrón. "O tengo mi propio negocio o nada", explicaba cada vez que alguien le insinuaba que hiciera algo.

En sus épocas de casada, su marido se conformaba con que gastara menos dinero. Pero Ana no tenía control. No pasaba una semana sin que comprara ropa, zapatos, cosméticos, y alguna que otra cosa que necesitaran sus hijos varones. A Marcela, en cambio, no le compraba absolutamente nada. Pedía a sus amigas ropas que sus hijas ya no usaran, y se arreglaba con eso. Cuando la hija creció, la hacía vestirse con lo que ella misma descartaba, haciéndolo achicar con una modista.

Después de su separación, Ana vio que tenía menos dinero para gastar. Podía vivir, sí, pero tendría que renunciar a casi todo. Entonces decidió trabajar a su manera. Como era atractiva y joven, empezó a tener amantes a los que les pedía dinero. Armó un elenco estable de tres o cuatro hombres. Con eso le resultaba suficiente. Pero después de dos años en la cárcel, tendría que arrancar de cero. Estaba segura de que al menos dos de sus ex amantes volverían a estar con ella, pero mientras tanto, tenía que organizarlo todo.

Para empezar, Ana decidió arreglarse a sí misma: su estadía en la cárcel se le notaba en el cuerpo. Con la primera pensión que cobró, fue directamente a un instituto de belleza a hacer un tratamiento intensivo. Quería adelgazar, endurecer y dominar una celulitis reciente, producto de la pésima alimentación carcelaria y la inactividad.

Como todavía no había agregado ningún ingreso extra al hogar, Ana pagó sus masajes y cremas con el dinero destinado al alquiler de la casa. Una semana después de vencida la fecha del

pago, el dueño empezó a llamar para hacer sus reclamos.

Ana mandó a Marcela a pedir una prórroga en el pago. Podría haber ido ella, pero prefería mandar a la hija: sabía que no había cosa que la mortificase más que poner la cara para cubrir los desórdenes económicos de su madre.

En realidad, la relación entre la madre y la hija había sido pésima desde siempre. Para empezar, Ana tenía un serio conflicto con las mujeres en general: las despreciaba, le parecían falsas y traidoras y, desde luego, le planteaban una competencia que ella no tenía ganas de asumir. Tenía amigas, sí, pero las elegía con muchísimo cuidado y mantenía con ellas una distancia prudencial.

Cuando quedó embarazada por primera vez, a los dieciocho años, rogó cada día, durante los nueve meses, que su hijo resultara varón. Lo mismo con el segundo. A sus amigos les comentaba que la sola idea de tener una hija le producía rechazo. "Son todas estúpidas. Lloran sin parar y son caprichosas. Hay que peinarlas y ponerles hebillitas. Si me nace una me muero", decía siempre, con enorme desprecio. Su tercer embarazo estaba destinado por la mala suerte.

Ana y Luis tenían graves problemas de convivencia y estaban pensando en separarse. Cuando quedó embarazada, Ana lloró durante una semana sin parar.

Pensó en hacerse un aborto pero el miedo la paralizaba. Al fin, promediando el cuarto mes, se decidió: pidió turno en el consultorio clandestino de una partera. Cuando ya estaba acostada en la camilla y vio los instrumentos con que la iban a intervenir, suspendió todo. Pensó que no iba a poder soportar el dolor. Se levantó, odiándose así misma por su cobardía, y volvió a la casa. Pasó el resto del embarazo vomitando, engordando y mirándose al espejo para controlar la aparición de várices y estrías. Estaba segura, además, de que las desgracias no venían

solas, y que de ese embarazo no deseado y siniestro nacería una nena. Así fue.

Ana se separó de Luis cuando Marcela no había cumplido cuatro años. A partir de entonces empezó una tarea de hostigamiento tan intensa que el ex marido tuvo que irse a vivir a Brasil, de donde volvió enfermo de cáncer.

En su casa, Ana trataba con cariño a sus hijos mayores y se encarnizaba con Marcela, por ser la mujer no deseada que, además, venía a interrumpir su idilio con los otros dos.

Muy pronto empezó a pegarle. Cualquier cosa era motivo de un golpe, que perdiera un lápiz, que no estuviera lista a la hora señalada, que se ensuciara los zapatos. Sus hermanos trataban de defenderla, pero por lo general estaban distraídos con otras cosas.

Una mañana, cuando Marcela tenía cinco años, Ana se despertó especialmente fastidiada. Les dio el desayuno a sus dos hijos mayores y los mandó a la escuela. Más tarde decidió salir. Se planchó una pollera y fue a despertar a su hija, que seguía durmiendo. La sacudió de un brazo, y le sacó las sábanas de un tirón. Entonces advirtió que la cama estaba mojada. Miró a su hija con furia. "Te measte, hija de puta. Te measte otra vez". Marcela empezó a llorar, avergonzada. Hacía varios meses que venía pasándole lo mismo.

Ana tuvo una idea macabra. "Ahora vas a aprender". Fue al lavadero y agarró la plancha caliente. Marcela adivinó sus intenciones y redobló sus gritos y llantos. Pero no hubo caso. Ana inmovilizó a su hija con una mano, y con la otra le levantó el pijama y le apoyó la plancha en la espalda.

Siguió usando el método de la plancha durante años.

Unas semanas después de salir de la cárcel, Ana ya se había adaptado a su vida en la casa. Uno de sus primeros logros fue recuperar a Julio, el más estable de sus antiguos amantes.

Una noche, Marcela encontró a su madre frente al espejo del comedor, probándose un vestido. Le quedaba muy ajustado, pero se lo puso igual, criticando a su hija por la comida aceitosa y calórica que preparaba. Sin dejar de mirarse anunció que en un rato pasaría un amigo, y que lo recibiera con un café. Ella iría a su cuarto a maquillarse y a descansar un rato.

Marcela fue a ver televisión, sintiéndose insegura y en peligro. Eran las primeras noches que se quedaba sola con su madre. Sus hermanos pasaban la semana entera en la escuela de policía y volvían recién los sábados a la mañana.

Cerca de las once de la noche apareció el amigo de su madre. Marcela le abrió la puerta y lo hizo pasar. Julio era algo gordo, usaba la camisa abierta y pulseras y anillos de oro.

Obediente, Marcela le convidó un café y lo invitó a sentarse en el living. Mientras le servía, apareció la madre. Ignorando la presencia de la hija, se acercó a Julio, le pasó la lengua por los labios y le preguntó cuánto tiempo tenía. Julio le palpó el culo y le dijo que se iba a quedar dos o tres horas. Sonriendo, Ana lo hizo levantar de su silla. Fueron abrazados al dormitorio.

Al día siguiente, cuando Marcela volvió del colegio, su madre la estaba esperando en la cocina. Le dijo que estaba harta de los llamados de López, el dueño de la casa, que seguía reclamando el alquiler impago. "Decile a López que yo le voy a pagar cuando yo quiera, cuando yo junte la guita. Y que si no le gusta, que nos haga juicio. Ni en diez años nos va a poder sacar de acá y todo ese tiempo no va a cobrar un mango. Andá y decile".

Marcela intentó convencer a la madre de que lo mejor sería pagar

pronto y evitar confrontar con los dueños de la casa en la que vivían. Fue inútil. A los gritos la madre le dijo que fuera a ver a López en ese mismo momento.

Asustada, Marcela fue. La esposa de López le abrió la puerta, a cara de perro. Con timidez, Marcela le dijo que en cualquier momento tendrían el dinero del alquiler y que disculparan la demora. La esposa de López la interrumpió. "Decile a tu mamá, ya que salió de la cárcel, que me pague pronto. Y que deje de perseguir a mi marido porque la voy a echar de la casa a patadas".

Roja de vergüenza, Marcela entendió el mensaje. En efecto, ya había advertido que su madre había llamado a López por teléfono más de una vez, proponiéndole un encuentro a solas "para hablar de negocios".

Volvió a su casa y vio a su madre en la cocina, con un espejo de aumento, depilándose las cejas. Le dijo que ya había cumplido con el encargo y que se iría a dormir.

El sábado siguiente los dos hermanos mayores llegaron al mediodía. Durante el almuerzo, Ana les fue contando sus reencuentros con vecinos y amigos, poniendo énfasis en la solidaridad que todo el mundo le manifestaba. "Claro, saben que lo que me hicieron fue una injusticia. Estuve presa dos años por una injusticia terrible. La gente me abraza y me dice que no entienden cómo estoy tan bien, a pesar de lo que me pasó". Cuando terminó de hablar, Ana se quedó mirando fijamente a Marcela, que había dejado de comer y escuchaba, inmóvil.

Nacho, con habilidad, desvió la conversación. Quería desactivar cualquier conflicto antes de que fuera tarde. Le habló a su madre de sus últimos logros en artes marciales.

Ana escuchó a su hijo con una sonrisa congelada. Con el tenedor,

empezó a buscar pedazos de verdura en su guiso de arroz. Al final, dejó el tenedor y empujó el plato hacia adelante. "Yo no puedo comer esto". Volvió a mirar a Marcela, indignada. "¿No sabés que estas cosas engordan? ¡Siempre fideos o arroz! ¡Dios mío!".

Marcela no se calló. Estaban sus hermanos y podrían defenderla. Le explicó a su madre que no tenían dinero para otro tipo de comida porque ella gastaba todo en tratamientos contra la flacidez, y que si quería una dieta mejor tenía que empezar a trabajar.

Ana no se contuvo. A los gritos le dijo que ella no trabajaba porque recién había salido de la cárcel, y que había ido a parar a la cárcel por su culpa.

Justificó sus tratamientos de belleza diciendo que se los pagaba una amiga y que eran necesarios para su salud. Ni una cosa ni la otra eran ciertas. Nacho quiso cortar la discusión pero Ana no estaba dispuesta a dejar las cosas como estaban. Se levantó de su silla y se paró al lado de Marcela, señalándola con el dedo. "Y para que sepas, cuando uno no tiene plata, se pide. Vas y le decís al carnicero que te dé un poco de carne y que te lo anote para pagar después. ¿O tenés vergüenza de pedir? ¡Aprendé a conseguir lo que necesitás o te comen los piojos! ¡Con las tetas que tenés, lo menos que podés hacer es que te fíen un pedazo de carne!".

Alejandro cortó la escena y le pidió a su madre que dejara en paz a su hermana. Ana volvió a su silla, moviendo la cabeza con incredulidad. "Si yo no la pongo en caja, no sé qué va a pasar con esta chica".

Una tarde, cuando Marcela volvía del colegio, encontró a su madre con López, el dueño de la casa. Estaban en la cocina, tomando té. Ana estaba inclinada hacia delante, hablándole al

oído y riéndose.

Marcela trató de pasar sin ser vista pero la madre la interceptó. Le dijo que la encontraría en el dormitorio. Allí Ana la tomó del brazo y en voz baja le dijo que estaba harta de soportar sus miradas de reprobación. Con una sonrisa de triunfo le comunicó que estaba negociando el alquiler, y que esa noche quería estar sola con su nuevo amigo. "Búscate algo y volá, a mí no me vas a amargar la vida".

Marcela fue a dormir a la casa de una amiga. Al día siguiente tenía dos entrevistas de trabajo. Temía que los nervios que estaba pasando le jugaran en contra. Trató de relajarse y se metió en la cama, con la ropa puesta. No quería cambiarse delante de su amiga para que no le viera las marcas de las quemaduras en la piel.

Las quemaduras de Marcela habían llevado a su madre a la cárcel. Por lo general, Ana trataba de curarle las heridas en su casa, pero cuando las lesiones no cicatrizaban, la madre llevaba a la hija al hospital. Allí inventaba accidentes domésticos o peleas entre hermanos, pero al final, después de muchos años y muchas internaciones, un médico hizo una denuncia penal. Marcela admitió ante una asistente social que era castigada por su madre. Ana terminó presa.

El padre, ya enfermo, había vuelto de Brasil para hacerse cargo de los hijos pero murió poco después.

Los hermanos mayores creían que la cárcel había reformado a la madre para siempre. Como ellos nunca habían sido castigados, tenían la idea de que la madre le pegaba a Marcela porque ella la provocaba y que la madre no podía aguantar la provocación porque estaba demasiado sola y frustrada. "No es que mamá sea mala, tiene problemas de los nervios, nada más, solían decirle a la hermana, para calmarla. "Ya fue a la cárcel. Ya pagó. Ahora

está distinta", reforzaban.

Pero la tensión entre la madre y la hija iba en aumento. Los fines de semana, cuando llegaban los hermanos, Marcela les pedía que la ayudaran. Ellos le juraban que apenas terminaran los estudios, alquilarían un departamento para los tres. "Faltan apenas dos años", le decían.

Marcela se daba cuenta de que su única posibilidad para zafar pronto de esa encerrona era conseguir un trabajo, pero nunca la llamaban.

Su madre, en tanto, la dominaba con el terror. Cuando Marcela intentaba desobedecer, Ana le pegaba y la amenazaba. "Antes de ir a la cárcel otra vez, vas a ver lo que te hago".

Marcela la creía capaz de cualquier cosa. Ya lo había sido antes, y tenía la sospecha que su estadía en la cárcel había agudizado su maldad.

Un domingo al mediodía, mientras almorzaban, Alejandro y Nacho comentaron que estaban por pintar una casa de dos pisos. "Es buena guita, mamá ", dijo Nacho. "Vamos a ponernos al día con las cuentas que tenemos por ahí sin pagar", agregó Alejandro.

La madre jamás les había comentado a sus hijos sobre el dinero que estaban debiendo en todos los almacenes del barrio. Ana miró a Marcela, con sorna. "Sos muy bocona para todo, vos. A ver cuándo aprendés a ganar plata y te dejás de joder".

Marcela se indignó. "La plata de la pintura quédensela ustedes ", les dijo a sus hermanos. "Mamá no va a pagar las cuentas. Se va a ir al instituto de belleza a hacerse masajes en la panza".

Ana se levantó de un salto y le dio a la hija un golpe en la cara. Alejandro le agarró el brazo y se lo dobló hacia atrás. "A mi

hermanita no la volvés a tocar, ¿te quedó claro? ¿O querés volver a estar en cana?".

En ese entonces, Ana seguía viéndose en forma regular con Julio, el primero de los amantes que había logrado recuperar. Después de unas cuantas semanas, ya habían entablado una relación estable, dentro de la precariedad emocional del vínculo.

Una noche, Julio llegó a visitar a Ana y se quedó hasta la mañana.

Marcela trató de dormir pero estaba demasiado nerviosa: al día siguiente tenía un examen en la escuela y se presentaría, además, en otras dos entrevistas de trabajo. Por si fuera poco, había discutido con su madre.

Muy agobiada fue al living para ver alguna película. Ahí se quedó hasta que de golpe apareció Julio, para buscar algo para tomar. Cuando la vio, le preguntó si no quería conocer a un amigo de él, casado pero con plata. Con mucha paciencia, pensando que si irritaba a Julio su madre se vengaría, le dijo que no quería conocer a nadie. Julio subió la apuesta. "Y no te digo de salir conmigo porque está tu vieja, que se pone loca. Si no, sabes cómo te doy yo a vos. Te doy hasta que me digas basta".

En esas estaban cuando apareció Ana. Desde el otro extremo del pasillo no podía escuchar nada, pero sí los veía a los dos charlando en la oscuridad, alumbrados apenas por la luz del televisor. Entró y le dijo a Julio que fuera a acostarse, que ella llevaría las bebidas a la cama.

Cuando estuvieron solas, Ana agarró del pelo a su hija y la escupió. "Sos una puta, tratando de levantarte a mi novio".

Para evitar encontrarse con su madre, Marcela pasaba horas caminando por la calle, a la salida del colegio. También empezó a salir con un compañero de clases, pero poco después lo dejó,

cuando se dio cuenta de que tarde o temprano se tendría que desnudar ante él y dejarle ver sus cicatrices.

En realidad, esas cicatrices no eran tan tremendas. Era notorias y muy visibles, eso sí, pero no la convertían en una deformidad. Lo que más le molestaba a Marcela, sin embargo, no era mostrar las marcas sino explicar su origen. No estaba dispuesta a ser objeto de lástima de un chico que ni siquiera le importaba demasiado.

Su prioridad, además, era otra: irse de la casa cuanto antes y alejarse de su madre.

Alejandro y Nacho habían empezado a salir los fines de semana, a la noche, con lo cual Marcela se sentía más sola y abandonada que nunca.

Su madre, ya más instalada en su nueva libertad, la trataba como a una esclava. Le hacía lavar y planchar cantidades enormes de ropa, la obligaba a ir a todos los almacenes del barrio para pedir que le abrieran cuentas, la mandaba después a pedir prórrogas de pago, y hasta había empezado a darle para lavar la ropa de sus amantes.

Una noche, exhausta, estaba viendo una película mientras su madre dormía con Julio. De pronto, escuchó que la puerta se abría. Apareció Julio, en calzoncillos. Se paró al lado de ella y le pidió, a los gritos, que apagara el televisor. "¡Yo mañana trabajo, apagá ya! ¿No ves que no se puede dormir?".

Marcela se sobresaltó. Soportaba sin reacción los gritos de su madre, pero la actitud de Julio la sorprendió.

Furiosa, le dijo que si quería dormir se fuera a su casa. En un absurdo duelo de voluntades, Julio volvió a gritarle como un energúmeno: "¡Apagá ya!". Marcela se le plantó delante: "Gordo forro, andá a dormir a tu casa".

Julio, sin dudarlo, le dio una trompada que la tumbó.

Ana, alertada por los gritos, estaba llegando en ese momento. Se arrodilló junto a su hija, que se agarraba la mandíbula y lloraba de dolor. Julio estaba parado al lado, con expresión temible. Ana le preguntó .a su amante qué había pasado. "La pendeja del orto me puteó. Ubicala de una vez. "

Ana miró a Marcela que, por alguna razón incomprensible, esperaba que su madre la defendiera.

Mientras tanto, Julio había vuelto al dormitorio. Cuando las dos estuvieron solas, Ana le agarró la cara y la obligó a mirarla. "Vos me estás buscando otra vez, forrita".

Para Marcela, ése fue el fin. Si en algún momento había esperado que la madre se reformase, o que por lo menos la dejara en paz, esa ilusión se había terminado. Tampoco esperaba que la llamaran de algún trabajo: era evidente que estaba haciendo las cosas mal. Algo negativo debía transmitir si fallaba en todas las entrevistas laborales.

Entre otras cosas, lo que pasaba era que Marcela evitaba los análisis físicos para que no le vieran las cicatrices, y en los tests psicológicos ocultaba la estadía de su madre en la cárcel, para lo cual inventaba historias inverosímiles acerca de viajes y casas en el extranjero.

Pero lo que estaba claro, después del episodio de la trompada de Julio, era que su madre no sólo no la iba a querer nunca sino que iba a hacer lo posible para dañarla.

Al día siguiente apareció en la casa un nuevo hombre. Llegó temprano, su madre le convidó un whisky y enseguida se encerraron en el dormitorio. A medianoche el hombre salió y se

fue dando un portazo.

Ana parecía cansada y de mal humor. Se sirvió otro whisky y le dijo a Marcela que iba a dormir. "No me molestes hasta mañana".

Marcela se quedó en la cocina, decidiendo qué iba a hacer. Se imaginó a sí misma en un cementerio, enterrando a Ana, abrazada a sus hermanos. Lo que no podía imaginar era su propia participación en esa muerte.

Al día siguiente, temprano, llegaron Alejandro y Nacho. Marcela les preparó el desayuno y les dijo que ya no aguantaba más vivir sola con su madre.

Los hermanos volvieron a pedirle que tuviera paciencia.

Marcela estaba harta. Les recordó las quemaduras y los golpes, y los acusó de dejarla sola con su madre, que a su vez llevaba a sus clientes a la casa. "Un día uno de esos hijos de puta que trae mamá me va a violar, y ustedes van a ser los culpables".

Alejandro, asombrado, le preguntó de qué estaba hablando. Marcela le contó que Julio, un amante de su madre, se paseaba por la casa semidesnudo, le había hecho insinuaciones obscenas y hasta le había dado un golpe durante una discusión. Nacho preguntó por qué no les había contado eso antes. "Porque tenía miedo de que ustedes le hicieran algo y que fueran a la cárcel". Una vez que contó eso, Marcela siguió haciendo el relato detallado de todas las escenas de violencia que había sufrido. En eso estaba cuando apareció la madre, que ya desde el pasillo venía escuchando las acusaciones de la hija.

Furiosa, entró a la cocina y se abalanzó sobre Marcela, tirándole el pelo y gritándole que era una mentirosa y una hija de puta.

Los hermanos no podían separarlas. Alejandro, impresionado por

lo que le había contado Marcela, se sintió el hombre más miserable del mundo. Tenía una hermana menor de edad, que había sido internada varias veces en el hospital por los golpes de su madre, y la dejaba viviendo sola con ella. Enceguecido, le golpeó la cabeza a su madre contra la pared y la dejó tirada en el piso, mientras Nacho miraba con asombro, sin animarse a nada. Mientras tanto, Marcela se había parado en la mitad de la cocina y buscaba algo para defenderse. A un costado de la cocina había un lavadero provisorio. En un estante vio la plancha. Marcela la desenchufó de un manotazo y se tiró encima de su madre, que estaba en el suelo. Levantó los brazos hacia el techo y le descargó un golpe brutal que le partió la cabeza.

Los tres se quedaron inmóviles, mirando a la madre muerta. Marcela fue la primera en reaccionar. Agarró la plancha, le pasó un trapo húmedo y después baldeó el piso de la cocina para limpiar la sangre.

Cuando todo estuvo ordenado, los tres hermanos hicieron un pozo en el jardín para enterrar a la madre.

El cadáver de Ana fue descubierto por la policía un mes después del crimen.

Marcela O. fue trasladada a un instituto de menores. Sus dos hermanos cumplieron una condena de cuatro años de prisión. Alejandro se suicidó poco antes de salir en libertad.

Marcela quedó embarazada cuando estaba en el instituto de menores. Cuando fue puesta en libertad, entregó a su hijo en adopción. Posteriormente, fue detenida otras tres veces por tenencia de drogas.

Noemí F., desquiciada

Desde muy chica, Noemí F. tuvo una especial antipatía por las mujeres. A sus hermanas ni siquiera les hablaba, y en la escuela prefería jugar con sus compañeros varones, No tenía amigas, y juraba que nunca las tendría, Su madre quedaba preservada porque compartía con ella la descalificación hacia su propio género.

Noemí pasó su adolescencia acompañada por un hermano mayor, un primo y un amigo llamado Sergio, con quien tenía secretas fantasías de casamiento. No las concretó. Otra mujer le ganó de mano, logrando así reafirmar las creencias de Noemí: las mujeres eran rivales peligrosas a las que había que aplastar.

Cuando terminó el colegio secundario empezó a trabajar como cajera en un supermercado, donde conoció al que sería su marido. Él era un proveedor de aguas y gaseosas y la invitó a salir poco después de conocerla. Estuvieron juntos durante un buen tiempo hasta que él le propuso casamiento. Noemí no estaba segura de quererlo como esposo, pero aceptó. Temía que llegara otra mujer y se lo quitara, como ya le había pasado antes.

El matrimonio funcionó sin mayores sobresaltos por casi veinte años, hasta que Noemí conoció a Manuel, un albañil que trabajaba en una obra a dos cuadras de su casa.

Vivieron una relación clandestina durante seis meses. Noemí, sin embargo, no soportaba que él tuviera una esposa y dos hijos. Constantemente le pedía que se separara: ella haría lo mismo, sin ninguna carga de conciencia. Se irían entonces a vivir juntos y

empezarían todo desde cero.

Al final, Manuel cedió a las exigencias de su amante. Una vez que él empezó los trámites de su divorcio, Noemí armó una valija y se despidió de su familia sin dar mayores explicaciones. Al marido le anunció escuetamente que había encontrado a otro hombre y que se iría con él. Al hijo lo saludó con un beso y le dijo que ya era grande como para arreglárselas solo.

Noemí y Manuel alquilaron una casa en el mismo barrio donde ya vivían y trataron de acomodarse a la nueva situación.

Cuando conoció a Noemí, él ganaba un sueldo respetable trabajando en la construcción de un edificio de doce pisos. Pero la buena suerte se le acabó enseguida: la obra se detuvo por problemas en la habilitación, y Manuel se quedó sin nada. Hacía, sí, algún trabajo en forma esporádica, pero con eso no ganaba más que unos pocos pesos.

Para compensar, Noemí había empezado a hacer empanadas para una rotisería, y era quien a duras penas mantenía la casa.

Muy pronto Noemí empezó a sospechar que la ex mujer de Manuel, Marcela, quería reconquistarlo. Cada vez que él anunciaba que iba a ver a sus hijos, Noemí armaba un escándalo. Pretendía que los viera menos o que dejara de verlos por un buen tiempo. "Vos vas a ver a los chicos por cinco minutos, y el resto te quedás con la pelotuda de tu ex".

Una noche, sonó el teléfono y Manuel atendió, bajo la mirada feroz de Noemí. Cuando cortó, le tuvo que contar que Marcela lo llamaba reclamando la pensión alimentaria de los chicos. "No le puedo dar nada", se lamentó Manuel, cabizbajo. Noemí, que recién había cobrado uno de los encargos de la rotisería, le adelantó algo. "Llévale la plata, nomás. Quiero ver si después deja de llamar".

En cuanto Manuel agarró el dinero, Noemí le retuvo la mano, mirándolo de frente: "Ojo, vos. Si hacés una cagada yo los mato. A vos y a la otra".

Manuel había estado casado con Marcela durante doce años. Y en todo ese tiempo, había tenido una amante fija que se llamaba Estela. Esta relación, en realidad, llevaba diecisiete años.

Manuel y Estela se habían conocido de chicos y fueron novios hasta que se separaron por una discusión irrelevante. Inmediatamente, Manuel conoció a quien sería la madre de sus hijos y se casó con ella.

Pocos meses después de la boda, Manuel y Estela se reencontraron y cambiaron la índole de su vínculo: dejaron de ser novios y se convirtieron en amantes.

Es probable que si Estela hubiera ejercido presión, Manuel se habría separado para volver con ella. Como muchos hombres, Manuel actuaba y decidía según demandas externas. Pero Estela confió en que el amor que se tenían bastaría para poner las cosas en su lugar. Se equivocó. Cuando vio que el matrimonio de Manuel llegaba a su fin, supo que ella no había sido el detonante, él dejaba todo por una mujer casada a la que había conocido hacía seis meses.

Cuando él se lo contó, como se lo podía haber contado a una vieja amiga, ella se contuvo y no hizo ni un mínimo gesto de derrota. Le dijo que se fijara en lo que hacía y le sirvió un vino para brindar por su futuro. Así, de paso, disimulaba su tremenda decepción.

Manuel había cometido el error absurdo de contarle a Noemí lo de su amante oculta. A ella le pareció inadmisibile que su ex mujer no se hubiera dado cuenta durante tantos años de que estaba siendo

engañada. Por las dudas, le dejó en claro que esa historia tenía que terminar. "Olvidate de esa mina, porque yo no soy como tu ex. Si la volvés a ver, se pudre todo".

Manuel le juró fidelidad, pero no tenía la menor intención de dejar a su amante de toda la vida. Por otro lado, no era como creía Noemí. Su ex mujer sí sabía que existía otra, pero hacía de cuenta que no se había enterado de nada.

Cuando estaba embarazada de su segundo hijo, una cuñada le contó que Manuel visitaba a Estela dos veces por semana. Ella escuchó la información y dijo que hablaría con su esposo para aclarar el asunto. Pero nunca se animó a hacerlo. En el fondo tenía miedo de que a la hora de elegir, él optara por quedarse con la otra.

Durante las primeras semanas de convivencia con Noemí, Manuel dejó de visitar a Estela. Pero una tarde, cuando terminó de trabajar, pasó por su casa. Estela lo recibió, sorprendida. Sabía que él volvería pero no lo esperaba tan pronto.

Ya en la cama, después del reencuentro, él le contó que su vida no estaba marchando tan bien como había imaginado. Noemí lo controlaba y vivía obsesionada pensando que él la iba a engañar. "Tan loca no está ", le dijo Estela, con una carcajada irónica, haciendo un gesto que abarcaba el dormitorio.

Enseguida, Manuel se vistió para irse. Estela nunca lo había visto tan apurado ni tan nervioso por los horarios. Era evidente que la nueva concubina tenía más carácter que ella y que la ex mujer. A lo mejor, era lo que Manuel necesitaba. Se abrazaron en la puerta y ella le hizo un par de bromas con respecto a su nueva condición de hombre dominado. Manuel la besó y le dijo que le diera tiempo. "Ya la voy a acostumbrar a que me aguante como soy".

Cuando llegó a la casa encontró a Noemí nerviosísima, cocinando

empanadas. Dejó el cuchillo con el que estaba picando cebollas y lo encaró. "¿De dónde venís?". Manuel tenía la respuesta lista. Le dijo que había estado trabajando y que después había pasado a ver a los hijos.

Noemí no podía soportar que Manuel estuviera viéndose con su ex mujer con tanta asiduidad. Pensó que en todo ese tiempo ella no había visto a su hijo y le pareció una situación injusta. "Si yo no veo al mío, vos no ves a los tuyos", le advirtió.

Manuel no se dejó intimidar. Le explicó, a punto de perder la paciencia, que si ella no veía a su hijo era un problema suyo. "Yo no te pido que no lo veas. Podés ir a verlo todos los días, si se te da la gana".

De pronto, Noemí cayó en la cuenta de que Manuel podía haber estado con su antigua amante. Se le acercó y le agarró la camisa con las manos manchadas de carne picada y de cebolla. "¿Vos estás viendo a la otra, a la que te cogías además de tu esposa?".

Manuel se soltó de Noemí y se desabrochó la camisa, harto. "No la vi, pero podría verla. Seguro que la pasaría mejor que con vos".

Noemí lo miró y siguió cocinando. En voz baja, le advirtió que tuviera cuidado. "Yo no perdono, así que pensá lo que hacés".

Al día siguiente, Manuel se levantó temprano para ir a la obra. Se reuniría allí con sus compañeros para coordinar una protesta contra la empresa constructora que los había dejado abandonados.

Noemí, que había trabajado casi hasta el alba para terminar un pedido de la rotisería, estaba de pésimo humor. Le dijo que en vez de jugar al sindicalista le convenía ir a buscar un nuevo trabajo para mantener la casa. Manuel no se molestó en contestar y Noemí no insistió, era consciente de que hacía poco que estaban

juntos. Si peleaban todos los días, él terminaría volviendo a su antigua casa. Lo abrazó y lo metió de nuevo en la cama, desplegando toda su experiencia en materia sexual.

Cuando él se fue, ella terminó de empaquetar las empanadas y limpió la casa. Un rato más tarde pasó una camioneta de la rotisería y se llevó el pedido.

Entonces Noemí se puso una campera y fue a hablar con Estela.

Cuando escuchó el timbre, Estela estaba terminando de cortar el pelo a una clienta. Había instalado una peluquería en su casa, pero no recordaba haber dado un turno a esa hora.

Fue a la puerta y se encontró con una mujer teñida de rubio que la miraba con odio. "Soy Noemí, la nueva mujer de Manuel". Estela la miró con curiosidad.

Era mucho más petisa y gorda de lo que ella había imaginado, y se alegró sinceramente por haber podido comprobarlo.

Noemí intentó pasar pero Estela se interpuso. Le dijo que estaba con una clienta, y que no tenía ni tiempo ni ganas de atenderla. Noemí le mostró un anillo de compromiso: "¿Ves? Manuel y yo estamos juntos. Olvidate de él. No va a venir más".

Estela estuvo a punto de decirle que Manuel la había visitado el día anterior y que volvería al día siguiente, pero se contuvo: la más perjudicada sería ella. Le dijo, en cambio, que la felicitaba y que no tuviera miedo. "No te preocupes. Él no te va a dejar por mí: yo estoy saliendo con otro hombre. Porque si no".

Noemí se enfureció y sintió que la habían descubierto. Era verdad que estaba asustada ante la posibilidad de perder a Manuel, pero jamás lo admitiría. "No me preocupo. Y menos por una forra como vos, que ni en veinte años consiguió vivir con su amante. A mí me

llevó seis meses, para que veas".

Las dos se midieron, odiándose. Estela se despidió con una sonrisa falsa y cerró la puerta, temblando de rabia.

Noemí se fue, pensando que las mujeres eran la peor cosa que existía sobre la tierra.

Ya en su casa, Noemí prendió el televisor para calmarse y se tiró en la cama. No tenía ganas de cocinar ni de limpiar ni de nada.

A las siete llegó Manuel, pálido y abatido. Había ido a visitar a sus hijos y su ex esposa le había anunciado que le mandaría una carta documento para obligarlo a pagar la cuota de alimentos. Según Marcela, lo que él le había dado la última vez no le alcanzaba ni para la mensualidad del colegio.

Noemí lo miró, asombrada. No podía entender cómo Manuel no se daba cuenta de lo que para ella, era evidente, la ex quería tenerlo de vuelta en su casa y lo extorsionaba con el dinero.

Estudió a Manuel unos segundos. Pensó que era un hombre de poco carácter que, muy posiblemente, podía ceder a la extorsión. También existía la posibilidad de que Manuel cediera porque, en el fondo, extrañaba la vida con su esposa y sus hijos.

Decidió entonces que iba a usar esa falta de carácter para convencerlo de quedarse con ella.

Fue a un cajón y sacó unos cuantos billetes. Se los dio a Manuel, sabiendo que era lo último que tenían. "Tomá, pasale a tu ex para que no rompa más las pelotas, y si sigue jodiendo, yo me encargo".

Marcela, la ex mujer de Manuel, vivía su separación con angustia y con asombro.

Lo peor era que, en su caso, su pareja no había seguido el típico proceso de desgaste que anunciaba la ruptura; Todo había sido abrupto. Un día Manuel empezó a volver tarde a la casa y dos meses después se había ido a vivir con otra mujer, que no era su amante histórica.

Marcela había averiguado en el barrio los antecedentes de Noemí. Se enteró de que la nueva mujer de su marido había estado casada durante casi veinte años, que no se le conocían otros hombres y que tenía un hijo que estaba a punto de terminar el secundario. No tenía amigas, y era bastante famosa por sus discusiones con varias de sus vecinas. "Es peleadora y peligrosa", opinó una de ellas. Para ejemplificar, contó que en un quiosco de la zona había amenazado a la dueña con rajarle la cara con una navaja.

Horrorizada por esos antecedentes, Marcela imaginó lo peor.

Una tarde, mientras esperaba que se hiciera la hora de buscar a los hijos al colegio, llamaron a la puerta. Se asomó y vio a una mujer rubia que trataba de espiar por la ventana. "Abrime, soy la mujer de Manuel", le dijo con voz alterada. Marcela abrió la puerta, pero dejó cerrada una reja que impedía el paso. Tratando de parecer firme, Marcela le dijo que se fuera. Noemí apoyó en la vereda unas bolsas de mercado, sacó unos billetes del bolsillo y se los extendió a través de la reja. "Te traje plata, a ver si dejás de molestarnos".

Marcela la miró, sin agarrar los billetes. La otra insistió. "No te hagás la conchuda. Agarrá eso, y andá. Haciéndote a la idea de que Manuel no vuelve más con vos. Y si volvés a llamar a casa, yo vengo personalmente y te hago mierda".

Marcela cerró la puerta mientras, indignada, le decía a los gritos que la iba a denunciar a la policía.

Las obras del edificio en el que estaba trabajando Manuel seguían paralizadas. Él se conformaba con algunas changas ocasionales, pero poco a poco se había ido acostumbrando a la inacción.

Su vida con Noemí no era lo que había esperado, pero al menos le generaba emoción y adrenalina. En algún punto, los celos y la actitud posesiva de su nueva mujer lo hacían sentirse orgulloso. "Qué voy a hacer... Noemí tiene miedo de que la largue, entonces me persigue", alardeaba ante sus amigos.

Era cierto. Noemí se sentía amenazada por esas dos mujeres, que se habían convertido en una obsesión. Estaba convencida de que él las seguía viendo a las dos. Y que si se encontraba con ellas no era porque Manuel las buscaba en forma voluntaria sino porque ambas hacían cualquier cosa con tal de retenerlo. Por su parte, Marcela y Estela pensaban lo mismo de ella. Ni por un momento suponían que Manuel se quedaba con la nueva mujer por amor: creían con fe ciega que él estaba arrepentido de vivir con Noemí, pero que seguía allí por miedo a sus arranques violentos.

En realidad, todas tenían su parte de razón. La vida de Manuel no estaba regida por convicciones firmes sino por el rechazo al escándalo y el temor a situaciones de conflicto. Tranquilamente hubiera vuelto a la casa de su esposa y a la quietud del dormitorio de su amante si no fuera por el temor de enfrentar a Noemí. Por otro lado, tampoco rechazaba la idea de permanecer con Noemí, si no fuera por sus celos demenciales. Celos que - además- él mismo provocaba.

Cada vez que Manuel visitaba a sus hijos, Marcela le reclamaba que volviera a la casa. Le había contado al detalle la visita de Noemí y los datos adicionales que había conseguido sobre la personalidad de su competidora. "Estuvo a punto de rajarle la cara a una vecina", explicaba con espanto.

Estela había sido más perjudicada todavía: había recibido cuatro visitas de Noemí en una semana. Hizo la denuncia en la comisaría del barrio y colocó dos candados y un pasador en la puerta de su casa.

Manuel empezó a temer una tragedia. Fue a ver a Estela y le anunció que por un tiempo tendrían que dejar de verse, "hasta que a ella se le pase". Estela no le contestó nada y lo acompañó a la puerta, para que se fuera.

En su casa, Noemí se desesperaba. La racha de trabajos para la rotisería se había cortado. Seguía recibiendo pedidos pero en una cantidad mucho menor.

Manuel tampoco hacía demasiado por ganar más dinero. Anunciaba que de un momento al otro volverían a contratarlo en el famoso edificio de doce pisos, con lo cual rechazaba trabajos seguros que le iban ofreciendo. "No puedo agarrar nada porque ya vamos a tomar lo otro, el laburo grande", contestaba ante cada propuesta. Solamente aceptaba algún encargo menor que pudiera resolver en uno o dos días: reparar el techo de un baño, pintar un dormitorio, arreglar unas manchas de humedad.

Noemí pasaba horas en la cama con Manuel, sin nada para hacer. Le habían avisado que Leo, su hijo, había abandonado el colegio y se había instalado con un amigo en Luján. Noemí no podía entender cómo su ex marido permitía que las cosas hubieran llegado a ese punto. Quería ir a buscar a Leo pero le parecía que no era el momento adecuado para salir de la ciudad: estaba convencida de que apenas ella se subiera al colectivo Manuel iría a ver a las otras.

Un martes por la mañana, Manuel salió a hacer un trabajo que le había encargado un vecino. Iba a impermeabilizar un techo y a cambiar unas tejas rotas. Se despidió de Noemí avisando que iba a estar afuera todo el día.

Para Manuel el trabajo era sencillo y rápido. A las cinco de la tarde terminó, cobró su dinero y fue a ver a sus hijos. Se encontró con que su ex mujer estaba esperando al médico porque el menor de los chicos tenía fiebre.

Más tarde, cuando vieron que se trataba de una angina común, Manuel y Marcela se sentaron en la cocina a tomar mate. Marcela se le acercó, le acarició la cabeza y le dijo que ella y sus hijos lo extrañaban.

Manuel no sabía qué hacer. Al fin, le dejó dinero para los medicamentos y volvió a su casa.

Noemí estaba esperando a Manuel en la cocina, preparando un guiso. En cuanto llegó lo enfrentó, fuera de sí. Le gritó que hacía horas que estaba oscuro, con lo cual él no podía estar arreglando ningún techo. Manuel le dijo la verdad: creyó que la mención de la fiebre del hijo iba a desactivar los celos de la mujer.

Pero Noemí reaccionó con furia. Le recordó que su propio hijo había abandonado el colegio y que ella, sin embargo, había decidido no ir a verlo para quedarse con él.

Manuel fue contundente y repitió el argumento que ya había usado en otras oportunidades. "Si sos una mala madre, problema tuyo. Porque nadie te pidió que te quedes acá conmigo".

Noemí volvió a la carga, amenazante. "Por un tiempo a los chicos no los ves más. Hasta que a tu ex se le pase la calentura con vos".

Manuel, le comunicó que estaba harto de recibir órdenes y castigos, y que si ella creía que él iba a obedecerle de por vida, estaba muy equivocada.

Empezaron a gritarse e insultarse hasta que Manuel, con la voz ronca de indignación, le dijo que estaba arrepentido de haberse ido a vivir con ella. Noemí lo escuchó boquiabierta y de pronto pareció serenarse. "Lo que vos querés es estar con las dos. Querés volver a tu casa, así de paso también volvés con la otra puta".

Manuel quiso interrumpir a Noemí pero ella seguía hablando, como si acabara de descubrir cuál era el problema. "Yo no me quería dar cuenta pero es así. Vos querés estar con las otras dos. Un poco con cada una. "Noemí se acercó a la mesa de la cocina, donde estaba preparando su guiso. Manuel se había dado vuelta, listo para irse. Noemí buscó el cuchillo con el que había estado cortando verduras y fue tras él. Se lo clavó a la altura de los pulmones, tres veces seguidas.

Noemí se quedó un buen rato mirando a Manuel, muerto y tendido en el piso de la cocina.

Al fin, se arremangó el pulóver, se sacó los jeans y se arrodilló al lado del cadáver. Con mucha dificultad lo desvistió y empezó acortarlo en pedazos. "¿Querés estar con las dos?", repetía como un mantra. "Vas a estar con las dos".

A Noemí le llevó entre dos y tres horas cortar el cuerpo de su amante. Por falta de cuchillos adecuados, hubo zonas que no pudo rebanar, pero de todas maneras logró lo que quería: cortó las manos con un trozo de brazo, y las acomodó en dos cajas de cartón que solía usar para embalar sus empanadas.

Acomodó lo que quedaba del cuerpo en bolsas de basura, y guardó en la heladera la mayor parte.

Apurada, baldeó el piso de la cocina, se puso un tapado largo de paño azul para cubrirse las piernas desnudas, y salió con las cajas.

Noemí llegó primero a la casa de Estela. Se cercioró de que no hubiera nadie vigilando y dejó una de las cajas en el piso, junto a la puerta. Un rato después dejó la otra caja en la puerta de Marcela.

Enseguida volvió a su casa y se acostó adormir.

Dos policías llegaron a la casa de Noemí a la mañana siguiente. Encontraron el resto del cuerpo de Manuel cortado en varios pedazos.

Noemí F. fue condenada a doce años de prisión por homicidio simple. Saldrá en libertad en diciembre de 2009.

"No me arrepiento de nada", le dijo Noemí F. a un psiquiatra forense. "Él se la buscó. Yo le avisé, pero él igual me siguió mintiendo. Y ojalá que otros hombres se enteren de lo que yo hice, para que vayan aprendiendo. Usted vaya y cuente. Les va a hacer un bien a muchos de los que andan jodiendo por ahí".

Nina L., desconfiada

Cuando llegaron a la casa, los dos policías encontraron la puerta semiabierta. Entraron. Las persianas estaban bajas y en el aire se olía a quemado. Uno de ellos avanzó por el pasillo y le indicó al otro, más joven, que fuera a la cocina.

El primero fue caminando despacio, siguiendo el sonido de una radio. Cuando entró al dormitorio se quedó unos instantes paralizado y enseguida llamó a una ambulancia.

Muy alterado corrió a encontrarse con el otro y le resumió la situación. Juntos entraron al living y encontraron a Nina L. sentada en un banco de madera, en penumbras.

Uno de ellos llevó la mano a la cartuchera del revólver, pero al acercarse advirtió que no había peligro. La mujer parecía tranquila. Miró a los policías sin asombro ni temor. El más viejo se le acercó. Ella advirtió que iba a hacerle preguntas. Lo paró con un gesto y negó con la cabeza y dijo "No tengo recuerdos".

Desde que su marido le había instalado una mercería en el barrio, Nina se obligaba a cumplir horario que iba desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, con una hora y media de descanso al mediodía. Muchas veces entraban apenas dos o tres clientes en todo el día, pero Nina se negaba a reducir el horario de atención. "Siempre puede venir alguien a último momento", se ilusionaba. Pero sus ilusiones eran infundadas: el barrio se había colmado de casas precarias, cuyos habitantes difícilmente tenían dinero para comprar y los vecinos de siempre, los de antes, estaban empezando a emigrar.

Aburrida y nerviosa, Nina se acodó en el mostrador con la vista clavada en el reloj que colgaba de la pared de enfrente. Cuando dieron las siete, se levantó, sacó de la caja unos míseros billetes y unas cuantas monedas, bajó la persiana, puso los dos candados y fue a su casa.

Cuando abrió la puerta escuchó voces. Le pareció extraño: muy rara vez ellos recibían visitas. Fue directo a la cocina. Encontró a su marido charlando con, Gabriela, la hija de su amiga Luisa. Todavía llevaba puesto su uniforme del colegio y estaba tomando

un café con leche.

Gabriela se levantó, se acercó a saludarla y le preguntó si no había visto a su madre.

Nina le explicó que no, que los días de semana a esa hora no solían encontrarse. Gabriela suspiró, indecisa, "Entonces voy a ver qué hago". Abrazó a Nina, le dio un beso a José y salió muy apurada.

José, el marido de Nina, había llegado a su casa antes que su esposa. En la puerta encontró a Gabriela, que había ido a preguntar por su madre.

José la invitó a pasar. Entraron a la cocina y José, sin saber qué hacer ni de qué hablar, se puso a preparar café. Gabriela sí sabía qué hacer: lo miró a los ojos y se paró muy cerca de él, rozándolo con su uniforme del colegio.

José, confuso, se quedó en el lugar mientras Gabriela le preguntaba por su trabajo, por sus horarios, por su vida. El marido de Nina estaba atónito. Hasta ese momento no había advertido que la chica, hija de la mejor amiga de su esposa, había crecido con tanta rapidez.

Gabriela no ocultaba sus intenciones. Hacía tiempo que le gustaba José y estaba dispuesta a tener algo con él. Por eso, a la salida del colegio había ido a esperarlo a la puerta de su casa, apurada, casi corriendo: quería llegar antes que Nina y estar a solas con él.

Mientras José batía el café instantáneo, tratando de adivinar si lo que estaba pasando era real o producto de su imaginación, Gabriela se paró atrás de él y le apoyó las tetas en la espalda, señalando un estante alto. "¡Mirá! Ahí tenés canela, ponele a mi café". Confuso, José miró los estantes de su cocina y a Gabriela,

que ya había ido a buscar el frasco y estiraba los brazos para alcanzarlo, consciente de que la pollera treparía y dejaría ver su bombacha. Cuando alcanzó el frasco, otro recipiente se abrió y le cayó en la cara. Gabriela se tapó los ojos con una mano, puteando por lo bajo, mientras José se acercaba a ayudar. No había sido nada. Gabriela se enjuagó los ojos con agua fría y siguió con su tarea de seducción. Fue al grano. Le preguntó si alguna vez iba a algún lado a la salida del trabajo, antes de volver a la casa con la esposa. Avergonzado, José reconoció que no salía mucho, pero que a veces iba al bar de la estación con algunos compañeros. "Mirá qué bien. Yo también voy ahí, a veces, después del colegio. A tomar cerveza". Los dos se miraron. Gabriela siguió atacando. "Mañana voy a estar ahí, a las seis".

Mudo, José volvió a mirarla y bajó la vista. Le puso agua al café y le agregó la canela.

Gabriela se sentó con su taza desafiante. José, alelado e incómodo, empezó a preguntarle por el colegio y los profesores hasta que se abrió la puerta y entró Nina.

Esa noche, durante la cena, Nina le comentó al marido que le parecía extraña la conducta de Gabriela. "Yo la veo rara. Ella sabía que con Luisa hoy íbamos a trabajar más temprano, en la mercería. No podía estar acá conmigo".

José, sintiéndose culpable de entrada, relativizó todo. "Es chica, se debe haber confundido". Nina empezó a hacer memoria. No había tenido hijos, pero había vivido muy de cerca la crianza de Gabriela. La había cambiado, le había dado de comer, la había bañado y la había ayudado en sus tareas escolares.

No es que lo hiciera porque le gustaran especialmente los chicos sino por solidaridad con su amiga Luisa, cuyo esposo se había ido con otra mujer cuando Gabriela todavía no había cumplido

tres años.

Pero esa tarde, cuando volvió a su casa y la vio en la cocina tomando un café con José, advirtió de golpe el paso del tiempo. Se sintió ella misma vieja y fuera de carrera. Esos dieciséis años habían marcado en Gabriela la transición entre un bebé y una adolescente voluptuosa, mientras que en ella significaba el fin de una mujer medianamente atractiva para dar paso al inevitable deterioro de la vejez. "Está linda, ¿no?", le preguntó, entre nostálgica y ofendida, a su marido.

José, inquieto, prefirió eludir la pregunta. Retrucó eligiendo un tema conflictivo para su mujer: la mercería. Nina tuvo que admitir, como lo hacía siempre en los últimos meses, que el negocio no funcionaba. Su marido fue brutal. "Entonces hay que ver qué hacemos. Por ahí vamos a tener que cerrar". Nina le mintió que había mínimos síntomas de mejora.

La posibilidad de quedarse sin la mercería la trastornaba. Por más que no ganara dinero, su negocio la hacía sentirse parte de algo que la conectaba con los demás seres humanos: mal que mal, las pequeñas transacciones entre unos hilos y unos pocos pesos se inscribían en un mundo laboral y económico que la sacaba del claustro hogareño.

Se quedaron en silencio un rato y de pronto Nina recordó algo. "Decime, ¿Gabriela estaba llorando?".

Por unos instantes José sintió el temor absurdo y soberbio de haber sido él mismo el responsable del llanto de la chica. Enseguida revivió la escena del café y sonrió. "Qué va a llorar. Le entró algo en el ojo".

A la mañana siguiente Nina estaba ordenando la casa antes de salir cuando José le pidió una camisa que solamente usaba en casamientos y reuniones familiares.

Lo miró y lo vio peinado, afeitado y con unos pantalones de cordero y inadecuados para su trabajo como empleado en una empresa de fletes y mudanzas. Cuando le señaló que su ropa iba a arruinarse José la miró con indiferencia. "Bueno, que se me arruine ahora antes de que la coman las polillas".

Nina le alcanzó la camisa que él buscaba y siguió en lo suyo. Por un momento unió la repentina preocupación de su marido por su aspecto con la visita de Gabriela el día anterior. Descartó la idea en el acto. Si su marido iba a engañarla, elegiría a otra mujer. José era demasiado conservador y prolijo como para relacionarse con alguien como Gabriela, menor de edad, en plena crisis adolescente y cercana a su propia esposa.

Nina terminó con sus asuntos domésticos y fue a la mercería. Dos horas después apenas había vendido un cierre relámpago y seguía pensando en la visita de Gabriela.

A las seis de la tarde José entró al bar de la estación. Caminó hacia la barra y miró a su alrededor. En una mesa cerca de los baños estaba Gabriela tomando una gaseosa. Caminó hacia ella de manera casual, sintiendo que todos los iban a mirar, asustado por la posibilidad de encontrarse con un conocido. Se sentó frente a ella, que se reclinó por encima de la mesa para saludarlo con un beso. José pidió una cerveza y se dio cuenta de que no sabía qué decir. Gabriela manejó la situación. Hablaba sin parar y le rozaba las piernas con sus rodillas. Poco más tarde, los miedos de José se hicieron realidad.

Un compañero de trabajo se acercó a saludarlo, mirando a Gabriela con curiosidad. Una vez más, ella sacó las papas del fuego. Adoptó un aire cansino y se presentó. "Gabriela, cómo le va. Mi mamá trabaja con la mujer de él". El otro, ya desinteresado, saludó y se fue.

Cuando quedaron solos, José estaba más nervioso que nunca. Miró a su alrededor y le dijo que estaban en el lugar equivocado. Podían entrar amigos y conocidos.

Gabriela le agarró el vaso, tomó un buen trago de cerveza e intensificó la presión de sus rodillas contra las piernas de José. "Pagá y vamos".

Afuera ya era casi de noche. Se besaron en la vereda y diez minutos después estaban entrando a la habitación de un hotel.

José tenía dudas, después de todo Gabriela era una especie de sobrina postiza, más de treinta años menor que él y con notorios problemas de conducta.

Pero ella se encargó de convencerlo. Usó el método que -según les contaba a sus amigas- daba resultado con los hombres mayores: en los hechos avanzaba, metiendo mano, tocando y besando, mientras que con voz forzosamente infantil insinuaba que tenían que parar porque ella era una menor que ni siquiera sabía cómo se hacían las cosas en la cama.

Cuando terminaron, Gabriela estaba entusiasmada. Con inquietud, José la escuchaba armar planes a futuro, pronosticando citas y encuentros permanentes. Mientras se ponía el uniforme del colegio le dijo que volverían a verse el viernes.

José recordó que los viernes su esposa y él se encontraban temprano para ir al cine. Era una salida impostergable, la única de la semana, que cumplían a rajatabla desde hacía muchísimos años. Le dijo a Gabriela "que los viernes eran días complicados". Le propuso, en cambio, encontrarse el martes siguiente.

Gabriela lo abrazó, divertida, y le besó el cuello. "El viernes. Vas a poder".

La relación entre Gabriela y José avanzaba, circunscripta a los límites del hotel y de un bar más o menos ignoto.

Gabriela ya había tenido muchos novios y amantes, pero con sus dieciséis años todavía no tenía en claro ciertos elementos básicos de la vida. Estaba segura de que José dejaría a Nina para irse con ella: creía que su edad y sus condiciones eróticas eran suficientes para que un hombre como José rompiera con su pasado sin titubear.

José, por su parte, vivía en un limbo sexual desconocido y quería seguir en él todo el tiempo necesario. Advertía que Gabriela era histérica y problemática, pero estaba dispuesto a seguir adelante. Soportaba sus berrinches y demandas como parte de un precio que tenía que pagar por meterse en su cama. Por supuesto, jamás se le había cruzado por la cabeza dejar a Nina, aunque a Gabriela le juraba que sí lo haría, después de un tiempo prudencial.

Nina se daba cuenta de que su marido estaba distinto. Llegaba más tarde, se compraba ropa, usaba perfume, se bañaba en horarios distintos y estaba culposos e irritable.

José, que siempre había sido amable con Luisa, había adoptado una actitud esquiva. Cuando la veía en el living, trabajando con Nina, anunciaba que no se sentía muy bien o que estaba cansado y se iba a su dormitorio, temeroso de ser delatado.

Una tarde, al llegar de su trabajo, se encontró con la propia Gabriela en su casa. Lívido, José se acercó a saludarla bajo la mirada atenta de su esposa.

Luisa, que también estaba en el grupo de mujeres, bromeó acerca de su palidez y su incomodidad.

Gabriela, que adoraba las situaciones de riesgo, estaba feliz. Trataba a José con una nueva familiaridad, intentando que Nina

se diera cuenta de todo.

Cuando las dos se fueron, Nina enfrentó a su marido y le preguntó, sin dar vueltas, si estaba interesado en la hija de su socia. José reaccionó apelando a los peores trucos masculinos: manifestó un enorme asombro ante los lascivos pensamientos de su esposa y la acusó de desconfiada y loca. De paso, le recordó que él la había ayudado durante toda su vida en común, y que, de hecho, le había instalado la mercería para sacarla de su incipiente depresión. No era justo que en vez de agradecimiento, él recibiera ese trato.

Las exigencias de Gabriela fueron en aumento. A los dos meses de haber iniciado la relación con José, le anunció que no se iba a conformar con verlo dos veces por semana. "Mínimo tres", decidió. Para José era imposible: ya bastante le costaba justificar esas dos veces a la semana en las que volvía a su casa varias horas más tarde que lo habitual. Su presupuesto tampoco soportaba tres turnos semanales en un hotel.

También había empezado a asustarse con la actitud pueril de Gabriela, que amenazaba con contarle todo a su mujer si él no se separaba a la brevedad.

Sus exigencias lo agobiaban, pero no quería dejar a su amante: si lo hacía no le esperaba otra cosa que volver a su vida anodina de exclusividad marital. En resumen José estaba harto de Gabriela y sus caprichos, pero no había pasado el tiempo suficiente como para apaciguar su entusiasmo sexual.

Gabriela también sabía con absoluta claridad cuál era la manera de mantener a José prendido a ese amantazgo. Esa sabiduría la enorgullecía, y festejaba sus logros y avances con varias de sus amigas del colegio.

Cuando se encontraba con Luisa, Nina intentaba averiguar. A esa

altura, ya estaba casi segura de que su esposo la engañaba con Gabriela.

En el living de su amiga, cortando y cosiendo, Nina le preguntaba por su hija, sus horarios y actividades, y sus relaciones con los hombres. Cuando se topaba con Gabriela, se daba cuenta de que la miraba con cierta sorna y de que había modificado por completo su manera de relacionarse con ella.

Cuando le comentó a su amiga esos cambios de actitud, Luisa le contó que su hija estaba pasando por una etapa difícil de su adolescencia, y que le resultaba imposible controlarla. "Debe estar saliendo con alguien, pero a mí nunca me cuenta nada. Está medio misteriosa".

Cada cosa que le decía Luisa reforzaba su teoría de una relación clandestina, pero no se animaba a acusar directamente a su marido.

Un sábado a la tarde, mientras se despedía de Luisa, su amiga se acordó de agradecerle un libro de historia. Nina la miró sin entender. "Sí, el libro que José le regaló a Gabriela".

Luisa se dio cuenta de la perplejidad de Nina y trató de minimizar el asunto. "Viste cómo es Gabriela. Pesada. Se debe haber encontrado con José en la calle y le debe haber pedido que le compre el libro. Y José, con lo bueno que es...". Nina volvió a su casa furiosa y encontró a su marido en la cocina, tomando un vino. Lo encaró. "¿No tenés que contarme nada?". José se sintió acorralado pero actuó como si no entendiera de qué le estaban hablando. Le dijo a su mujer que no le gustaba ese tono acusatorio y que fuera clara. Nina le mencionó el libro de historia. "¿Por qué le hacés regalos? ¿Cuándo la viste? ¿Dónde?". José tomó aire, pensó un segundo y contraatacó. "¿Ahora me venís a hacer quilombos con la hija de tu amiga? Me la encontré en la calle y me pidió plata. ¡Le tuve que dar! Y es la

hija de una amiga tuya, no de una amiga mía".

José miró a Nina, que empezaba a dudar. Esa duda le dio pie para seguir en la línea acusatoria. Volvió a recalcar la insistencia de Gabriela en pedirle dinero, y le recordó, como tantas otras veces, que mes a mes era él quien tenía que pagar el alquiler del local donde funcionaba la mercería y que ese alquiler y esa mercería no le reportaban ninguna ganancia sino que formaban parte de un gesto que él había tenido con ella, su esposa, para alegrarle la vida. Nina estaba muda, pero José no estaba dispuesto a terminar. Ahora que había ganado la partida sacaba a relucir todos sus actos de generosidad, incluyendo las veces que le daba dinero a su suegra para pagar los remedios. Todo para qué, se preguntaba, si al final, como resultado, lo acusaban de comprar un libro y sugerían todo tipo de perversidades.

Nina aceptó las explicaciones del marido. Sin embargo, seguía dudando.

Atormentada, había multiplicado la dosis de ansiolíticos, que combinaba con antidepresivos. En la mercería pasaba horas enteras recordando los diálogos que había mantenido con José. Trataba de encontrar alguna señal que le indicara qué era lo que estaba pasando, por dónde se colaban las probables mentiras de su esposo.

Intensificó también los interrogatorios solapados a Luisa. Después, en la soledad de la mercería, armaba cronogramas con los horarios de Gabriela - según los datos que le pasaba su amiga- y los comparaba con la agenda de José.

Pero todo se complicaba. Ni Luisa estaba segura de lo que hacía su hija, a qué horas entraba y salía de los lugares, ni ella misma podía asegurar los itinerarios de su esposo, que iban cambiando según las necesidades de la empresa de fletes.

Una noche, mientras ella y su marido estaban viendo televisión, tocaron el timbre. Nina, despreocupada, le dijo que seguramente eran los recolectores de basura pidiendo dinero. José salió a abrir. Ella se quedó frente al televisor, pero al final decidió ir a ver qué estaba pasando. Cuando llegó a la puerta vio a José hablando con Gabriela. Le pareció que estaban discutiendo. Nina, alertada, se arrimó y preguntó qué pasaba. Gabriela la miró de arriba abajo. "Ya le dije a tu marido... Busco a mi mamá, como siempre". Nina sintió claramente dos cosas: el regocijo de Gabriela al verla desarreglada y en pantuflas, y la mirada culpable de José.

Cuando Gabriela se fue y ellos entraron a la casa, Nina no aguantó la incertidumbre. "¿Qué te pasa con esa chica? Te vi cómo la mirabas". José, nerviosísimo, solamente atinó a decirle que lo dejara en paz. Se sirvió un vaso de vino y se plantó frente al televisor, ignorando a su mujer. Nina, que hacía semanas que soportaba una tremenda ansiedad imaginando la infidelidad del marido, le apagó el televisor; lo miró a los ojos y lo señaló con un dedo acusador. "La chica es menor de edad. Si pasa algo con Gabriela vas preso. ¿Y sabés quién te va a denunciar? ¡Yo te voy a denunciar! Yo personalmente". José le sonrió con desprecio y siguió tomando su vino. Nina estaba sobrepasada y quería seguir la discusión. "¡Te vi! Te vi cómo mirabas a esa nena". José se levantó y fue a su dormitorio. Antes, se dio vuelta y retrucó. "La nena tiene más tetas y culo que vos y si me apurás, seguro tiene más calle. Así que no me vengas con pelotudeces".

Después de la pelea con Nina, José intentó desactivar su romance clandestino. Se daba cuenta de que la situación se le estaba yendo de las manos y que Nina estaba a punto de descubrirlo. Era evidente, además, que Gabriela haría lo imposible para que todo el mundo se enterase de que ellos eran amantes.

Una tarde, en el hotel, cuando ya habían terminado, él le dijo que

por un tiempo tendrían que verse menos. Inventó que en el trabajo tenía que hacer turnos suplementarios para cubrir a un compañero al que habían despedido. Gabriela intuyó que había otras razones y le preguntó si él estaba asustado por la diferencia de edad. José, con inocencia, creyó que Gabriela estaba al fin entrando en razón y admitió que sí, que ella era muy chica para estar con alguien tan grande, y que además, por si todos esos motivos fueran insuficientes, estaba el tema del dinero: le era imposible seguir pagando los turnos del hotel. Gabriela lo miró con rencor y le dijo lo que le decía siempre. "Decí lo que quieras. Pero no me vas a dejar".

Esa noche, cuando fueron a la cama, José intentó hablar amigablemente con su esposa. Se sentía en falta con ella, y agradecía que durante unos cuantos días no hubiera hecho ninguna mención a Gabriela.

Antes de apagar la luz, José le preguntó por su salud, por su estado de ánimo y por la mercería. Tampoco tenía muchos otros temas de los que hablar. Nina, que había vivido esos días con la ilusión de que todo podía volver a ser como antes, le contó que estaba bien, y que confiaba en que la mercería iba a repuntar. Enseguida recordó que tenía que comprar medicamentos para su madre, que estaba a su cargo desde hacía un buen tiempo. Incómoda, le pidió el dinero al marido. José hizo cuentas: si tenía que pagar los turnos de los hoteles, no podía comprar los remedios de la suegra. Pensó también que su escasez monetaria le daría lugar a Nina para revivir sus sospechas con Gabriela. Apagó la luz y le preguntó a la mujer por qué no sacaba ese dinero de las ganancias de la mercería. "No ganarás mucho pero para comprar remedios te debe alcanzar, ¿no?". Nina tuvo que reconocer que no, que no le alcanzaba ni para eso.

José no pudo contenerse y volvió a sus amargas quejas: todo el mundo tenía que recurrir a él, que trabajaba como una bestia y terminaba sin nada. En eso estaba cuando sonó el teléfono. Los dos se miraron. José no tuvo la menor duda, era Gabriela. Se

levantó de un salto y anunció que estaba esperando un llamado por trabajo. "Es por un flete que tengo que hacer mañana", dijo, mientras corría a la cocina a atender.

Por supuesto, era Gabriela, que apenas escuchó a José le dijo que lo necesitaba, que lo quería y que no estaba dispuesta a dejar de verlo ni por cuestiones de horarios ni por ninguna otra cosa. José, muy nervioso, le contestó en tono muy bajo que él también la quería y que al día siguiente la iba a llamar. Cortó. Subió la voz para que su esposa lo escuchara e inventó una conversación profesional.

Volvió a la cama y se acostó, protestando por las exigencias del supuesto cliente. Antes de dormir se dio la vuelta y le dijo a Nina que le daría el dinero para los remedios de su madre.

Al día siguiente, Nina abrió la mercería más temprano que de costumbre. No quería quedarse en su casa a desayunar con José. Le daba rabia y pena verlo mentir. Estaba convencida de que había sido Gabriela quien había llamado por teléfono durante la noche y sabía que José sería incapaz de admitirlo.

Abrió la persiana del local con un cansancio infinito, tomó un par de ansiolíticos y se dedicó a esperar.

Poco después de las dos de la tarde apareció Luisa, feliz porque les habían encargado otros cincuenta manteles. Nina, sin expresar emoción alguna, le preguntó si su hija y su marido tenían una relación. Luisa no podía creer lo que escuchaba. Pensaba, sí, que José miraba a su hija más de la cuenta, pero le parecía perfectamente natural: su hija era joven y linda, y los hombres de la edad de José solían fantasear con adolescentes atractivas. Sabía también que a su hija le gustaban los hombres mayores, pero estaba segura de que los dos serían incapaces de algo semejante. Miró a Nina y le pareció mezquina y envidiosa. Le molestaban la juventud y la belleza de su hija, y la estaba

acusando de querer robarle el marido. Ofendida, le dijo que estaba harta de ella y se fue dando un portazo.

Sin embargo, le contó el episodio a su hija con cierta inquietud, temiendo que hubiera algo de cierto en las maquinaciones de Nina. Gabriela escuchó admirada: todo se estaba dando de la mejor manera. Nina se iba a enterar de lo que estaba pasando y sería ella misma quien le pediría el divorcio al marido. Miró a su madre con aire enigmático y le dijo que su relación con José no era asunto de ella.

Mientras tanto, Gabriela seguía con su acoso. Llamaba a la casa de José varias veces por día, lo iba a buscar al trabajo, le proponía citas a horas imposibles. Agobiado, José se daba cuenta de que era incapaz de seguir viviendo con tanta presión.

Una tarde en que Gabriela fue a buscarlo al trabajo, José pensó que era el momento de cortar. La llevó a un bar y le explicó que, entre otras cosas, ni siquiera tenía dinero para pagar el turno de un hotel. Gabriela, riéndose con cinismo, le propuso que fueran más prácticos. "Vamos a tu casa o a la mía. Total, me parece que Nina y mi mamá ya saben. Tu mujer le preguntó a mi vieja si nosotros dos estamos saliendo".

José se dio cuenta de que todo era más complicado de lo que él mismo pensaba. Le dijo a Gabriela que tendrían que dejar de verse por algunas semanas hasta que todo estuviera más calmado. Gabriela fue terminante, sólo aceptaría la propuesta si él volvía separado y dispuesto a vivir con ella. José, apremiado y sin fuerzas para seguir discutiendo, le dijo que sí.

El encuentro con Gabriela le había llevado a José más tiempo que el que tenía previsto. Cuando llegó a su casa vio a Nina cosiendo bajo la luz mortecina de una lámpara de pie, con señales visibles de haber llorado.

Unas horas antes, Nina había llamado al trabajo de su marido y le habían dicho que se había retirado a la hora de siempre.

Nina se levantó de su silla y le dijo que iba a preparar la comida. José asintió, fingiendo que no advertía el frágil estado emocional de su mujer. Nina, como al pasar, le preguntó si había tenido que trabajar horas extras en alguna mudanza. José cayó en la trampa. "Sí, ¿podés creer? Siempre aparecen laburos de más".

Al otro día Nina fue a la mercería, atendió a unos pocos clientes, tomó una dosis extra de ansiolíticos y cerró el local a las siete de la tarde. Fue a la casa de Luisa y se detuvo dos cuadras antes, a esperar. Sabía que Gabriela tarde o temprano pasaría por esa esquina, lindera a un baldío. Viniendo del centro del pueblo, ése era el camino más directo.

La calle estaba oscura y prácticamente no pasaba nadie. A las ocho y media la vio aparecer. Iba distraída, con el uniforme del colegio y una mochila colgada del brazo. Cuando llegó a la altura del baldío, Nina se le paró delante. Gabriela, distraída, se sorprendió por la aparición repentina de la esposa de su amante. La miró con suficiencia: "Te hacía cocinando".

En un segundo, Nina sacó un cuchillo, se lo apoyó en el estómago y la empujó hacia el baldío. Muy asustada, Gabriela obedeció. Iban tropezando, pisando botellas rotas y yuyos, iluminadas por la luz de un farol miserable. Cuando llegaron a la medianera, Nina la miró a los ojos y, sin decir una palabra, bajó el cuchillo. Siguió mirándola en silencio: no se arrepentía ni tenía miedo. Le estaba haciendo una advertencia.

Después de dejar a Gabriela en el baldío, Nina volvió a su casa. José ya había llegado y estaba sorprendido por su ausencia. Le preguntó si estaba bien y Nina sonrió, sintiendo que estaba empezando a poner las cosas en su lugar.

Comieron, planificaron un par de arreglos en el techo de la casa, y fueron a la cama a ver televisión.

Nina estaba plácida y conforme consigo misma. Cerca de las once de la noche sonó el teléfono. Los dos se miraron. José se levantó de un salto pero Nina se le adelantó. Fue a la cocina a atender y volvió un instante después. José la miraba expectante. Nina se metió en la cama, dueña de la situación.

"Cortaron", dijo. Cuando el teléfono volvió a sonar, los dos se quedaron viendo televisión, como si no pasara nada.

A la mañana siguiente, José estaba en su trabajo cuando recibió la llamada de Gabriela, que lo citaba con urgencia para ese mediodía. Cuando llegó al bar, la encontró histérica y desencajada. ¿Ya te dijo lo que me hizo? ¿Ya te enteraste?". José la miraba sin entender. Entonces Gabriela le contó el episodio del cuchillo, atropelladamente, exagerando algunas cosas e inventando otras. José estaba atónito. No podía imaginar a su mujer amenazando de muerte a Gabriela, pero algo le dijo que la historia era cierta. Gabriela lo apremió.

"Separate. Separate ya. Yo la voy a denunciar, por asesina e hija de puta". José trató de calmarla como pudo. La convenció de que no la denunciara, prometiéndole que él pondría las cosas en su sitio. Para estar seguro de que Gabriela no haría nada, la invitó a ir más tarde al hotel, "así me podés contar todo más tranquila". Gabriela aceptó, pero con la condición de que se quedaran a dormir. José se negó de la mejor manera, diciendo que necesitaba ir a ver a Nina para plantearle las cosas de manera civilizada. Esta vez Gabriela no cedió. Inventó que Nina le había jurado que la iba a matar esa misma noche, y que por eso quería estar con él. "Quedate conmigo. Tengo miedo", le rogó. José le dijo lo mismo que ya le había dicho otras veces: que esa noche le resultaba imposible pero que en el futuro ya tendrían todo el tiempo del mundo para dormir juntos.

Mientras hablaba, José le acariciaba la mano, tratando de ver si lograba convencerla una vez más. Gabriela lo miró. Lo vio pálido y acobardado. Se dio cuenta de que venía escuchando esos mismos argumentos desde hacía meses. Con un movimiento apartó la mano, se acomodó el uniforme, se levantó y se fue del bar. Ya sabía lo que tenía que hacer.

Muy nerviosa, Gabriela fue directa a la mercería. Se quedó afuera, oculta, esperando que saliera una clienta. Cuando Nina estuvo sola, se detuvo unos segundos espiándola. La vio acomodar unas bolsas con mercadería y sentarse, muy tiesa, controlando la hora.

Gabriela abrió la puerta y entró. Nina la miró sin sombrero. Cuando estaba por echarla de su local, Gabriela se acercó al mostrador y la miró con desprecio.

"¿Vos todavía no sabés que tu marido me violó? ¿No sabés? Y por boluda pensás que yo lo persigo".

Gabriela tomó aire y estudió el efecto que producía en Nina su discurso. "Me fue a buscar a la escuela, me dijo que me iba a comprar un libro y al final me llevó a tu casa y me violó. En tu cama. ¿No sabías? Me tapó la loca con un trapo y me violó. Y todavía no sé si no quedé embarazada".

Nina escuchaba en silencio, agarrándose del borde del mostrador. Gabriela se dio vuelta y salió.

Nina ni siquiera la vio salir. Estaba recordando la tarde en la que había llegado a su casa y encontró a Gabriela llorando en la cocina, mientras su marido la miraba inquieto y con gesto culpable.

Cuando José volvió del trabajo encontró a Nina sentada en el dormitorio, en penumbras, cosiendo.

José prendió una lámpara de pie y la saludó. Nina levantó la vista y preguntó, con voz cansina. "¿Cuándo la violaste?".

José asimiló la pregunta. La idea de haber violado a Gabriela le pareció tan absurda y fuera de lugar que se enfureció. A los gritos, acusó a su mujer de ser una loca que no hacía otra cosa que amargarle la vida desde hacía más de veinte años. Alcanzó a amenazar con internarla en un instituto psiquiátrico cuando sintió que le caía encima un líquido frío. Nina lo había rociado con alcohol de quemar. Un segundo después le tiraba un encendedor prendido.

José murió dos días después del ataque debido a las gravísimas quemaduras que afectaron el 85 por ciento de su cuerpo.

Nina intentó que la declararan inimputable. Aseguró no recordar lo sucedido. Fue encontrada culpable de homicidio agravado por el vínculo. La condenaron a catorce años de prisión. Salió en 1998, después de nueve años de encierro.

Paula D., bailarina

A los veinticinco años, Paula D. ya había vivido en doce casas distintas, había tenido cinco concubinos y había cambiado siete veces de trabajo. Lo sabía bien porque llevaba la cuenta con mucho cuidado en un cuaderno de tapas verdes.

Toda la información estaba clasificada en dos períodos, que ella había delimitado con una gran línea recta: antes y después de los diecisiete años, que fue la edad en que dejó la casa familiar y se fue a vivir con una amiga a Buenos Aires.

Antes de los diecisiete figuraban seis mudanzas, tres novios fijos y ningún concubino. Después de los diecisiete, el resto.

Hasta los diecisiete años, Paula había vivido con sus padres y sus dos hermanos menores. La madre daba clases de danzas folclóricas y el padre se dedicaba a la construcción de caminos y puentes. Ese trabajo lo obligaba a trasladarse por el país, llevando a su familia a cuestas.

La madre y los dos hermanos reclamaban estabilidad. Le pedían al padre que consiguiera un nuevo trabajo y que por fin se instalaran definitivamente en algún lado. Paula, en cambio, adoraba a su padre y estaba dispuesta a seguirlo adonde fuera. Además, tenía un espíritu más libre y menos apegado a las cosas y a la gente. Cuando le llegaba el momento de levantar campamento, ella armaba su bolso, se despedía de sus amigos y de algún novio, si es que lo tenía, y corría a ver a su padre para que le contara en detalle cuál sería el próximo destino.

Esa incondicionalidad con el padre, sin embargo, no era recíproca. Él estaba más interesado en su trabajo que en cualquier otra cosa, y además evaluaba a su hija con una mirada crítica y rígida. Le parecía que sus horarios eran demasiado flexibles y sus calificaciones escolares mediocres.

Así, la relación entre ellos se fue deteriorando y, cuando Paula terminó el colegio secundario, pidió permiso para instalarse en Buenos Aires con una amiga. Tenía pensado estudiar odontología, y la permanente vida de mudanzas no se lo permitiría.

La madre fue la que estuvo de acuerdo antes que nadie. Ya sabía que en los próximos meses vendría un nuevo traslado, esta vez a una zona de frontera, y le inquietaba imaginar a su hija vagando por esos lugares remotos. "Va a estar mejor en la Capital", le dijo a su marido.

Un mes después. Paula y su amiga estaban comprando los muebles para el minúsculo departamento porteño.

Los estudios de odontología resultaron un fracaso. A Paula el ritmo universitario le parecía agobiante. El plan de estudios, además, no le despertaba mayor interés. En seguida se dio cuenta de que jamás podría ejercer una profesión que, por otro lado, había elegido sin pensar demasiado.

Empezó por dejar de cursar las materias que más le disgustaban y al fin abandonó la carrera por completo. Se dedicó entonces a caminar por la ciudad, ir al cine y recorrer bares. En sus excursiones callejeras usaba el dinero que sus padres le mandaban para costear los estudios. A veces les reclamaba remesas mayores con la excusa de que los materiales que le exigían sus profesores eran más caros de lo que ellos creían.

Una noche, mientras recorría bares de la zona sur, conoció a un empleado municipal que la invitó a comer y a dormir en su nueva casa de divorciado. Un mes después estaban viviendo juntos.

La relación entre Paula y su pareja no fue fácil. Durante los dos primeros meses se entendían pero después la convivencia se hizo intolerable. Un día, en medio de una pelea salvaje en la que hubo golpes y amenazas, la echó a empujones de la casa.

Paula volvió un par de semanas con su antigua compañera, pero en seguida consiguió un nuevo departamento. Sus padres ignoraban que ella ya no iba a la facultad, por lo que seguían

enviándole la mensualidad. Aparte, había conseguido un empleo como moza en un bar. Allí conoció a quien sería su segundo concubino. Esa nueva relación tampoco funcionó, como no funcionaron las que le siguieron.

Por supuesto, sus padres no tardaron en saber que su hija ya no estudiaba ni vivía con su amiga. La llamaron para exigirle que volviera con ellos, pero Paula ni siquiera se molestó en contestar. Sus padres insistieron un par de veces y al fin dieron el caso por perdido: habían tenido una hija mentirosa y amoral, y eso ya no tenía solución.

Paula estaba viviendo con su quinto concubino cuando conoció a Jessie. Era una cordobesa simpática que solía ir a desayunar al bar donde trabajaba Paula. Llegaba casi al mediodía, medio dormida y con el pelo revuelto, y pedía dos cafés con leche con cuatro medialunas.

Se había mudado hacía poco a un departamento que quedaba a la vuelta del bar y trabajaba como bailarina en un local nocturno. Cada mañana Paula y Jessie hablaban un buen rato, mientras la cordobesa devoraba su desayuno y Paula iba de mesa en mesa sirviendo cafés.

Al poco tiempo se hicieron amigas. Paula fue a conocer el departamento de la otra y los domingos se encontraban para ir a algún shopping a comprar ropa.

Esa amistad coincidió con el final de la relación de Paula con su novio.

Jessie la invitó a vivir con ella y compartir gastos. Le propuso también que se postulara como bailarina en el mismo lugar en el que trabajaba ella: ganaría el doble de lo que estaba cobrando en el bar y tendría todo el día libre.

Como Paula dudaba, Jessie la invitó a ver un show. Una noche fueron juntas al local, y Paula entró con su amiga al camarín. "Cola-less, tetas al aire, mucho maquillaje y frotarse contra el caño", resumió Jessie, con una carcajada.

Paula se entusiasmó, no solamente le gustaba ganar más dinero, sino que la idea de subir al escenario le resultaba deslumbrante. El local era céntrico y, dentro de su decadencia natural, era mejor que la mayoría de los clubes nocturnos de la ciudad.

Después de una semana de ensayos y prácticas intensas en el departamento que ya compartían, Paula se presentó a una prueba de baile. La amiga le prestó una bombacha dorada minúscula, y Paula mostró lo que había aprendido. La aceptaron.

El trabajo de Paula, como el de su amiga, consistía en bailar semidesnuda en el escenario mientras los clientes, hombres en su totalidad, charlaban entre ellos y tomaban alcohol con otras mujeres -también empleadas del lugar- que circulaban entre las mesas ofreciendo bebidas y citas íntimas.

Las bailarinas no participaban directamente de la oferta sexual, aunque si algún cliente las elegía, podía hacerles alguna propuesta. Jessie había recibido varias, y solía aceptarlas casi siempre "para ir ahorrando unos manguitos".

Aunque más selectiva, Paula también había terminado en la cama con algunos clientes. Sin embargo, le dejaba en claro a su compañera que las salidas sexuales no serían lo habitual para ella: en primer lugar, los hombres tenían que ser medianamente presentables. Y no se iría con ellos a ningún lado a menos que su economía estuviera seriamente afectada.

Dos meses después de estar trabajando como bailarina, Paula conoció a Alfredo.

Era un día de poca actividad, y una vez que terminó su show fue a cambiarse para ir a dormir. Uno de los encargados de la seguridad llegó a su camarín con un mensaje: en el local había un hombre que quería conocerla. Paula hizo un gesto de impaciencia y contestó que estaba apurada, pero el empleado fue tajante: el cliente era amigo del dueño del lugar.

En cuanto quedaron las dos solas, Jessie la convenció. "Si es el tipo que se pasó todo el show mirándote las tetas, entonces andá: parece de guita y está bueno". Le explicó, además, los beneficios evidentes de intimar con un amigo del jefe.

Paula fue a la mesa que le marcó su compañero de trabajo. Alfredo se puso de pie para recibirla y la invitó a sentarse. "La verdad, lo que hacés es un arte. No es fácil pararse en un escenario frente a tanta gente, y hacerlo tan bien como vos...". Paula lo miró, tratando de advertir algún tono de burla. No encontró nada de eso.

Charlaron un buen rato hasta que Paula le dijo que se iba. Sin hacerle ninguna propuesta en particular, Alfredo la despidió, como si su único interés hubiera sido demostrarle su admiración. Paula volvió a su camarín y encontró a Jessie con otras dos compañeras. Cuando le preguntaron por qué se había negado a ir con él, Paula admitió, con asombro, que el cliente no la había invitado a ningún lado.

Al día siguiente, antes de salir a bailar, Paula encontró un enorme ramo de rosas en el camarín. Cuando estuvo en el escenario, buscó entre la gente a Alfredo, para agradecerle con la mirada. No lo encontró.

Después de la función, cuando estaba con Jessie esperando un taxi para volver al departamento, apareció Alfredo en el auto y le abrió la puerta. Paula subió.

El departamento de Alfredo era amplio, recargado y ostentoso. Tenía unos grandes ventanales con cortinas pesadas, mesas de cristal con adornos orientales, sillas antiguas, sillones de terciopelo borra vino y paredes cubiertas con telas rayadas. Paula, que pertenecía a una clase media sin lujos, miraba todo con fascinación y curiosidad.

Alfredo, dueño de la situación, se acercó a un mueble donde había una colección nutrida de bebidas alcohólicas. "Te voy a servir un licor de peras. Éste lo compré en París, y es uno de los mejores". Los dos se sentaron en uno de los sillones y Alfredo apoyándole una mano en la rodilla, le contó que era militar retirado y que desde hacía unos años era el dueño de una agencia de seguridad. Cuando terminaron el licor de peras y la conversación se extinguió, Alfredo se acercó a Paula y empezó a besarla. A esa altura, ella estaba convencida de que él era el mejor hombre de todos lo que le habían tocado en suerte. Los dos siguieron besándose en el sillón durante un buen rato hasta que Alfredo la llevó de la mano hasta su cama. El dormitorio también era llamativo: placards con puertas espejadas y una cama inmensa llena de almohadones. Él la empujó sobre la cama sin deshacer, y ahí siguieron besándose y tocándose. Cuando ella le quiso desabrochar el pantalón, el frenó. "No, ahora no. Esperemos a mañana, que va a ser mejor". La estrategia dilatoria de Alfredo dio resultado: después de ese golpe de efecto, ella estaba absolutamente entregada.

Siguieron un buen rato en la cama hasta que él se levantó y le dijo que lo mejor sería que se vieran al día siguiente. Ella invitaría a comer y después volverían a la casa.

Al otro día Paula llamó a su trabajo para comunicar que esa noche no podía bailar debido a una gripe repentina, y se dedicó a elegir la ropa que se pondría para encontrarse con Alfredo. Después de mucho probarse todo lo que encontró en su ropero, eligió un vestido que le prestó Jessie, ajustado, rojo y con

botones de metal.

Jessie miraba a su amiga con pena. "Para qué te entusiasmas tanto si es casado". Paula le contestó con fastidio que dentro de muy poco Alfredo se iba a separar. "Él me lo dijo, y no tiene por qué inventarme nada, si recién me conoce".

Jessie se dio cuenta de que su amiga aún no había comprendido la mecánica de las relaciones rápidas entre hombres y mujeres. Podía haber tenido muchos novios y amantes, pero todo eso no se podía comparar con sus tres años como bailarina de caño. La miró con cierta piedad: era evidente que Paula desconocía por completo el razonamiento de los hombres se movían en los círculos de la noche y del sexo. Trató de explicarle algo pero se dio cuenta de que sería inútil. Su amiga no creería nada de lo que ella le dijera y, en el caso de creerle, supondría que lo suyo sería diferente.

Así, se guardó sus opiniones y le dijo lo que ella quería escuchar: que el vestido le quedaba espléndido y que cualquier hombre moriría por estar con ella.

Alfredo le abrió la puerta de su departamento y la abrazó. La hizo pasar mientras, crítico, la miraba de arriba abajo. Paula se sintió avergonzada. De pronto ese vestido rojo le parecía barato e inapropiado en el marco del departamento lujoso de su nuevo amigo.

Para corroborar sus dudas, Alfredo le cambió los planes. Anuló la salida y anunció que llamaría a un restaurante para pedir comida. Paula se sintió herida ¿No íbamos a salir? ¿Te da vergüenza que te vean conmigo?".

Alfredo eludió sus preguntas con crueldad calculada, y le dijo que lo más adecuado sería quedarse en la casa.

Volvieron asentarse en el sillón, mientras Alfredo seguía en la misma línea de conducta, destinada a perforar su confianza: lo hacía con todas las mujeres, y era la única forma que había encontrado para dominarlas en forma rápida y eficaz.

Sin ningún disimulo, Alfredo le miró los zapatos. Paula, a su vez, también los miró: jamás le había dado ninguna importancia al calzado pero ahora, contrastando con la alfombra mullida color acero, le parecieron gastados y deslucidos. Paula corrió los pies hacia atrás, para sacarlos del ángulo de visión de su amigo. Nunca se había sentido tan pobre y tan fuera de lugar.

Cuando terminaron de comer, Alfredo le dijo que era hora de que fueran a la cama. "Ya esperamos bastante. Ahora desvestiste, que quiero ver cómo sos".

Una hora después, cuando habían terminado, Alfredo le dijo que ya era medianoche, y que tenía que volver a su casa. Le explicó que ese departamento lo acababa de comprar para cuando terminara de separarse de su esposa, con quien, sin embargo, todavía convivía. "Está muy deprimida, con psiquiatras. En cuanto esté mejor ya me instalo acá". Alfredo se levantó para vestirse y, de paso, abrió un placards. De los estantes de arriba sacó una caja y la llevó a la cama. La abrió y sacó un revólver, con el que le apuntó. Paula se quedó paralizada, pero enseguida Alfredo se rió, divertido. "Tomá, agarrala. Es un modelo nuevo". Paula se negó: siempre les había tenido miedo a las armas y no tenía intención de jugar con ellas. Alfredo se la puso entre las manos. Era más pesada de lo que parecía. "Yo aprendí a usarlas en el ejército. Y vos también tenés que saber usarlas. Es importante en esta época". Paula la retuvo unos segundos y se la devolvió. Alfredo le señaló varias cajas apiladas en un estante: "Ahí tengo más, las colecciono".

Paula y Alfredo empezaron a verse cada vez con más asiduidad. Ella sabía que la estabilidad de su relación se basaba en su

propia obediencia y en su silencio. Había temas que de ninguna manera podía plantear, y había reclamos que jamás podría hacer. La primera vez que Alfredo la invitó a dormir en el departamento, Paula cometió el error de preguntar si ya se había separado. Él la miró con autoridad y le dijo que nunca más volviera a hacer esas preguntas. "Me faltas el respeto. No me vuelvas a hablar así nunca más".

El tono autoritario de Alfredo hizo que Paula se sintiera culpable y estúpida, sensaciones a las que él podía transportarla con extrema facilidad. Así, poco a poco, ella se iba sintiendo menos segura de sí misma y más dependiente de las opiniones de su amante.

Tres meses después de estar juntos, Alfredo le dio un juego de llaves del departamento. Estaban en la cocina tomando un jugo cuando él sacó de un cajón un llavero con dos llaves y se las entregó, haciéndole notar el extraordinario acto de confianza que significaba ese gesto. También le dijo que fuera pensando en abandonar su trabajo como bailarina. "Si querés seguir un mes más o dos, puede ser. Pero después renuncias". Paula se acercó a Alfredo, lo abrazó, y le dijo que iba a hacer todo lo que él le pidiera.

Esa tarde Paula volvió a su propio departamento y le extendió las llaves nuevas a Jessie, como un trofeo. "Mirá la que tengo... ¡Me las dio Alfredo!". Jessie le preguntó si él ya se había mudado definitivamente a la casa. Paula le contestó que no, que todavía pasaba muchas noches con su mujer, pero que todo era cuestión de tiempo.

La entrega de las llaves no significó para Paula otra cosa que amargura y decepción.

Alfredo la llamaba los lunes después de la clásica e inevitable ausencia de los fines de semana. Le recordaba su amor y la

citaba en la casa temprano, "para estar mucho tiempo juntos". Paula, que no trabajaba de lunes a miércoles, pasaba horas peinándose, depilándose y preparándose para el encuentro. Cuando al fin llegaba al departamento, se sentaba en la cama, completamente vestida y maquillada, a esperar a Alfredo.

Cuando habían pasado dos horas o más, llamaba por teléfono a la oficina, donde solía haber gente hasta la madrugada. Por lo general era inútil: los empleados contestaban siempre que Alfredo estaba en una reunión fuera de la empresa.

Si las cosas marchaban bien para Paula, Alfredo aparecía cerca de la medianoche. Ella sabía que hacer reclamos no sólo era inútil sino peligroso: una mínima discusión podía terminar en gritos, empujones y golpes. Después de la violencia, él se vestía y la hacía vestir. "Nos vamos", anunciaba con rabia y ferocidad.

También pasaba muy a menudo que Alfredo no aparecía en toda la noche. A la mañana siguiente llegaba con un paquete de medialunas y se metía en la cama con ella, diciéndole que estar ahí, en ese lugar, era lo único que lo hacía feliz, y que en poco tiempo vivirían juntos para siempre. "Es medio bruto pero me quiere. Yo me doy cuenta", le explicaba a Jessie, entre lágrimas. "Él no me quiere lastimar, pero es así, peleador. A lo mejor es así porque fue militar".

Lo cierto es que Alfredo no tenía la menor intención de separarse. Dos de sus socios en la empresa de seguridad estaban al tanto de su affaire con Paula, y lo cubrían con Nora, la esposa.

Nora, por su parte, no estaba demasiado interesada en las actividades ocultas de su marido. Para ella lo importante era tener dinero para sus gastos y conservar a su marido. Sabía que la engañaba, pero le parecía que las otras mujeres eran simples caprichos sexuales mientras que ella era la única, la fundamental, la mujer con la que había tenido hijos y con la que pasaría su

vejez. En cuanto a sus ausencias nocturnas, Alfredo le explicaba a la esposa que a veces tenía que ir al interior a cerrar un negocio. En algún momento Nora había intentado conocer algún detalle extra, pero recibió una respuesta cerrada: "Si no te gusta, me voy". Nora no volvió a preguntar.

A medida que pasaban las semanas, Alfredo empezó a exigirle a Paula que apurara su desvinculación con el local bailable. Paula estaba insegura: temía dejar de recibir su sueldo y, a su vez, ser abandonada por Alfredo. Cuando le planteó sus dudas, Alfredo la abrazó con ternura. "¿No confiás en mí? ¿Creés que te dejaría en la calle?".

Paula, entonces, decidió renunciar. Jessie estaba furiosa. Le dijo que ella sabía de hombres más que de sí misma, y que esa experiencia le indicaba que Alfredo iba a dejar de interesarse en la relación en el momento mismo en que ella empezara a depender de él. "Una vez que estés agarrada, te larga". La teoría de Jessie era simple: había tipos buenos y tipos malos. Con los buenos las mujeres podían tener un vínculo mejor o peor, pero siempre se podían reponer si las cosas no funcionaban. Con los malos, la caída era hasta el fondo del abismo. "Son los que se sienten poderosos cuando ven que te hicieron mierda".

Paula descartó la teoría de Jessie de un plumazo. "Estás diciendo cualquier cosa. Porque te da envidia que un hombre como Alfredo esté enamorado de mí".

Cuando Paula renunció, sus compañeras del local bailable le organizaron una despedida en un restaurante de La Boca. Comieron raviolos, tomaron vino y brindaron por la nueva pareja.

Cuando volvió al departamento, Alfredo la esperaba despierto. Le dijo que haber dejado su trabajo marcaba el comienzo de una nueva relación. "Vamos a festejar con un viaje. Pensá adónde querés ir y nos vamos".

Después de la renuncia, Paula terminó de hacer su mudanza. Llevó toda su ropa al departamento de Alfredo y se instaló ahí como si fuera su esposa.

Alfredo, sin embargo, siguió haciendo la misma vida de siempre. Dormía con ella alguna que otra vez, llegaba a la casa a cualquier hora y desaparecía por varios días. En esos casos, con suerte, le mandaba a alguno de sus socios para ver si estaba todo bien en la casa y si necesitaba algo.

Su vida, desde entonces, consistió en esperar.

La rutina de Paula era de una monotonía insostenible. Se levantaba tarde, se bañaba, se vestía y se arreglaba con muchísimo cuidado. Era consciente de que cualquier falla en su aspecto sería objeto de una apabullante recriminación. Más tarde aparecía una señora que limpiaba la casa y que evitaba todo tipo de contacto con ella. Si Paula quería entablar una conversación o le hacía alguna pregunta personal, ella la miraba con fastidio. "Disculpe. El señor me contrata por horas y no tengo tiempo...".

Al mediodía, iba a un gimnasio que quedaba a dos cuadras de su casa. Se lo había recomendado Alfredo porque la dueña era amiga de uno de sus socios.

A la tarde caminaba por el barrio y después, muy temprano, volvía al departamento para esperar a Alfredo.

Solía también encontrarse con Jessie, pero en secreto. Alfredo le había advertido que lo mejor era apartarse de las amistades nocivas. "Mirate ahora, dónde vivís, cómo vivís. No podés estar con tus amigas de antes: van a pensar que sos una puta".

Una noche, Alfredo volvió al departamento de buen humor y anunció que en una semana irían a pasar unos días a Brasil.

Festearon en la cama y al rato Alfredo le pidió que preparara alguna cosa para comer. Paula, que cocinaba todas las noches, hizo unos hongos rellenos que jamás había preparado antes.

Alfredo los probó y le parecieron excelentes. "Es una receta nueva ", dijo Paula orgullosa. Dejándose llevar por su entusiasmo, le contó que Jessie, su amiga, le había explicado cómo se hacían.

Alfredo la miró con frialdad. "Viste a Jessie. Te dije que no la vieras más y la viste". Paula, muy asustada, le dijo que la receta se la había pasado cuando todavía vivían juntas. Alfredo le agarró la cara y la miró de frente. "Si me mentís, se terminó todo. Agarrás tus cosas y te vas". Sometida y acobardada, Paula tuvo la sensación angustiante de que Alfredo era capaz de enterarse de todo lo que veía y lo que no veía. Imaginó que alguno de sus tantos amigos o conocidos la había visto en el bar tomando café con Jessie, o que tenía a algún empleado encargado de seguirle los pasos. Paula lo abrazó, desesperada. "Por favor perdóname, te juro que no va a pasar más..."

Alfredo le dio un golpe en plena mandíbula. Paula, antes de caer al piso, escuchó el crujido de un hueso retumbándole en la cabeza.

Esa misma noche, abrazados en la cama, Alfredo le explicaba que una mujer de verdad no podía mentir ni simular ni tener amigas putas. "¿Vos querés que me digan que tengo una novia que es puta? ¿Querés que vayamos a una fiesta y mis amigos te ofrezcan guita para cogerte? ¿Vos pensás que yo me puedo casar con una mujer así?". Paula, con lágrimas en los ojos, iba negando con la cabeza y pidiendo disculpas.

Alfredo se levantó y fue a la cocina. Volvió con un té y un analgésico. Un rato después ya se había dormido.

Durante los siguientes días Paula se quedó encerrada en la casa, sin siquiera ir al gimnasio. Alfredo iba y venía haciendo críticas y exigiendo más y más obediencia.

La obsesión por la limpieza que había mostrado desde un principio se había intensificado: le exigía a Paula que se bañara dos o tres veces por día, le olía la ropa para ver si estaba limpia y -cuando se quedaba a dormir con ella la hacía levantarse a mitad de la noche para lavarse los dientes.

Paula vivía agobiada. A las exigencias domésticas y la soledad se les sumaban la incertidumbre y la espera. Pero soportaba todo porque, a esa altura, el trabajo psicológico de Alfredo ya había dado resultado: Paula se sentía inútil, insegura y digna de desprecio. Alfredo era a los ojos de Paula- un hombre admirable que le hacía el inmenso favor de estar con ella. Y como si eso fuera poco, iba apremiar sus mentiras y sus errores domésticos con un viaje a Brasil que ella, era evidente, no merecía.

Jessie había intentado comunicarse con ella por teléfono pero era inútil. Una tarde, sin embargo, Paula la atendió: hacía dos días que Alfredo no iba a la casa y ella ni siquiera tenía dinero para comprarse un paquete de tampones.

Cuando escuchó a Jessie, Paula empezó a llorar. Le contó todo pero le prohibió que fuera a visitarla. Su amiga le hizo jurar que ante cualquier problema la llamaría y le prometió que, si dejaba a Alfredo, ella le conseguiría un nuevo trabajo. Por teléfono le dijo que pusiera en orden sus pensamientos y que se diera cuenta de lo obvio: Alfredo era un maniático que la tenía dominada por el terror y jamás se separaría de su esposa. “Te pega y te abraza. Te deja esperando días enteros. Te va a volver loca. Andate de ahí”. Paula cortó.

Al fin, Alfredo volvió con los pasajes. Apenas llegó al departamento, desplegó una serie de mapas y folletos y le fue

mostrando los lugares a los que irían.

Anunció excursiones en barco, comidas en restaurantes exclusivos, hoteles "para privilegiados". La besó en la mejilla y le explicó, como a una nena, que en la vida las cosas hay que ganárselas. "Yo te estoy dando todo. Espero que te des cuenta y que respondas".

Un rato después comieron y se fueron a dormir. Él se acostó en la cama, desnudo e hizo desnudar a Paula. "Hoy estoy cansado -le dijo-. Hací todo vos".

Durante los días siguientes Alfredo no pasó por el departamento. Llamaba por teléfono todas las noches y le explicaba que estaba concretando un negocio importante.

La noche previa al viaje la llamó temprano y le dijo que recién se verían camino al aeropuerto. Le exigió que tuviera su bolso listo para las seis de la tarde: Él le tocaría el timbre y ella debería bajar rápido: el avión salía a las ocho y no tendrían un minuto que perder.

A Paula le tomó horas preparar su valija. No sabía que qué cosas llevar y qué no, y temía hacer el ridículo. Los anuncios de Alfredo acerca de la exclusividad de los hoteles y restaurantes a los que irían la habían intimidado.

Cuando al fin tuvo todo listo ya era casi de día. Paula se acostó y trató de dormir un rato.

Quince minutos antes de las seis de la tarde, Paula estaba en la cocina sentada al lado del portero eléctrico. Tenía la valija en el piso y la cartera en la mano.

A las seis y diez empezó a llamar a la oficina de Alfredo, pero la secretaria le dijo que su jefe estaba en una reunión fuera de la

empresa. A las ocho se metió en la cama, vestida y con zapatos, pensando en Jessie y admitiendo que ella misma, muy en el fondo, sabía que Alfredo no iba a aparecer.

Él, Alfredo, llegó esa misma noche, a las once, sin dar mayor importancia a su desertión. “Perdóname, Paula, pero estoy con ese negocio que te conté. No pude salir antes. Por ahí nos vamos otro día”. Con el mismo tono cansado le dijo que fuera a la cocina a prepararle algo. Paula se levantó de la cama y lo miró. Esperaba que por lo menos le inventara una buena excusa. Casi al borde del llanto le preguntó por qué no había llamado para avisar. Bostezando, Alfredo cortó toda posibilidad de reproche. “Andá a la cocina y no me rompas las pelotas”.

Mientras preparaba un arroz con atún, Paula se dio cuenta de todo. Alfredo jamás pediría el divorcio y jamás la tomaría en serio. No la quería ni la querría nunca, y si todavía estaba con ella era porque le divertía humillarla.

Comieron juntos y fueron a dormir. Paula estaba en silencio mientras Alfredo explicaba cómo, gracias a su talento innato para los negocios, estaba a punto de abrir cuatro sucursales de la agencia en el interior.

Paula se levantó y dijo que iría a preparar café. Alfredo le repitió las recomendaciones habituales: usar café descafeinado, dos cucharadas chicas de azúcar y un chorro de crema. Y no calentar demasiado el agua.

En la cocina, Paula siguió las instrucciones pero agregó algo más: cuatro pastillas para dormir y un chorro extra de crema, para disimular el sabor amargo.

Las pastillas las tenía de la época en la que trabajaba de bailarina: como le costaba dormirse de día, un médico le había recetado unos somníferos que ella había dejado de usar porque eran

demasiado fuertes. De hecho, le producían un sueño tan pesado que, al despertar, tenía la sensación de haberse desmayado.

Cuando volvió al dormitorio, Alfredo estaba acostado viendo una película de acción. Tragó el café en un par de sorbos y le preguntó, distraído, si había cambiado la marca de la crema. Paula le dijo que sí, y se sentó en la cama mirando el televisor. Estaba pensando en sacar la caja del revólver que había en el placards, pero iba a esperar a que el somnífero empezara a hacer efecto.

Unos minutos más tarde, Paula pudo ver cómo Alfredo empezaba a seguir la película con la mirada algo perdida. Cabeceó, muerto de sueño, y se inclinó hacia Paula, agarrándola de un brazo. "Vení para acá y chupame la pija". Paula negó con la cabeza, despacio. Alfredo se impacientó. "¡Chupá! ¿O no trabajabas de eso vos?". En ese mismo momento, Paula cambió la estrategia matadora. Ya no iba a pegarle un tiro en el pecho.

Sin dudarle ni un segundo, fue a la cocina y buscó la tijera para trozar pollo. Volvió y se paró al lado de Alfredo, que la miraba sin darse cuenta de nada. "¡Chupá!", volvió a repetir, con un hilo de voz. Paula se sentó en la cama y le mostró la tijera con fiereza. "En vez de chupar, voy a hacerte otra cosa". Y cortó.

Alfredo murió desangrado debido a una mutilación en la zona genital.

Paula D. fue declarada culpable por homicidio simple y condenada a nueve años de prisión. Salió en libertad después de estar presa seis años y dos meses. Volvió a trabajar de bailarina en un cabaret del interior.

Próspera G., Arrepentida

Alberto Gómez se dio cuenta de que algo andaba mal cuando, al acercarse a su casa, vio a su esposa en la vereda, esperándolo. Estaba sentada cerca de la puerta, en una silla de madera, y dibujaba marcas en la tierra con sus alpargatas rotas. Cuando el marido estuvo cerca, Próspera lo miró, confundida. "Gómez, no sabe lo que hice."

Próspera G. era una mujer humilde, sencilla, semi analfabeta, que había sido criada bajo férreos preceptos morales. Ella, sus padres y sus abuelos vivieron siempre en el campo, aislados de toda comodidad, haciendo trabajos duros y poco calificados, desconfiando de los mínimos signos de progreso. A ella le tocó cuidar a sus tres hermanos menores, para lo cual la sacaron de la escuela a los ocho años. Su vida transcurrió entre gallineros y corrales, ayudando en las cosechas y desparasitando animales.

Cuando cumplió diecisiete años se casó con Gómez, a quien conocía de vista de toda la vida: era ahijado de su padre, y lo visitaba un par de veces por año.

Festearon la boda con un asado con cuero y se fueron a vivir a otro pueblo, a 200 kilómetros de ahí, donde Gómez acababa de inaugurar una carnicería. El negocio era precario pero funcionaba con gran éxito. De a poco, fueron construyendo una casa de ladrillos y derribaron el rancho donde habían empezado a vivir juntos. El piso de la nueva casa era de tierra apisonada pero se propusieron cubrirlo con cemento en cuanto pudieran reunir el dinero.

A pesar de que Próspera y Gómez se casaron sin conocerse demasiado, el matrimonio marchaba bien.

Se gustaban y poco a poco empezaron a quererse. Un año después del casamiento nació Tito, y enseguida le siguieron dos más: Luis y Norma.

Gómez, once años mayor que su mujer, mantenía a su familia con dignidad y tomaba las decisiones.

Próspera se encargaba de la casa y de los hijos.

Sin embargo, en cuanto la menor empezó a caminar, la madre decidió salir a trabajar para aportar dinero al hogar. "Con la carnicería estamos muy justos", argumentó con razón. Ya no vivía tan lejos del pueblo como cuando era soltera, y podía conseguir un trabajo como empleada doméstica. Gómez estuvo de acuerdo.

Poco después Próspera empezó a limpiar la casa de un médico. Le pagaban bien y no la necesitaban más que, tres veces a la semana.

Próspera y Gómez no eran muy sociables, pero se habían hecho amigos de un matrimonio que vivía al lado de su casa. El hombre, Víctor, se dedicaba a fabricar cuchillos, a los cuales les hacía un mango revestido de cuero. Su esposa, María, era una mujer curiosa y vital que, a pesar de su sencillez, ya había vivido un par de años en la ciudad.

Cuando nació Alberto, el primer hijo de Próspera, Gómez le propuso que sus vecinos fueran los padrinos. Poco después nació Mario, el primer hijo de María. Esta vez les tocó a Próspera ya Gómez apadrinar al bebé. La cercanía, los padrinzgos cruzados y las edades similares los volvieron íntimos. Gómez le guardaba a Víctor los mejores cueros para que hiciera sus

cuchillos, y las mujeres se ayudaban mutuamente con las cosas de la casa y el cuidado de los hijos.

Cuando Próspera volvía a lo de sus padres para visitarlos, les contaba que era muy afortunada por haber conocido a Víctor y a María. "Son mi familia ", les decía, contenta.

Poco a poco, Gómez había ido comprando unos cuantos animales, que carneaba y vendía luego en su carnicería. Tenía terneros, chivos, corderos y gallinas. El barrio donde estaba el local iba creciendo, y el número de clientes aumentaba.

Próspera, orgullosa, le ayudaba a su marido a cuidar a los animales y a preparar chorizos y morcillas. Algunas tardes, cuando Gómez salía para comprar nuevos animales, ella atendía la carnicería.

Los chicos, en ese caso, quedaban al cuidado de María, que los dejaba correr por el patio de tierra y mirar televisión.

Muchas tardes, las dos mujeres se reunían para ver una novela, tomar mate y criticar, en términos inofensivos, a sus respectivos maridos.

Cuando Norma, la hija menor de Próspera, cumplió seis años, María quedó embarazada de su segundo hijo.

Fue ahí que empezaron los conflictos.

El embarazo de María llegó, para ella, en un momento difícil. Víctor, su marido, acababa de perder su trabajo: el hombre que iba una vez al mes para comprarle los cuchillos le había avisado que no seguiría comprando. Víctor, entonces, empezó a fabricar cinturones, que salía a vender a los pueblos y ciudades vecinas. Así, pasaba días enteros fuera de su casa.

Sola y sin dinero, María se las arreglaba como podía. Próspera y Gómez se turnaban para ayudarla.

Una tarde, cuando Próspera volvía de su trabajo, se encontró en el colectivo con Silvia, otra vecina que también trabajaba en el pueblo. Se sentaron juntas, y después de intercambiar novedades laborales, Silvia le preguntó por su separación. Próspera la miró sin entender. La vecina insistió. "¿No es que el Gómez se fue a vivir con la María?" Próspera se escandalizó. Le dijo que no, que ella y su esposo estaban juntos como siempre, y que así seguirían. Comentó que María estaba esperando su segundo hijo, y que el marido, Víctor, recorría los pueblos para conseguir nuevos trabajos.

Mientras Próspera hablaba, la vecina la estudiaba con curiosidad: "Si vos lo decís. ...debe ser la gente, que inventa cualquier cosa...". El tono burlón y descreído de la otra puso en alerta a Próspera. Poco después, las dos se bajaron del colectivo y se despidieron con un saludo helado.

Ese mismo día, mientras Próspera trabajaba en la casa del médico del pueblo, Gómez estaba ayudando a María a acomodar unas chapas. Había cerrado la carnicería más temprano, y cuando pasó frente a lo de su vecina se le ocurrió preguntar si necesitaba algo.

María lo hizo pasar, le convidó unos mates y le mostró los agujeros del techo. Gómez se subió y estuvo un buen rato tratando de arreglar lo que se podía.

Cuando Próspera volvió a su casa, encontró a su marido escuchando radio y friendo unas tortas fritas para los chicos. Lo miró con incertidumbre. No sabía si tenía que decirle lo que le había contado Silvia, o si el comentario haría enojar a Gómez. Empezó preguntando por María. Gómez le dijo que la había visto esa misma tarde. "Pasé a arreglarle las chapas. Un desastre era el

techo de esa casa. "

Por primera vez, Próspera se sintió celosa y molesta. Fastidiada, le dijo al marido que quien debería haberla ayudado era el propio Víctor, "que parece que no se da cuenta de que espera un crío".

Gómez hizo un gesto de desinterés y fue a podar unas plantas.

A medida que el embarazo de María avanzaba, Próspera iba encontrando más y más motivos de sospecha. Como Víctor seguía viajando por el interior de la provincia, Próspera no podía impedir que su marido fuera a ayudarla: después de todo, era el padrino de su hijo, y ella era una vecina que estaba sola, embarazada y sin parientes que vivieran cerca.

La misma Próspera luchaba contra sus dudas y su desconfianza. Pero desde que tuvo esa conversación con Silvia en el colectivo no podía estar tranquila.

Una tarde, en la iglesia, fue a hablar con el cura párroco. Le dijo que estaba preocupada por sus "malos pensamientos". Le contó todo y el cura sonrió, como si hubiera escuchado el relato de una nena. Le dijo que un buen cristiano tiene que tener confianza y entrega. "Confíe, y tenga fe en los suyos."

Próspera lo intentaba. Incluso ella misma se acercaba a la casa de María para ayudarla a lavar la ropa y bañar al hijo.

Una tarde no aguantó más y le contó a María lo que le había comentado la otra vecina. "Silvia creía que Gómez y yo estábamos separados. ¿Y sabés por qué? Porque dice que vos y él están juntos."

Próspera esperaba ver la reacción de su supuesta rival, que no dijo nada y la miró, petrificada. Al fin, María lanzó una carcajada: "Andá, me estás jodiendo".

Próspera, más aliviada, también se rió y siguió preparando un puchero para la noche.

Cuando se acercaba la fecha del parto, Gómez le dijo a Próspera que tenían que ponerse a pensar qué le iban a regalar al hijo de Víctor y María. "Vamos a ser padrinos por segunda vez. Hay que hacer un buen regalo." Próspera dijo que no tenían plata, y que primero estaban los tres hijos propios. "Los chicos nuestros tienen las zapatillas todas agujereadas. Primero les compramos a ellos y después vemos. "Gómez no estuvo de acuerdo. "Hay que comprarle algo. Es así. Somos los padrinos y tenemos que hacerle un regalo."

Próspera, muy enojada, le dijo que en ese caso tenían que renunciar al padrinzgo.

Gómez no contestó, aunque pocos días después fue al pueblo y le compró al futuro ahijado un par de sábanas para la cuna. Cuando Próspera lo vio llegar con el paquete, hizo un escándalo. Pero al fin, después del enojo, acompañó al marido a entregar el regalo.

Víctor volvía a su casa de tanto en tanto, quejándose con amargura de la falta de trabajo. Vendía muy poco, y apenas le alcanzaba para costearse los viajes y pagar algunas cuentas.

Cada vez que aparecía Víctor, Próspera respiraba aliviada. Entonces invitaba a María a la casa, veían juntas las novelas de la tarde y tejían ropas para el futuro bebé.

Mientras tanto, Víctor ayudaba a Gómez con sus animales, a cambio de alguna pieza de cuero para hacer sus cinturones o sus mangos de cuchillos. Pero cuando estaban los cuatro juntos, Gómez advertía que cada vez que le hablaba a María, Próspera los miraba con resentimiento. Lo mismo sucedía cuando él le

contaba que había ido a su casa para ver si estaba bien o para ofrecerle ayuda. Decidió entonces no contarle nada más: si visitaba a María, Próspera no tenía por qué saber.

Así, Gómez le arregló la instalación eléctrica, le ajustó una cerradura y le ayudó a cambiar una garrafa de gas. Pero siempre iba a lo de María cuando Próspera estaba en el pueblo trabajando.

Cuando nació el bebé, Gómez organizó un asado para Víctor, María y sus parientes. Él llevó la carne y Próspera hizo el resto. María, todavía débil por el parto, estaba sentada recibiendo a los invitados y mostrándoles el nuevo hijo, al que llamaron Oscar.

Mientras Próspera iba y venía por el patio sirviendo bebidas y controlando a los chicos, vio que Silvia, la otra vecina, se había acercado a saludar. No estaba invitada pero los vio tras la cerca de alambre y dijo que pasaba nada más que para ver al bebé. Entró, felicitó a María ya Víctor y se concentró en el recién nacido. "Vamos a ver a quién se parece", le dijo a la madre. Cuando ya se estaba yendo, miró fugazmente a Gómez y después a María, con una mirada provocadora y suspicaz que Próspera alcanzó a registrar con todo detalle.

Poco después, alarmada, ella también se acercó al bebé y lo estudió con mucho cuidado. María, contenta, le hizo una broma. "No me lo mires así que me lo vas a ojear. "

Próspera buscaba un parecido entre el hijo de María y su marido, pero era imposible hacer una comparación: el chiquito todavía tenía los rasgos indefinidos de los recién nacidos. Habría que esperar.

Poco después del nacimiento de Oscar, María empezó a notar que sus vecinas hablaban de ella a sus espaldas. Primero pensó que era una idea suya, pero una tarde, cuando estaba en la verdulería con su hija, advirtió claramente que dos mujeres estaban

comentando algo en voz baja, con aire conspirativo, mientras le lanzaban miradas curiosas.

Próspera no aguantó más. Se acercó a las mujeres y las enfrentó. "¿Ustedes qué hablan de mí? Si me quieren decir algo, me lo dicen de frente, y no por la espalda." Las dos mujeres la miraron sin contestar. Próspera siguió. "Una vergüenza. Andan inventando cosas de mi marido. ¿Por qué tienen que salir a repartir mentiras por todo el barrio?"

La verdulera intervino. "¡Qué mentiras! Si todo el mundo lo ve a Gómez que se la pasa en lo de la María cuando vos estás trabajando. "

Norma, la hija de Próspera, tironeaba de la mano de su madre para salir de la verdulería. Temía que de la discusión pasaran a los golpes.

Próspera se dejó llevar por la hija y salió, apretando las bolsas contra su pecho.

Volvieron a la casa y Próspera se puso a cocinar. Un rato más tarde apareció María que, sin saber lo que había pasado, fue a visitar a su amiga. "Qué hacés, comadre. Aprovecho que está mi suegra para cuidar a los chicos, así nos tomamos unos mates tranquilas. "

Próspera se debatía con sus dudas. No, podía acusar a María por los chismes de las vecinas, pero tampoco podía hacer de cuenta que no pasaba nada. Recordó las palabras del cura y optó por callar y mantener distancia.

De mala gana le mostró una montaña de ropa que tenía separada para lavar. "¡Qué mates! ¡Tengo que hacer, yo ¡ "

María, sonriente, puso agua en el fuego y se acercó a la pileta

donde estaba la ropa. "Yo te ayudo, que ahora me siento mejor."

Próspera no supo qué hacer. La amabilidad de María la abrumaba y le impedía expresar su rabia y su desconfianza.

Mientras fregaba unos trapos de cocina, María la miró de reojo. "
¿Vos no estarás pensando en esas cosas que te dijo la Silvia, no?"

Próspera sonrió, a pesar de sí misma, y negó con énfasis. "No, qué voy a pensar! "

Cuando ya estaba empezando a olvidarse de la supuesta relación entre Gómez y María, Próspera volvió a encontrarse en el colectivo con Silvia. No era el mejor momento para verla a ella ni a nadie. La esposa del médico para quien trabajaba le había anunciado que tenía serios problemas económicos y que a partir del próximo mes no podría contratarla más que una vez a la semana.

Próspera estaba abatida, haciendo cálculos frenéticos entre su sueldo disminuido, el dinero de la carnicería, el costo de los útiles escolares, el gas, la luz y la comida.

Le contó a Silvia las novedades y le pidió que la recomendase en alguna otra casa de familia.

Cuando estaban llegando, Próspera le hizo la pregunta que tenía atravesada desde hacía tiempo. "¿Quién te contó lo del Gómez y la María? ¿No fue la dueña de la verdulería? " Silvia la miró e hizo con las manos un movimiento que abarcaba el barrio entero. "Todos dicen."

Próspera llegó a la casa y encontró a sus tres hijos en el patio jugando con un álbum de figuritas. Llamó a Alberto, el mayor, y le preguntó si su padre había ido a visitar a María. El hijo respondió

con inocencia: "Sí, pero él va más temprano. Ahora ya debe estar en la carnicería ".

Sin esperar un segundo, Próspera fue a hablar con su marido. De camino pasó por la casa de María, que estaba cerrada con candado.

Al llegar a la carnicería, encontró a Gómez atendiendo a un cliente. Ella esperó y al final, cuando estaban solos, lo encaró. Gómez se mostró ofendido y tiró una gran cuchilla contra el mostrador de madera. Acusó a su mujer de egoísta y mala vecina y se sacó el delantal. "Yo me voy a casa. Cerrá vos. Así no me dan ganas ni de trabajar."

El siguiente encuentro entre Gómez y María fue fortuito. Se cruzaron por la calle y hablaron de Víctor, la falta de trabajo y las dificultades de la vida cotidiana.

María le anunció que faltaba poco para el bautismo de Oscarcito y que le dijera a Próspera que se fuera preparando.

Antes de irse, María le pidió otro favor: la cuna de Oscar, que había sido heredada de su hermano mayor, se estaba desarmando, y como Víctor no estaba, ella necesitaba que él fuera a ponerla en condiciones. Gómez le dijo que sí, que cuando encontrara un momento pasaría por su casa.

Gómez esperó que Próspera saliera a trabajar y fue a lo de María. Llevó un martillo, una caja de clavos y un paquete de facturas que había comprado a la mañana.

Cuando volvió a su casa se puso a cocinar tortas fritas para los hijos y recibió la visita de Alonso, el encargado de un campo vecino que a veces le vendía o le compraba algún animal.

Próspera llegó después, cansada y dolorida. Tantos años de

trabajar en las cosechas le habían provocado un problema de columna crónico. Cuando estaba poniendo la llave en el candado del cerco, advirtió que dos de sus vecinas la miraban y hacían algún comentario. Tan mal se sentía que ni siquiera tuvo fuerzas para enojarse. Saludó a Alonso, besó a cada uno de sus hijos y fue a preparar la cena.

Al día siguiente, Próspera se despertó temprano. Tenía pensado ir al pueblo para hablar con la dueña del mercado. Ella acaso sabría de alguien que estuviese buscando una empleada para trabajos domésticos.

Mientras hacía mate vio, debajo de la mesa de la cocina, una bolsa llena de zapallitos y tomates. Cuando le preguntó a Gómez, él desvió la vista y le contestó que eran para María: se los había regalado Alonso, del campo en el que trabajaba. "Trajo muchos, se iban a pudrir", se defendió.

Para Próspera fue el detalle final. Todas sus sospechas, todo lo que le habían contado, todas las miradas que había creído advertir, todo se resumía en una simple bolsa de plástico llena de zapallitos y tomates.

"Yo se la llevo, que voy de paso", le dijo antes de salir.

Próspera abrió la puerta de la casa de María y entró. María estaba acostada, amamantando a su bebé. En un primer momento, la ternura de la escena la alcanzó.

Enseguida imaginó a su marido y a María, juntos en esa cama, y volvió a sentir la rabia y el enojo que la habían llevado hasta ahí. Madre al fin, Próspera le dijo que quería hablar con ella pero que iba a esperar a que el bebé terminara de alimentarse.

Fue a la cocina a dejar la bolsa y, al volver, Vio el martillo de Gómez al lado de la cuna. Era la constatación definitiva.

Con tono neutro le preguntó por qué el martillo de su marido estaba ahí. María, que sabía perfectamente de las sospechas de su vecina, le contestó insegura y titubeando. "No sé, ni idea. Por ahí lo trajo Víctor."

Próspera empezó a revisar la casa. Estaba segura de que encontraría otras cosas de Gómez.

María, mientras tanto, había dejado a su bebé en la cuna y corría atrás de Próspera, que iba tirando todo lo ese estado. Muy asustada le explicó que Gómez iba a la casa solamente para ayudarla pero que entre ellos no había nada.

Sobre una repisa Próspera encontró un juego de cuchillos de los que hacía Víctor. Agarró uno y se acercó a María, que retrocedió hasta llegar a la cuna del bebé.

En ese momento, Próspera cerró los ojos y le clavó el cuchillo en el pecho.

La cárcel adonde fue a parar Próspera no quedaba lejos de su antiguo lugar de trabajo, y se manejaba con un régimen menos severo que otras cárceles. Tenían una huerta, jardín, y contaban con un grupo de monjas que pasaba buena parte del día con las presas.

Lo primero que hizo Próspera fue hablar con una de las religiosas para mandarle un mensaje al marido: pidió que cuide bien a los hijos y que bajo ninguna circunstancia gaste un solo peso en defenderla.

Gómez no le hizo caso. Uno a uno fue vendiendo todos sus animales para pagar al abogado. También vendió la carnicería a un conocido suyo del pueblo, que a su vez lo contrató como empleado con un sueldo ínfimo.

Gómez jamás fue a visitar a su esposa. Sí mandaba sus hijos: cada domingo los bañaba, los vestía y los subía al colectivo, con una fuente de comida preparada por él, que ellos tenían que llevarle a la madre. Al anochecer, los estaba esperando en la parada del colectivo juntos volvían los cuatro a la casa.

En la cárcel, Próspera era una presa ejemplar. Se llevaba bien con todas sus compañeras, a quienes les enseñaba, además, a cultivar la huerta. Todas las tardes, después de terminar pe limpiar la cocina y los platos del mediodía, hablaba con una de las monjas y le planteaba sus dudas. "¿Usted cree que Dios me va a perdonar?".

Próspera fue condenada a siete años de prisión.

Salió en libertad a los cuatro años, por buena conducta.

Su marido no aceptó que volviera a vivir con él y los hijos. Sin embargo, le construyó una casilla en el fondo del terreno.

Víctor y sus dos hijos siguen viviendo en la misma casa vecina.

Pilar T., Esposa

En el velorio de su padre, Pilar T. lloraba en un rincón, tratando de no mirar la cara del muerto, cuando apareció su madre. Pisando firme se plantó delante de la hija. "¡Asesina! Te vas de acá ya

mismo. "

Caminando despacio, Pilar hizo un rodeo para no enfrentar a su madre ni al cajón, y salió. Acababa de cumplir diecisiete años y estaba embarazada de seis meses.

Su padre era enfermo del corazón y había tenido cuatro infartos. El penúltimo se produjo cuando Pilar, después de su cumpleaños de quince, se fugó con su novio y estuvo tres días sin dar señales de vida. Su padre estuvo internado casi dos meses hasta que le dieron el alta. Su hija ya había vuelto a la casa y estaba haciendo los preparativos para su boda: Antonio, su novio, había conseguido un buen trabajo y una casa, y no quería esperar más.

Los padres de Pilar aceptaron ese casamiento inevitable, aunque la madre, una noche, había entrado al dormitorio de su hija para decirle que jamás le iba a perdonar su conducta vergonzosa.

El padre tuvo tiempo de entrar en la iglesia llevando a la hija del brazo, pero unos meses después sufrió el infarto que lo mató.

El médico que lo atendía se preocupó de hablar con, Pilar para explicarle que su padre tenía una falla congénita en el corazón que lo habría matado de todas maneras. "Los disgustos lo afectaron, por supuesto, pero no te olvides de que él ya había tenido dos infartos antes de que vos te escaparas con Antonio." El médico, que estaba al tanto de la situación familiar, trataba de que Pilar no se sintiera tan culpable, a pesar de que su madre la acusaba, sin ninguna piedad, de haber sido la responsable de todo. "Mataste a tu papá ", le dijo en cuanto le dieron la noticia de la muerte del marido. "Y nunca en mi vida te voy a perdonar."

Veintiocho años después de ese casamiento precipitado, Pilar y Antonio seguían viviendo juntos en la misma casa, que había sido un regalo de los padres de él.

Julio, el hijo, se había mudado hacía poco tiempo, aunque no se había ido muy lejos.

Antonio tenía un taller mecánico a medias con un socio, Carlos. Con los años el taller se había convertido en uno de los más conocidos y confiables de la zona. Habían contratado a cinco empleados que hacían casi todos los trabajos, y ellos supervisaban y llevaban la contabilidad.

Pilar pasaba el día entero en su casa. Cuando recién quedó embarazada le había prometido a su marido que estudiaría abogacía en cuanto el hijo empezara la escuela primaria. Pero para ese entonces ella ya estaba tan instalada en su rutina doméstica que ni siquiera se acordó de sus antiguas aspiraciones.

Su madre, que vivía a veinte cuadras, no había vuelto a hablarle. Pilar intentó acercarse a ella muchas veces. La última había sido cuando estaba organizando la fiesta de sus veinticinco años de casada. Fue a verla, intimidada pero firme, con la tarjeta de invitación en la mano. La madre abrió la puerta, la miró, y volvió a cerrar, sin decirle una palabra.

Cuando habían empezado a salir, Pilar y Antonio se adoraban. Estaban decididos a hacer cualquier cosa para estar juntos. Se veían varias veces por día y evitaban participar en cualquier actividad que implicara una separación de muchas horas. Fue por eso que habían decidido escaparse juntos, aunque a los tres días, cansados y sin un peso para comprar comida, decidieron volver. Habían estado viviendo en la casa de unos tíos de Antonio, que por esa fecha estaban de vacaciones en la costa.

Ya casados, vivieron un período de alegría y euforia, hasta que las cosas fueron tomando el clásico tinte doméstico de los matrimonios. Sin embargo, para ellos el problema más grave no fue la rutina sino la bifurcación de intereses: mientras que Pilar

seguía adorando a su marido y considerándolo imprescindible para su Vida, Antonio tenía otros horizontes. Le gustaba su trabajo, quería ampliar el taller y modernizarlo, pasaba horas leyendo historias de la Guerra Civil española y, al final, prefería quedarse discutiendo temas políticos con su socio que volver a su casa a ver a su esposa. Pilar advertía la situación pero se sentía incapaz de revertirla. Mientras que Antonio había ido creciendo y cambiando su forma de ver el mundo, ella contaba casi con los mismos recursos que en su adolescencia: la vida de casada la había empantAnado y anulado.

Más o menos para la época en la que festejaron los veinticinco años de casados, Antonio había empezado a interesarse por una clienta. Era contadora, tenía cuarenta años y se llamaba Ana. Después de verse unas cuantas veces en el taller, se hicieron amantes.

Al principio se veían una vez por semana, pero con el tiempo intensificaron la relación. Por primera vez en su vida, Antonio podía hablar con una mujer, escuchar sus comentarios y aprender de ella. En la cama también le resultaba fascinante: Ana era audaz, tenía experiencia e iniciativa.

Ella también era feliz con su nuevo compañero. Le parecía increíble que un hombre la escuchara con tanta atención y la mirara como si fuera la mujer más atractiva de la tierra.

Después de un año de estar juntos, decidieron que era hora de oficializar el romance.

Antonio vivía su doble vida con angustia y con culpa. Se daba cuenta de la fragilidad de Pilar y advertía, con asombro, que la vida de su esposa dependía absolutamente de su vínculo con él. Julio, el hijo, ya se había independizado, lo cual empeoraba todo.

En tantos años de convivencia, Antonio se había habituado a ver

a su esposa como una madre perpetua que manejaba la casa de memoria y con precisión. Cuando supo que de un momento al otro tendría que pedirle el divorcio, empezó a mirarla con más atención y con nostalgia anticipada. Se dio cuenta de que Pilar dedicaba todo su tiempo y su energía a hacerle la vida más fácil. Hacía todos sus trámites, le preparaba la comida que a él le gustaba, y hasta le compraba las medias y los calzoncillos. Sin embargo, era evidente que Pilar no hacía todo eso por obligación sino porque le hacía feliz atender al marido.

Antonio pasaba horas pensando cómo abordar el tema sin herirla demasiado. Una noche, después de comer, le sugirió que el matrimonio no estaba pasando por su mejor momento, y que, a lo mejor, podrían tomarse un tiempo para tratar de enderezarlo. "Separados vamos a ver las cosas más claras. "

Pilar escuchó sin asombro el discurso de su marido. Tanto lo quería y tan insegura estaba de sí misma, que se había preparado para lo peor: mil veces había imaginado qué haría si él la dejaba o si se moría. Y cada vez había llegado a la conclusión de que sería imposible sobrevivir sin él.

Con timidez y miedo, ella le pidió posponer la separación. Le explicó que estaban pasando por una crisis pasajera y le juró que volverían a estar bien. Antonio aceptó: no tenía ánimo para contarle la verdad.

Ana, la amante de Antonio, empezó a presionarlo. Le decía una y otra vez que un año de relación clandestina era más que suficiente para todos. "Ya viste cómo soy, y ya sabés cómo es tu mujer. Ahora tenés que decir".

Antonio tenía todo clarísimo: quería estar con Ana pero no quería tirar por la borda casi treinta años de vida matrimonial, ni dejar a Pilar abandonada y destruida.

Sin saber qué hacer, habló con Carlos, su socio Carlos ya estaba al tanto de la relación entre Antonio y Ana, pero no imaginaba que habían llegado tan lejos. Para él, opinar era complicado: conocía a Pilar desde siempre, y sabía tan bien como Antonio que para ella una ruptura sería letal. Además, él también había tenido una amante, muchos años antes, ya la hora de elegir se había quedado con su esposa. Nunca pudo saber si el vínculo con esa mujer hubiera resistido una convivencia, pero quedó con la sensación de haber arruinado cobardemente su vida. Se lo dijo. "Yo no soy quién para aconsejar...No me animé a separarme y ahora me la paso pensando que me equivoqué. Pero voy tirando. "

Pilar tenía una única amiga, Sara, a quien había conocido cuando los hijos de las dos eran compañeros de escuela. A ella ya le había contado hacía meses que notaba una actitud rara en su marido. "Lo conozco, le pasa algo", le decía a Sara sin dudar. La amiga creía que Pilar estaba delirando: no imaginaba en el mundo un matrimonio más estable que el de Pilar y su esposo.

Por eso, cuando Antonio le pidió esa tregua matrimonial, Pilar corrió a contarle la novedad. Llorando con amargura, le dijo que algo grave debía estar pasando. "No quiere un tiempo para ver qué hacemos. Se quiere ir. Yo lo conozco a él más de lo que me conozco yo. "

Sin embargo, Pilar no se animaba a pensar en una amante: era como imaginar a Antonio robando un Banco. Creía, sí, que su esposo estaba abrumado ante la cotidianidad del hogar. Había un gran contraste entre su desánimo a la hora de estar juntos y su entusiasmo al salir a trabajar. La inocente deducción de Pilar era que en el taller Antonio encontraba todo lo que le faltaba en la casa.

Se lo explicó a la amiga, didáctica. "Allá tiene clientes importantes, gente que sabe muchísimas cosas. Yo estoy en casa

todo el día y cuando él viene no tengo nada de qué hablar."

Toda la noche anterior había estado pensando una estrategia para evitar que su esposo la dejara. Al fin, había decidido empezar a estudiar abogacía, tal como tenía planeado antes de que naciera su hijo, treinta años atrás. "¿No te das cuenta?", le explicaba a Sara. "Voy a ponerme en otro nivel, y a Antonio le van a volver las gAnas de estar conmigo."

Tres meses después, ya estaba en la universidad.

Los esfuerzos de Pilar para conquistar a su marido eran conmovedores. Sara, cautelosa, trataba de convencerla de que su situación no era tan grave, ni siquiera en el peor de los casos. "Nadie se muere porque el marido se vaya ", le decía, por las dudas, preparándola para una eventual separación. Antonio, por su parte, estaba abrumado. Había insistido en la idea de tomarse un tiempo para pensar, pero los ruegos de Pilar lo paralizaban. "Sos demasiado bueno", le decía su socio, acaso el que más entendía la situación.

Ana, mientras tanto, no creía que la actitud de Antonio fuera bondadosa sino cobarde. "No sé qué favor le hacés si te quedás de lástima. Y no sé si alguna vez te vas a animar a dejarla."

Antonio le juraba que estaba haciendo lo posible para irse de la casa sin lastimar a la madre de su hijo, pero que necesitaba tiempo. Le explicaba que su mujer estaba demasiado aferrada a ese matrimonio, pero que poco a poco ella iba a entender que no había otra solución más que el divorcio. Así, cada dos o tres meses Antonio volvía a la carga y trataba de hablar del asunto con Pilar. Pero Pilar había optado por la negación de los hechos. En cuanto advertía que Antonio iba a insistir con su idea de tomarse un tiempo, ella cancelaba la conversación con cualquier excusa o cambiaba de tema.

Al final, después de otro año de verse en forma clandestina, Ana decidió decirle a Antonio que no volviera a llamarla.

Durante un tiempo, Antonio hizo esfuerzos para retomar su matrimonio como si nada hubiera pasado. Pilar lo notaba más triste pero menos nervioso. Ilusionada, lo esperaba con la comida, le preguntaba por el funcionamiento del taller y le contaba todo lo que había aprendido en la facultad. Antonio trataba de interesarse en lo que su mujer le decía, pero era inútil. Mientras ella hablaba, con orgullo, de sus exámenes y trabajos prácticos, él pensaba en todo lo que había perdido al dejar de verse con Ana.

A veces, después de un largo discurso sobre sus actividades del día, Pilar se daba por vencida y se quedaba callada, mirando a su marido. Antonio, incómodo, inventaba cualquier excusa y se iba a la cama.

A la mañana siguiente, todo recomenzaba. Tomaban el desayuno triste y agobiado, mientras Pilar hacía lo posible para crear un falso clima de optimismo.

Con los meses, Antonio volvió a adaptarse a una vida sin emociones, sin euforia y sin pasión.

Pilar estaba feliz. Iba a tomar el té a la casa de su amiga Sara y le explicaba que todo se estaba encaminando. "Antonio está mucho mejor. Ya no se deprime como antes. Y le encanta que le cuente las cosas que me enseñan en la facultad. Hasta Julito se dio cuenta de que su papá está más contento."

En el taller, Antonio tenía largas charlas con su socio. Los dos habían tenido amantes, los dos habían optado por no desarmar sus matrimonios y los dos compartían una molesta sensación de fracaso. Carlos hacía bromas al respecto. Le decía a su socio que se habían salvado de las incomodidades de una nueva pareja y

reflexionaba sobre el futuro incierto de una relación que se inauguraba a mitad de la vida. Los dos sabían que se trataba de excusas.

Poco tiempo después, Ana reapareció. Estaba dispuesta a darle a Antonio una nueva oportunidad.

Después de la reconciliación, Ana estuvo varios meses sin mencionarle a Antonio el tema del divorcio.

No hacía falta. Él sabía perfectamente que era una condición indispensable para seguir adelante. Cada vez que tenía que despedirse de Ana a las típicas horas de los hombres comprometidos, se hacía un silencio tétrico entre ellos. Ana miraba su reloj con una sonrisa irónica, asentía como para sí misma y cerraba la puerta.

Por supuesto, el vínculo con Pilar había vuelto a empeorar. Ella estaba desconcertada. Iba a la casa de Sara y lloraba amargamente. "Ya no sé qué voy a hacer. Antonio volvió a deprimirse. Le digo que vaya a un médico pero me contesta mal: me dice que quiere estar tranquilo y que yo lo presiono."

En realidad, Antonio decía más que eso: le pedía, en forma más o menos directa, el divorcio. Sin embargo, no hablaba de la existencia de otra mujer.

Simplemente aseguraba que a su edad quería probar cómo era vivir solo, aunque sea por un tiempo.

Carlos, al tanto de las excusas que Antonio le daba a Pilar, opinaba que estaba usando la: estrategia equivocada. Para él, lo mejor era hablar claro y decir la verdad. Su propia experiencia le indicaba que las mentiras lo complicaban todo. "Si le decís que querés estar solo, no te va a entender. La única forma de que Pilar te deje ir es que le digas que te vas con otra. Pero vos no

querés quedar mal."

Carlos había acertado. Antonio prefería mantener el engaño para preservar su imagen de hombre honesto. Además, hacía tiempo que le juraba que no había ninguna mujer en su vida más que ella. No podía, de un momento al otro, admitir que desde hacía más de dos años venía falseando la realidad.

Después de otros seis meses, Ana volvió a abandonar a Antonio.

Pilar, mientras tanto, seguía con sus estudios de abogacía y sufría los vaivenes psicológicos de su marido sin llegar a entender qué estaba pasando.

Cuando Ana se retiraba de escena, Antonio se refugiaba en su casa, amargado y sin ilusiones. Con Pilar tenía sentimientos contradictorios: por un lado le daba pena mentirle y se sorprendía por su paciencia y su dedicación. Por otro, la odiaba ella era la culpable de que él no estuviese instalado con Ana viviendo la vida emocionante que siempre había esperado.

Poco después, Carlos se enfermó. Iban a operarlo, aunque los médicos no parecían optimistas: la operación era riesgosa y no garantizaba una cura definitiva. En su cama de hospital, Carlos intentaba parecer alegre y valiente. Antonio sufría con su amigo. Pensaba, con espanto, que Carlos estaba a punto de morir, sin haberse animado siquiera a pasar un fin de semana con su amante.

Después de la muerte de Carlos, Antonio se desmoronó. Estuvo una semana en la cama mientras Pilar, conmovida y maternal, le agarraba la mano, le preparaba té de hierbas y caldos calientes y le leía noticias de los diarios. Ella también había sido amiga de Carlos, desde la época en que estaba recién casada. Con habilidad innata, Pilar le recordaba historias del amigo muerto para que no se quedara anclado en la imagen de Carlos enfermo

en el hospital.

Poco a poco Antonio se fue reponiendo. Volvió al taller, aunque ya no iba todo el día sino en horarios reducidos.

Pilar también retornó la facultad. Estaba convencida de que su voluntad para el estudio era una de las cosas que su marido valoraba de ella.

Antonio, en tanto, quería reencontrarse con Ana aunque no se había animado a llamarla.

Durante los días en que estuvo en cama, se había planteado muy seriamente dejar a Pilar. Como tantos hombres asustados por la muerte de alguien cercano, Antonio quiso hacer un plan para recomponer su vida. Habló con su hijo y le comunicó que era probable que le pidiera el divorcio a su madre. Julio, que siempre había escuchado los relatos de Pilar con escepticismo, no se sorprendió. Le pidió, sí, que fuera cuidadoso con ella y que le evitara, en lo posible, sufrimientos innecesarios.

Una tarde, después del almuerzo, Antonio decidió dormir una siesta antes de hacer unos trámites para el taller. Llovía torrencialmente y no tenía ganas de mojarse.

Pilar, en cambio, preparó sus libros y carpetas de la facultad, buscó un paraguas que había heredado de su padre y se despidió de su marido.

Antonio la vio con su enorme paraguas antiguo y le ofreció el suyo, más chico y manejable. Pilar sonrió con afecto. "Ni loca. Esos paraguas de Taiwán se doblan apenas sopla un vientito. Déjame a mí con el paraguas de papi que es mucho mejor."

A Antonio siempre le despertaba una enorme piedad escuchar a su mujer hablar así de su padre. Sabía que ella se sentía culpable

por su muerte y no podía imaginar cómo hacía para sobrellevar ese peso durante toda su vida. La saludó con un beso y se metió en la cama. Un minuto después tocaron el timbre. Antonio creyó que Pilar se había olvidado sus llaves y abrió. Era Ana. Antonio miró la calle, inquieto, pensando que todavía podía estar su esposa por ahí. Ana le adivinó el pensamiento. "Ya se fue", le dijo, y entró.

Antonio y Ana se quedaron un buen rato en el living hasta que fueron al dormitorio. Seguía lloviendo sin parar y se escuchaban truenos y ráfagas de viento.

Mientras tanto, en la facultad, Pilar se enteraba de que suspendían la clase teórica de la tarde porque el profesor, debido a la lluvia, no había podido llegar.

Cuando volvió a su casa, Pilar vio un impermeable color tiza apoyado en el respaldo de un sillón. Inquieta, fue a la cocina. No había nadie. Miró la hora y calculó que Antonio ya debía haberse ido.

Caminando despacio, chorreando agua, con sus carpetas y su paraguas todavía en la mano, Pilar abrió la puerta de su dormitorio. Vio a Antonio con una mujer, los dos desnudos y besándose.

Cuando vio a Pilar, Ana se levantó de un salto y empezó a vestirse. Pilar miraba a Antonio, que se cubría con la sábana y le decía que tenían que hablar. Pilar estaba fuera de sí. A los gritos le preguntaba al marido quién era la otra mujer. Antonio sintió la mirada de las dos y pensó que por una vez en su vida tenía que jugarse. "Es mi novia ", le dijo con voz vacilante, mientras Ana salía de la habitación temblando de miedo.

Pilar dejó caer los libros y se tiró encima de Antonio, levantando el paraguas de su padre como si fuera una espada. Se lo clavó en

la ingle con ferocidad, y volvió a clavárselo varias veces en el abdomen.

Cuando llegó la policía, Pilar ya había lavado el cadáver del marido, lo había peinado y lo había vestido. "Ahí se los vestí, porque estaba desnudo. Ahora se lo pueden llevar." En su declaración, Pilar dijo que no se acordaba del momento del crimen. "Lo único que me quedó en la mente es eso que él me dijo: que estaba con la novia. Creo que si me decía otra cosa yo no le hacía nada."

Pilar fue declarada culpable de homicidio agravado por el vínculo. Fue

condenada a diez años de prisión.

Salió en libertad dos años antes de cumplir su condena.

Se mudó a un pueblo del interior de Catamarca y volvió a casarse. Su hijo la visita periódicamente y le pasa una suma de dinero mensual. "Gracias a eso puedo vivir bastante bien. Lo que quiero ahora es hacer una vida nueva. No quiero pensar en ese accidente que ya pasó. Ahora hago otras cosas, tengo otra casa, tengo otro marido, tengo otros amigos, vivo en otro lugar. Así es la vida. Estar pensando en el pasado no sirve de nada. "

Azucena R., vengadora

Hasta una hora antes de su casamiento, Azucena R. siguió rogándole a Ramón, su padre, que le permitiera anular todo el trámite. No solamente no estaba enamorada de su futuro marido sino que lo despreciaba.

Luchando con el nudo de una corbata raída, Ramón ni siquiera se molestaba en escuchar a su hija. “Ponete algo decente que ya tenemos que salir”, le contestó. En un acto de rebeldía inútil, Azucena se puso el pantalón más viejo y sucio que tenía y una camisa agujerada que usaba para limpiar la casa. Pero ni siquiera eso le fue permitido. Cuando Ramón la vio, le dio un golpe en la cara y la obligó a cambiarse.

A la hora convenida, Azucena estaba en el registro civil del pueblo, con los ojos hinchados de llorar, un pulóver negro y una pollera azul que solía usar para ir a misa. Su novio, Alberto, la miraba con autoridad.

El juez leyó su texto, inexpresivo y titubeando. En el momento de aceptar, Azucena miró a su padre y se hizo promesa formal de vengarse de él. Cuando le tocó el turno, Alberto asintió con entusiasmo y le dio un beso desafiante a su novia.

Los testigos de Azucena eran su propio padre y un vecino del campo en el que estaban empleados. Los de Alberto, dos compañeros del club donde jugaba al truco los jueves a la noche.

Azucena tenía dieciocho años y hasta hacía muy poco tiempo había estado de novia con el hermano de una amiga. Llevaban cuatro años juntos y ya estaban comprando algunas cosas para su futuro casamiento cuando Ramón apareció en la casa de Alberto. Era un antiguo compañero de trabajo que había enviudado y, después de vivir muchos años en otra provincia, había vuelto a la zona. Como Ramón, tenía cincuenta y un años y había dedicado su vida a las tareas del campo, aunque a él le había ido un poco mejor: había podido comprar un auto y una casa, y tenía unos ahorros en el banco.

En cuanto se encontraron después de tantos años sin verse, Ramón advirtió que Alberto miraba a Azucena con un interés evidente. Rápido, calculó que una unión con la hija, siempre fuera a toda regla, le sería de gran utilidad: Alberto podría ayudarlo a saldar deudas y salir a flote económicamente. La hija también saldría ganando: se casaría con un hombre con el que podría vivir sin problemas de dinero.

A Ramón le importaba muy poco el noviazgo previo de la hija, ni sus súplicas y llantos para evitar el casamiento obligado. Su visión de la vida era práctica y utilitaria. El amor romántico era una abstracción que no encuadraba en las necesidades reales de la gente como ellos.

La infancia de Azucena había sido dura y sacrificada. Tenía tres hermanos mayores, varones todos, a quienes apenas veía. A la mañana iban a la escuela y más tarde trabajaban en el campo con el padre.

Cristina, la madre, era una mujer sensible que se desvivía para que su hija estuviera bien cuidada en ese mundo varonil e inseguro.

Como el campo en el que tenía la casa y trabajaban estaba alejado del pueblo, Azucena y su madre vivían aisladas y unidas, felices de poder contar una con la otra.

Los demás hijos ignoraban a su hermana, o jugaban con ella por un rato hasta que se aburrían. El padre era un factor de conflicto. Desconfiaba de ese vínculo hermético que se había armado entre la madre y la hija. Como se sentía excluido, intentaba separarlas, a la vez que había desarrollado una abierta hostilidad hacia Azucena: no le hablaba, la obligaba a comer cuando no tenía hambre y a dormir cuando no tenía sueño, y la golpeaba con una correa de cuero que había preparado especialmente para ella. Cristina intentaba defenderla, pero terminaba ella misma siendo castigada.

Cuando Azucena estaba en quinto año su madre enfermó. Ella fue la primera en advertir que estaba más flaca y pálida de lo habitual. Volvía de la escuela casi corriendo para hacerse cargo de las tareas de la casa y así aliviar a la madre.

Una mañana Cristina fue al hospital del pueblo vecino a atenderse. Después de tenerla toda la mañana haciéndose radiografías y estudios precarios, le anunciaron que tenía que operarla y hacerle un tratamiento que le llevaría varios meses. “No puede esperar. Le voy a dar una orden para que se interne ya mismo en la ciudad”, le advirtió uno de los médicos de la guardia. Mientras tanto, le había dado unos analgésicos para evitar los dolores. Cristina no se internó. Se negaba a dejar a la hija sola en la casa. Creyó, erróneamente, que si no hacía el tratamiento tardaría en curarse, pero que de todas formas mejoraría. “Dios aprieta pero no ahorca”, decía, para convencerse.

Un mes después, apenas podía caminar. Azucena le suplicaba que no se levantara pero la madre insistía en lavar la ropa y cocinar. Ramón, indiferente, no hacía nada por su mujer. El hijo mayor, que ya tenía dieciséis años, le había pedido al padre que llamaran a un médico, pero era inútil. “Tu mamá ya fue al hospital. Ahora está débil, pero se le tiene que pasar. Deben ser cosas de mujeres”.

Para certificar su optimismo absurdo, le hacía levantarse todas las mañanas para barrer el patio y limpiar el gallinero. “El aire te va a hacer bien”, le decía. Cristina, al límite de sus fuerzas, obedecía, para evitar que el trabajo recayera más tarde en Azucena.

Al fin, no pudo volver a levantarse. En ese momento Ramón accedió a llamar a un médico, que la revisó y le dijo que no había nada que hacer. “Si quieren la internan, pero no va a servir de mucho”, les dijo.

Una mañana, camino a la escuela, Azucena tuvo un presentimiento fatal. Volvió a su casa y encontró a su madre despierta, respirando con dificultad, pero más tranquila y repuesta. Azucena se acostó en la cama con la madre y las dos durmieron abrazadas un buen rato. En la casa no había nadie más.

Al mediodía, Azucena sintió que su madre estaba fría. Quiso levantarse para buscar otra frazada y entonces advirtió que estaba rígida. Había muerto.

Después de la muerte de su madre, Azucena pasó casi dos años sin hablar. Su padre, convencido de que se trataba de simples caprichos de una hija que había sido demasiado consentida, la golpeó sistemáticamente durante meses para obligarla a abandonar su silencio. Al final, desistió. “Si querés quedarte callada, quedate callada. Pero el trabajo de la casa lo vas a hacer igual”, le dijo, amenazante.

Su maestra, conmovida por el drama de Azucena, la trataba con paciencia y reprendía a los otros alumnos que se burlaban de ella

y la llamaban “la mudita”. Fue dos veces a su casa a pedirle permiso a Ramón para llevarla al hospital, pero el padre se negaba. “Que se quede así. Si se hace la rara, que se la aguante”. Al fin, la maestra llevó a un médico a la escuela, que descartó cualquier enfermedad y le recomendó un psiquiatra o, al menos, una asistente social que pudiera hablar con ella. La maestra no pudo conseguir ni una cosa ni la otra.

Azucena, en tanto, pasaba el tiempo limpiando la casa, atendiendo a su padre y sus hermanos y haciendo los deberes de la escuela. Cuando terminaba, se encerraba en un cuartito externo que oficiaba de baño y mantenía largos diálogos imaginarios con su madre.

Al fin, cuando estaba por terminar séptimo grado, volvió a hablar.

Después del casamiento en el registro civil, Azucena y su marido fueron a vivir a la casa que él había comprado hacía poco tiempo. Era la primera vez que iban a estar solos.

La casa estaba en el pueblo, pero apartada del centro. La habían construido en el fondo de un jardín grande y descuidado, lleno de árboles frutales medio secos, malezas y ligustros.

Cuando entraron, a Azucena le impresionó el olor a humedad y el desorden. Por todos lados había cajas de cartón cerradas y bolsas de plástico llenas de ropa. “Acomodá todo”, fue la orden del marido. “Y no revisés las cajas de cartón, que son

electrodomésticos que yo vendo a los negocios”.

Azucena quiso abrir las ventanas para que corriera un poco de aire, pero estaban trabadas. “Las hice soldar”, explicó Alberto. “con todos los robos que hay, mejor así”.

Azucena empezó a recorrer la cocina, pero Alberto la agarró del brazo y la llevó al dormitorio. “Vení, que antes me quiero sacar las ganas”.

Durante su primer encuentro sexual con Alberto Azucena se quedó en silencio, inmóvil, esperando que todo terminara de una vez. Con los ojos cerrados para contener las lágrimas, pensaba en su novio, en su vida arruinada y en su madre muerta.

Cuando Alberto terminó de sacudirse encima de ella, se levantó, se secó la frente con la sábana y le preguntó con cuántos hombres había estado antes. Ella se quedó en silencio, mirando un haz de luz que se colaba por la ventana.

Alberto se levantó, se vistió y le dijo que iba a salir a comprar una botella de vino para festejar el acontecimiento. Ella seguía sin decir nada. Alberto la miró, fastidiado. “po lo menos podrías contestar. Que bastantes mangos le di a tu viejo para que después te la des de artista.”

Cuando quedó sola, Azucena intentó salir al jardín pero no pudo abrir la puerta. Alberto la había dejado encerrada.

Cuando se casó, Azucena acababa de terminar el colegio secundario. En un principio su padre se había negado a que estudiara, pero la maestra de séptimo grado de Azucena lo había convencido. Por supuesto, Ramón había impuesto sus restricciones: horarios rígidos y la prioridad absoluta para hacer las cosas de la casa. “Si tenés que estudiar o hacer la comida, hacés la comida”, le dijo, brutal.

Sin embargo, el colegio le permitía escapar del clima opresivo de su casa y, además, estar con su novio. Ala salida, se encontraban en la esquina, tomaban una gaseosa en la plaza y volvían abrazados, planificando la próxima cita.

Muchas veces iban a la casa de él y lograban quedarse un rato a solas, hasta que se hacía de noche y tenían que volver.

Pero la llegada de Alberto había modificado todo. De un día para otro Azucena había perdido a su novio y se había visto obligada a casarse con el amigo del padre.

Azucena había intentado zafar del compromiso pero no lo logró: toda su vida había obedecido ciegamente a su padre, de modo que su autoridad no estaba en discusión. Por otro lado, Ramón había previsto cualquier inconveniente desagradable: antes de arreglar la boda con el amigo, ya había ido a hablar con el novio de la hija para comunicarle que Azucena estaba preparando su casamiento con otro. “No hay que dar puntada sin hilo”, le

comentó Alberto, entre carcajadas. “Ahora el pibe no la va a querer ver ni pintada”.

Un mes después de convivir con Alberto, Azucena advirtió que no le había vuelto su menstruación.

No tenía el menor cariño por su es poco, pero la idea de ser madre le resultaba liberadora. Se imaginaba con una hija mujer a la que adoraría. Tenía en mente la relación que ella había tenido con su propia madre, y se sentía agradecida de poder repetirla.

Se lo dijo al marido, que la miró con sospecha. Le parecía raro que se hubiera producido un embarazo con tanta rapidez. Él había estado casado quince años con su mujer y no habían logrado tener hijos.

Después de pensarlo un buen rato, llegó a la conclusión de que ella se había casado embarazada de otro.

Furioso, empezó a pegarle a su mujer, diciéndole que era una puta y una mentirosa, y que lo había planeado todo para encajarle un hijo que no era de él. Azucena se defendía como podía, pero Alberto estaba enardecido. La había agarrado del pelo y le golpeaba la cabeza contra una mesa. Al final, cuando ella cayó al piso, empezó a darle de patadas en el abdomen.

Esa misma noche ella perdió su embarazo.

Desde que vivía con Azucena, Alberto había abandonado sus trabajos habituales en el campo y se dedicaba exclusivamente a vender electrodomésticos. Los conseguía de manera misteriosa, y los guardaba en cajas numeradas, sin marca a la vista, que dejaba por toda la casa.

Por lo general, salía al mediodía y volvía a las siete de la tarde, que era la hora en la que exigía la cena. Comían sin hablarse, hasta que él interrumpía el silencio para preguntar si necesitaba dinero para comprar alguna cosa. Si quería sexo, usaba siempre la misma frase ritual. “Vamos a la pieza.” Ella acataba sin pensar. Por la mañana, la hacía subir al auto y salían de compras juntos. Era él quien elegía lo que comerían y lo que tomarían. Si estaba de buen humor, le daba la chance de llevar alguna cosa para ella. Después la dejaba en la casa y se iba a trabajar. Si habían tenido alguna discusión, él la encerraba hasta la vuelta. En las peores épocas del matrimonio, ella había llegado a pasar dos meses sin salir de la casa.

Con el tiempo se fueron habituando el uno al otro. Azucena había aprendido a no discutir. La sumisión tenía sus ventajas: podía salir sola a la calle, recibir a alguna ex compañera del colegio y ahorrar algo de dinero que él le dejaba.

Una vez por semana, los domingos, pasaban el día en la casa del padre de Azucena.

Ramón los recibía con un asado, abrazaba a su amigo con euforia y saludaba a la hija con un gesto apático.

Azucena entraba a la casa, limpiaba a fondo la suciedad que habían dejado su padre y sus hermanos y preparaba alguna ensalada.

Después de comer, lavaba los platos y se acostaba en la cama del padre, donde había muerto su madre abrazada a ella. Lloraba en silencio mientras afuera se oían las risas de los hombres, y le contaba a la madre muerta cómo había sido su semana.

A la noche volvían en el auto de Alberto, escuchando algún partido de fútbol por la radio.

Ya en la casa, Alberto acomodaba algunas de las cajas que saldría a vender al día siguiente y, si todavía no tenía sueño, le hacía a su mujer el anuncio clásico: “Vamos a la pieza”.

Varias veces Azucena le había pedido permiso a Alberto para salir a trabajar. Él se negaba sistemáticamente. Decía que no era necesario porque la venta de electrodomésticos les permitía vivir sin mayores privaciones.

Ella intentaba explicarle que en la casa le sobraba el tiempo, y que se aburría. Le decía que podía hacer cualquier cosa, incluso trabajar como empleada en alguno de los lugares a los que él vendía sus artículos eléctricos. El argumento era bueno: si ella trabajaba con conocidos de su marido, él podría controlarla y no

existiría el peligro de la traición que tanto lo obsesionada.

Alberto le había dicho varias veces que estaba obligado a vigilarla debido a la gran diferencia de edad entre los dos.

“Si estaba casado con una mina de mi edad, no iba a haber problemas. Pero yo te llevo más de treinta”, decía él. Ella le juraba que no lo engañaría, e insistía con sus ruegos. Pero Alberto era terminante en su negativa.

Azucena, entonces, se resignaba, tal como había hecho siempre a lo largo de su vida.

Si tenía la suerte de no estar encerrada, iba a la casa de sus pocas amigas o las recibía en la casa. Por lo general, sus amigas no estaban mucho mejor que ella: a algunas las había dejado el marido, otras eran solteras y con hijos y todas tenía graves problemas para llegar a fin de mes con el dinero de sus sueldos.

Dos de las amigas que más la visitaban solían consolar a Azucena diciéndole que su novio aquel con el que ella había pensado casarse, ya tenía varios matrimonios en su haber. “A las mujeres les mete los cuernos y después las deja. Resultó un desastre, al final. Así que agradece que te salvaste”.

Azucena no lo veía así. Estaba segura de que su ex novio se comportaba de esa forma porque no estaba con la mujer adecuada, que era ella. “me sacaron de mi destino, y a él también”.

A medida que pasaban los años, la convivencia entre Azucena y Alberto se iba asentando. Los vaivenes en la relación eran fáciles de predecir: los períodos de calma siempre eran seguidos por otros de mal humor y ofuscación hasta llegar a la pelea lisa y llana, donde abundaban los golpes y los insultos. Alberto se había acostumbrado a pegarle a su mujer y ella aceptaba todo como un eslabón más en la cadena de desgracias que se había instalado cuando murió su madre.

La mayoría de la veces, los golpes empezaban después de alguna discusión vinculada con los hombres. A pesar de su estricta vigilancia, Alberto seguía sospechando que su mujer no era confiable. El hecho de que Azucena no hubiera vuelto a quedar embarazada reforzaba sus dudas. Cada mes, cuando él advertía que a su mujer le había venido la menstruación, renacían los problemas. Alberto había empezado a creer que él era estéril y que el embarazo perdido, tal como él había pensado en su momento, era la herencia del anterior novio de Azucena. Si ella había sido capaz de mentirle así al principio, iba a seguir mintiéndole, con toda seguridad, a lo largo de los años.

Azucena, por su parte, no tenía ninguna duda: Alberto era el responsable de su único embarazo: ella había dejado de ver a su anterior novio casi dos meses antes de su casamiento.

En realidad, Azucena no quedaba embarazada porque tomaba pastillas anticonceptivas, fue tal la rabia y la desilusión por haber

perdido a ese bebé, que decidió que nunca más iba a pasar por una angustia semejante. Además, no quería tener hijos con un hombre tan despreciable y violento.

Alberto desconocía ese dato, pero ella prefería afrontar las peleas mensuales por los frustrados embarazos antes que confesar que tomaba pastillas. Muy probablemente él la dejaría encerrada para evitar que las comprara o las consiguiera en algún lado. Además, Azucena disfrutaba por el disgusto de su marido, que al ver que no lograba embarazarla, se sentía casi un anormal.

Cuando Azucena cumplió veinticinco años, sus amigas le prepararon una fiesta en la casa de una de ellas.

Azucena estaba feliz. Desde la muerte de su madre, nadie le había festejado el cumpleaños.

Al mediodía, cuando Alberto se estaba yendo, ella le avisó que saldría con un par de amigas que querían saludarla. El marido le preguntó si celebraban alguna cosa. Azucena, con una sonrisa irónica, le dijo que no, que se encontraban para verse como tantas otras veces.

No le había dicho la verdad por rabia: se dio cuenta de que en todos esos años él jamás le había preguntado nada de su vida. Ni siquiera su fecha de nacimiento. No tenía ningún sentido cambiar el patético estado de las cosas.

La casa de su amiga estaba llena de guirnaldas y globos. Entre

todas había comprado una torta grande de chocolate, sándwiches de miga y sidra. También había regalos: un saco tejido y una tarjeta con un paisaje nevado, en donde entre todas habían escrito que la querían y que le deseaban una vida feliz.

Después de la euforia inicial, Azucena empezó a llorar.

Desolada, les decía a las amigas que su vida no tenía ningún sentido y que lo único que quería era estar con su mamá, estuviere donde estuviere.

Todas trataron de calmarla pero Azucena seguía haciendo el balance de las injusticias y crueldades de su vida.

Al fin tomó un par de copas de sidra, se sonó la nariz, agarró sus regalos, dos globos, un pedazo de torta que sobraba y volvió a la casa.

Cuando su marido la vio entrar con los paquetes y los globos miró la hora y le preguntó a gritos cómo era posible que llegara a la casa a las ocho de la noche. Azucena, que durante el viaje de vuelta siguió haciendo el recuento mental de sus desdichas, le dijo que estaba festejando su cumpleaños, y que se había cuenta de que su vida era “peor que la de los perros”.

Alberto cayó en la cuenta de que su mujer le había negado, a la mañana, que fuera a festejar alguna cosa. Pensó entonces que le había mentado para no invitarlo, porque en esa fiesta seguramente habría algún hombre que él no debería ver.

Enceguecido, le dio una trompada que la tiró contra un mueble. Azucena cayó sentada al suelo, donde recibió más golpes y patadas.

Desde el suelo, vio a su marido desencajado, con dos botones de la camisa saltados y el pelo gris sobre la cara. Recordó que durante varios días había visto una llave inglesa sobre una de las cajas de electrodomésticos. Se incorporó y la agarró. Cuando Alberto quiso pegarle otra trompada, ella lo golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas.

El marido, con la cara llena de sangre, cayó hacia atrás, tirando varias cajas. Cuando dio contra el piso, ella siguió golpeándolo en la cabeza con la llave.

Azucena pasó toda la noche sentada en la cama, sin saber qué hacer.

A la mañana se bañó, se limpió la sangre seca que le había quedado en la cara y en las manos, y se vistió.

Cuando pasó por el living tapó a Alberto con un mantel y salió hacia la casa de su padre.

Azucena encontró a Ramón tomando mate en la cocina, con frío y quejándose de su salud precaria. Era diabético, y cuando no podía comprar la insulina empezaba a sentirse mal, con mareos y baja presión.

Azucena lo escuchó y al final le dijo que había ido a visitarlo para

festejar su cumpleaños, que había sido el día anterior. Su padre la felicitó y le preguntó por su edad. También le dijo que le extrañaba que no hubiera ido con Alberto. “Está de viaje, por unos días”, dijo la hija.

Azucena entró a la casa, hizo un limpieza general y preguntó por los hermanos. El padre le dijo que no volverían hasta la noche.

La hija que le iba a preparar algo para comer.

Fue a la cocina y abrió la heladera. No encontró nada. Sobre la mesada había visto unas plantas de acelga algo mustias. Fue al gallinero y sacó media docena de huevos. Haría una tortilla de acelga.

Mientras el padre se acostaba un rato, Azucena pasó la verdura por agua hirviendo, la cortó, batió los huevos y mezcló. Fue al lavadero y buscó en un estante donde ella sabía que se guardaba el veneno para ratas. Encontró la caja en el mismo lugar y se la sirvió.

Un rato más tarde Ramón estaba agonizando, mientras la hija tiraba los restos de tortilla por el inodoro y limpiaba el plato y la sartén, para evitar que a sus hermanos les pasara algo. Cuando estuvo todo en orden, fue a la ruta a esperar el colectivo.

Azucena vivió en la calle por una semana, hasta que fue a una comisaría donde confesó todo.

“Después que maté a mi marido me di cuenta de que había sido injusta. No podía matar a Alberto y dejar a mi papá vivo. A final, el que me hizo casar fue con Alberto fue él. Me sacó del destino que me tocaba. Y cuando le puse veneno en la tortilla, hasta me vino una alegría. Porque él no había tenido pena de mamá, cuando mamá se moría. Yo tampoco tuve pena de él. Ahora estamos todos a mano. Estoy tranquila. Y mamá me habla y me dice que siempre me va a cuidar, aunque ella esté muerta. Por eso estoy bien, porque estoy con mamá y porque ahora nadie le debe nada a nadie.”

Azucena fue declarada culpable por el asesinato de su marido y su padre. La condenaron a once años de prisión. Salió en libertad en 1975.

Vivió en la calle durante dos años, hasta que fue internada en un instituto neuropsiquiátrico

Perla B., anfitriona

En los cursos de cocina, Perla B. se destacaba por su dedicación y prolijidad. Metódica, anotaba los ingredientes y los pasos a seguir, y más tarde, a la noche, intentaba memorizar las recetas como si fueran poesías. "Es un ejercicio para la cabeza", les decía a sus compañeras.

En realidad, Perla no sentía la menor pasión por la gastronomía: simplemente quería estar un rato fuera de su casa y distraerse del agobio doméstico.

Tenía treinta y cinco años y hacía seis que estaba casada con Daniel, a quien ella calificaba como "el hombre más importante del mundo, el que me cambió la vida". Era verdad: cuando se conocieron, Perla estaba más interesada en convertirse en monja que en tener un novio. Pero bastaron unos cuantos encuentros con él para abandonar toda pretensión religiosa.

A Daniel, seducir a Perla le resultó una experiencia nueva y estimulante. Nunca había salido con una mujer tan ingenua y a la vez tan curiosa a la hora de aprender.

Sin embargo, el casamiento marcó el inicio de los conflictos. Daniel se había casado. Sin miedo ni prevenciones: para él, una libreta no hacía ninguna diferencia ni marcaba un antes y un después en la vida de nadie. Por eso, ni bien volvieron de la luna de miel, él llamó a Claudia, una antigua amante, y salieron a festejar el reencuentro. Perla se quedó en la nueva casa, desarmando las valijas y mirando el reloj hasta que, a las siete de la mañana, escuchó la puerta.

Daniel soportó los reproches de su mujer con una mirada helada y le explicó que se tendría que acostumbrar a sus horarios erráticos. “Siempre viví así y no veo por qué voy tener que cambiar”.

Perla lloró y se angustió, pero al fin llegó a la conclusión de que todo iba a mejorar: Daniel estaba actuando por un lógico temor al compromiso. En cuanto se acostumbrara a su nueva condición de hombre casado, las cosas se pondrían en su lugar.

Perla había asumido su rol de esposa con estoicismo. Padecía las humillaciones constantes de su marido sintiendo una incomodísima sensación de culpa. Estaba, además, asombrada por la transformación de Daniel. Ya no era el hombre cariñoso del que se había enamorado, sino una persona despótica y egoísta

que le hacía la vida imposible. Sin embargo, ella se sentía responsable por todo y rezaba durante horas para revertir la situación.

Luisa, la madre de Perla, trataba de consolar a la hija con argumentos prácticos: "Si tu marido sigue así, te divorciás y se acabó". Pero para Perla, el recurso del divorcio era demencial. "¿Cómo me voy a divorciar? Me casé para toda la vida". Le explicaba entonces a su madre que había mil cosas para hacer antes de llegar a ese punto, y destacaba el poder persuasivo del diálogo. "Hablando todo se arregla, mamá, quedate tranquila".

Perla pasaba el día entero en su casa sin nada para hacer. A la mañana le preparaba el desayuno al marido, le alcanzaba la ropa recién planchada y lo despedía con una sonrisa insegura. Después hacía las compras, cocinaba, acomodaba la casa y se sentaba en un sillón a esperarlo.

Daniel tenía un negocio de compra y venta de repuestos para autos, que lo hacía vivir al día y malhumorado. Harto de sus clientes, de las inspecciones municipales y de los proveedores impiadosos, desquitaba su furia con su mujer, que día a día estaba más sometida y acobardada ante las actitudes hostiles del marido.

"La veo sentada en la cocina esperándome y ya tengo ganas de pegarle", le decía a su socio, Luis, que se asombraba de las constantes peleas telefónicas del matrimonio.

Un año después de la boda, Perla quedó embarazada. Luis recibió la novedad como una tragedia. Le explicó que estaba a punto de ampliar el local y que necesitaba poner todo su dinero y su energía en ese proyecto. "Vamos a tener que dejar el hijo para más adelante", anunció.

Perla estaba desolada. Por sus convicciones religiosas, veía el aborto como un simple asesinato. Daniel dejó de lado sus modales brutales y decidió convencer a la mujer de otra manera. La abrazó, le preparó un té, y le dijo que en el futuro podrían tener más hijos, y que esos hijos vivirían en mejores condiciones. "Pero ahora es imposible. No tenemos un mango. El pibe no va a poder criarse bien y nosotros vamos a estar peleando de la mañana a la noche".

Perla aceptó. Para recompensarla, y como gesto de agradecimiento y buena voluntad, Daniel le regaló un set de elementos de cocina que incluía un delantal, peladores de verdura, ralladores, cuchillos y budineras.

Daniel seguía visitando a Claudia, su antigua amante, con la misma regularidad de siempre. Dos o tres veces por semana, como un novio de toda la vida, aparecía sonriente y con un vino, dispuesto a quedarse a comer y a dormir.

Claudia se asombraba por la paciencia absurda de la esposa, que aceptaba que su marido pasara noches enteras fuera de la casa. Para Daniel, sin embargo, se trataba de una situación normal. "Yo me casé, no me pegué un tiro en la cabeza, y si a ella no le gusta, que se la banque".

En la casa, Perla esperaba, leyendo libros de autoayuda que sacaba de la biblioteca del barrio.

Su madre, que estaba al tanto de la conducta de Daniel, no podía soportar la pasividad de la hija y su mansedumbre frente a la actitud del marido. "¡Reacciona! Te portás como una estúpida", le gritaba enfurecida. "Mejor te hubieras hecho monja, que al menos no te iban a humillar como te están humillando".

Daniel ya le había hablado a su esposa de la existencia de Claudia, disimulando apenas el temor de la relación. Le dijo que era su "amiga íntima", que se aconsejaban mutuamente, que se

querían y que nunca iban a dejar de verse. Perla había intentado invitarla a comer, pero Daniel se negaba. "No hay que mezclar las cosas".

Sí invitaba, en cambio, a otros amigos, en especial a Esteban, un ex compañero de colegio, y su esposa Lucy. Con ellos se había establecido una rutina invariable: comían juntos los sábados y los miércoles a las nueve de la noche.

Muy rápido Lucy se dio cuenta de que Perla estaba viviendo un matrimonio tortuoso y desdichado. Frente a ella y al resto de los invitados, Daniel criticaba la comida de la mujer, le decía que sus comentarios eran estúpidos, le gritaba, y hacía menciones descaradas acerca de sus citas con Claudia, su "amiga íntima".

Incómoda, Lucy trataba de desviar la conversación hacia otros terrenos, pero el daño estaba hecho.

Solas en la cocina, Lucy le decía a Perla que tenía que controlar a su marido antes de que fuera demasiado tarde. "Si lo dejás que te trate así, va a ser cada vez peor. Ponelo en su lugar". Perla escuchaba, en silencio, pensando que, acaso, la insistencia de Lucy en criticar a Daniel ocultaba otras intenciones.

Una tarde, mientras hacía unas compras, Perla vio, pegado en la puerta del mercado, un anuncio de clases de cocina. Anotó el número y llamó desde su casa para averiguar precios y horarios. Más tarde, cuando llegó el marido, ella le pidió el dinero para la inscripción.

Daniel estaba de buen humor: había cerrado un negocio interesante que le permitiría saldar una deuda con el banco. Le dijo que sí, que podía hacer el curso, y de paso mejorar la calidad de las comidas hogareñas, a las que él calificaba como asquerosas.

Perla estaba entusiasmada. Al fin tendría alguna actividad que la distraería de sus esperas y de su aburrimiento.

El curso en el que se anotó era de comida china, las clases se daban los martes y los jueves de cuatro a seis de la tarde. Feliz, Perla se preparaba desde la mañana, y salía a la calle con la actitud segura y orgullosa de quien está yendo a cursar sus primeras materias en la universidad.

En la casa preparaba las recetas que había aprendido, adaptándolas al peculiar gusto del marido: pimienta sí, pimentón no, cerdo sí, pollo no, fideos sí, arroz no.

Después de ese curso le siguieron otros más: comida árabe, repostería alemana, entradas calientes, comida criolla, carnes y pescados.

Cada vez que la esposa hacía una comida y desplegaba sus nuevos conocimientos culinarios, Daniel la criticaba y se burlaba de ella. "Si después de tantos cursos hacés esta porquería, imaginate si no estudiabas".

Una noche, mientras preparaba la comida para varios invitados, Perla volvió a decirle al marido que estaba interesada en conocer a Claudia. "Si querés yo la llamo", le sugirió a Daniel, que negó con énfasis la posibilidad de traer a su amante a su casa. Perla insistía: "Le digo yo que venga a comer con nosotros. Si es tan amiga tuya, no sé por qué no la voy a conocer".

Daniel estalló. "¿Sabés qué? No te la presento porque es mi mina. Y la conozco desde mucho antes que a vos. Así que no jodas".

Perla intentó darle un cachetazo. El marido le frenó la mano y le dio, a su vez, un golpe en el ojo que la tumbó.

Un rato más tarde, cuando llegaron todos a comer, Perla estaba

poniéndose una bolsa de hielo en el ojo amoratado. Explicó en forma confusa que se había golpeado con la puerta del horno.

Con una excusa, Lucy la llevó al dormitorio y le preguntó por qué seguía adelante con el matrimonio. "Porque él es mi marido. Cuando está tranquilo, estamos bien".

Daniel compartía esa visión del matrimonio. A sus amigos les explicaba que Perla era una mujer buena, que hacía lo que se le pedía y que, además, a él le gustaba que fuera su esposa. "Es rompe bolas pero la quiero".

Después de haberla visto con el ojo golpeado, su madre empezó una campaña destinada a lograr la separación de Perla. Aparecía todos los días a la hora del almuerzo y trataba de convencerla de la necesidad imperiosa de contratar un abogado y tramitar un divorcio. Se había enterado, además, de la existencia de Claudia, y de la cantidad de veces que su yerno dormía fuera de la casa. "Si tu padre viviera, te sacaba de los pelos de esta casa. A la rastra te volvías con nosotros".

Perla sentía que su vida era una lucha permanente. Su marido y su madre, las dos personas más importantes de su vida, la agredían y la consideraban alguien inferior, a quien podían

ofender y manejar a su antojo.

A Lucy le confesaba su sensación de encierro. "No sé qué hacer. No veo ninguna solución, porque lo que me está pasando, me va a seguir pasando". En las clases de cocina empezó a bajar su rendimiento. Se distraía, se lastimaba con los cuchillos y, de golpe, levantaba la mano para preguntar, con voz insegura, si esa receta no la habían visto antes. Lucy, que la acompañaba en algunos de los cursos, se reía de su confusión. Perla replicaba con tristeza. "Sí, me confundo. Todo el tiempo me parece que las cosas se repiten".

Una noche, antes de dormir, Perla le comentó al marido que quería trabajar. Un pariente de Lucy quería asociarse con ella para preparar viandas y venderlas en empresas de la zona. Lo único que necesitaba era una pequeña suma de dinero para empezar. Daniel se negó de plano. Le dijo que no pensaba darle ni un solo peso. "Y lo hago por tu bien. Porque después te vas a fundir y me vas a venir a llorar a mí". Perla siguió insistiendo y le dijo que una de sus profesoras la había felicitado y le había dado la idea de abrir un restaurante con pocos cubiertos, para ir empezando. Daniel la miró, asombrado. "Qué manga de pelotudas las profesoras No tienen ni idea de lo que es un restaurante". Perla insistió un buen rato mientras Daniel, exagerando su

indignación, había prendido el televisor a todo volumen para no escucharla. Ella trató de seguir argumentando, pero se dio cuenta de que era inútil.

Al otro día le comentó a Lucy su charla frustrada. "Eso me pasa por creer que podía zafar".

Un miércoles Perla se despertó y se dio cuenta de que su marido todavía no había vuelto. Eran las nueve de la mañana. Nunca había desaparecido por tanto tiempo: lo habitual cuando se quedaba a dormir en lo de su "amiga íntima " era que volviese a las siete, como máximo.

Perla se vistió, se arregló y se sentó en el comedor a archivar sus notas de cocina. Más tarde apareció la madre, para insistir con el tema del divorcio. "Me dijeron que no sale con una sola. Tiene varias", le comentó escandalizada a la hija.

Cuando volvió a quedarse sola, Perla llamó al negocio del marido. Un empleado le dijo que justamente Daniel había llamado hacía un rato para decirle que llegaría a las cinco de la tarde.

Muy afectada, Perla se propuso no insistir. Esa tarde, a las siete, la hora en la que él habitualmente volvía del trabajo, tampoco

apareció.

Toda la noche Perla se quedó viendo televisión, leyendo sus libros de autoayuda y llorando desconsolada. A la mañana siguiente no había ninguna novedad. Perla se dijo que no tenía que buscarlo pero al fin, cerca de las tres de la tarde, no resistió más y lo llamó al local de repuestos. Esta vez el empleado le dijo que no lo iba a encontrar: Daniel había llamado antes para anunciar que se tomaba un par de días de descanso.

Al tercer día, Perla fue a la casa de Claudia. Hacía tiempo que había copiado su dirección de una agenda del marido. Le abrió la puerta una mujer muy alta, desgarrada, con el pelo negro y enrulado. Perla, sintiéndose fea y disminuida, le preguntó si era la amiga de su marido. Claudia asintió con un movimiento de cabeza. Perla, tartamudeando, le dijo que estaba preocupada por la ausencia de Daniel y que quería saber si había pasado por ahí. Ante el silencio provocador de Claudia, Perla preguntó en voz baja si podía verlo. Claudia sonrió, despectiva. "Acá no lo tengo. Por ahí está en un hotel, con otra amiguita".

Perla volvió a la casa, sin saber qué hacer. Un rato después, Daniel la llamó para preguntar, con voz helada, si uno de sus proveedores lo había estado buscando, y para anunciar que más

tarde iría a comer.

Cuando volvió a la casa, Daniel encontró a Perla en la cocina, picando cebollas y ajos. Se acercó a ella y a los gritos le preguntó por qué había ido a ver a Claudia. Le dijo que no tenía por qué meterse en la vida de los otros, y que agradeciera que su amiga no la hubiera echado de su casa a patadas en el culo.

Muy asustada, Perla le explicó que no fue a lo de Claudia para incomodarla sino porque estaba preocupada por él. "Pensé que por ahí te había pasado algo".

Daniel fue terminante. "Si volvés a ir a lo de Claudia, te reviento. A Claudia no la jodés más, ¿te quedó claro?".

Perla bajó la vista y continuó con su tarea de pelar ajos y picarlos, mientras seguía escuchando las recriminaciones violentas de su marido.

De pronto, Perla miró a Daniel. "¿Entonces vas a volver a lo de Claudia? ¿Entonces vos viviste estos días con Claudia?", preguntó, en tono casi infantil.

Daniel sonrió. "Voy a estar todo el tiempo que quiera con Claudia,

es un descanso que me tomo de esta vida de mierda".

Perla se acordó de los consejos de su madre y de Lucy. Las dos, cada una a su manera, le habían explicado que no podía permitir que su marido hiciera lo que se le antojase. Tomó aire y se animó. "No, no vas a ir más. No me gusta que vayas". Daniel se le acercó despacio y, de improviso, le dio una cachetada que resonó en la cocina. Cuando levantó la mano para darle el segundo golpe, Perla agarró el cuchillo y se lo clavó en el pecho. Cuando cayó, le cortó la garganta.

Dos días después, Perla hizo la denuncia en la comisaría. Su marido había desaparecido y nadie sabía nada de él. Explicó que no era la primera vez que faltaba de la casa, pero nunca antes se había ausentado por tanto tiempo.

El policía que le tomó la denuncia preguntó si por casualidad existía otra mujer. Perla, con lágrimas en los ojos, asintió. El policía le dijo que lo mejor sería esperar un par de días más antes de empezar la búsqueda. Mientras tanto, alertaría a los hospitales de la zona, las comisarías y las morgues judiciales. Antes de despedirla, la tranquilizó. "Seguramente anda por ahí y en cualquier momento aparece".

Ya de vuelta en su casa, Perla llamó por teléfono a su amiga Lucy. Le dijo que Daniel la había abandonado sin siquiera tomarse la molestia de avisar. "Me dejó plantada. No sé qué hacer". Lucy, desconcertada, le pidió que se calmara y ofreció su ayuda incondicional. Perla, con la voz entrecortada, anunció que pensaba hacer una comida en la casa para reunir a un par de amigos. "Por ahí a alguno se le ocurre dónde lo podemos encontrar". Le adelantó que llamaría a Sergio y Omar, los mejores amigos de Daniel, y le pidió a ella que fuera con Esteban, su marido.

Lucy prometió que irían y ofreció su ayuda para la comida. Perla se negó. "No traigan nada. Yo voy a cocinar, así por lo menos me distraigo".

Cuando terminó de hablar con Lucy, Perla se puso un delantal y empezó a cocinar. Primero abrió un cajón que guardaba debajo de la mesada, y de allí eligió un zapallo bien grande, choclos, cebollas, papas, batatas y zanahorias. De la heladera sacó un pollo entero y los trozos del cadáver refrigerado de Daniel. Haría un puchero, siguiendo la tradicional receta criolla que le habían enseñado en su curso, aunque reemplazaría la carne vacuna por la del marido.

Los amigos llegaron a las nueve, con gestos compungidos y varias botellas de vino. El puchero ya estaba hirviendo en la olla hacía varias horas.

Sergio y Omar estaban incómodos y se sentían culpables. Habían pasado años mintiéndole a Perla para cubrir las infidelidades de Daniel, y sabían que, a esa altura, ella ya estaba al tanto de todo. Omar, cabizbajo, la saludó con un beso y le aclaró que esa vez ellos no sabían nada. Perla le sonrió con tristeza y le dijo que no los había, invitado para hacerles recriminaciones. "En serio, ahora tenemos que pensar en Daniel y nada más".

Lucy se ofreció a servir la comida pero Perla se negó con firmeza. "La cocina está hecha un desastre. Ahí me entiendo yo, nada más". Mientras todos se acomodaban en la mesa del comedor, Perla iba llenando los platos hasta los bordes y los llevaba a la mesa uno por uno, para que no se derramase el caldo.

Esteban, el marido de Lucy, dijo que había llamado a varios amigos en común para preguntar si alguien lo había visto. Todos le habían dicho que hacía días que no se lo cruzaban, Omar, con cierta timidez, quiso saber si habían discutido, o si Daniel había anticipado que quería irse de la casa. Perla miraba su plato lleno y negaba con la cabeza. Al fin, aclaró que siempre discutían por

una cosa o por otra, pero que eran discusiones pasajeras y hasta normales en la pareja.

Sergio reconoció que había llamado a una amiga de Daniel para saber si él se había instalado con ella durante esos días. Todos lo miraron con reprobación: mencionar en ese momento a una amiga de Daniel era una imprudencia imperdonable. Sin embargo Perla salió al rescate de Sergio. "No lo miren así. Yo sé todo lo de Claudia. Y lo fui a buscar ahí, a la casa de ella, pero parece que no estaba".

Asombrados, todos escucharon en silencio, sin animarse a hacer ningún comentario.

Omar, para cambiar el clima de la reunión, pasó al tema de la comida. Elogió el puchero con admiración. "Ni mi vieja hace uno tan bueno". Todos se unieron a los halagos. Sergio, entusiasmado, revolvía en su plato tratando de identificar ingredientes. "Le pusiste pollo, también. Tenés que darme la receta así mi mujer me hace uno, ahora que empieza el frío".

Cuando todos terminaron, Perla sirvió una segunda tanda. Lucy miraba a su amiga con pena y comía con voracidad, ansiosa por el evidente dramatismo de la situación.

A medida que comían el segundo plato de puchero, iban evaluando todas las posibilidades. Omar y Sergio confesaron su desconcierto. "Es raro, él debería habernos llamado para decir adónde se iba". Perla, que no había comido un solo bocado pese a la insistencia de sus amigos, se lamentaba por la suerte de su matrimonio. "Yo no quería que todo terminara así", repetía con angustia. Melancólica, Perla removía con un tenedor su puchero frío, hasta que de pronto levantó la cabeza y miró a los amigos de su marido como si en un segundo se hubiera dado cuenta de todo. "¿Y si le pasó algo?".

Por supuesto, los demás ya habían pensado en eso, pero descartaron la idea con falso optimismo. "No, qué le va a pasar. Para nada. Debe estar en algún lado viendo cómo volver sin que lo cagues a trompadas".

Perla, agobiada, se levantó para ir al baño.

Cuando quedaron solos, volvieron a repasar todas las posibilidades. Lucy estaba indignada. No podía entender cómo un hombre se iba de su casa sin tener siquiera el gesto de avisar. "¿Qué le costaba decirle que la estaba abandonando? Los hombres son de cuarta".

Omar miró su plato vacío. "Me parece que me voy a servir un poco más, ya que estoy", les dijo a los amigos. Fue a la cocina, mientras los demás trataban de recordar el nombre de alguien que pudiera tener datos de Daniel. De pronto escucharon un grito aterrador y el ruido de vajilla rota.

Corrieron a la cocina y encontraron a Omar vomitando en la pileta. Acababa de pescar un pie humano con el cucharón.

En sus declaraciones ante la policía, Perla mostró cierta confusión mental. "Hay cosas de las que no me acuerdo bien. Lo que sí sé es que a mi marido no le gustaban las comidas raras. El puchero le gustaba, de eso me acuerdo. En algún momento, mientras cocinaba, hasta pensé que él también iba a venir a cenar con los amigos, como siempre. Pero no iba a venir. Ya estaba ahí".

Perla B. fue acusada de homicidio agravado por el vínculo. La condenaron a doce años de prisión. "Tienen razón", dijo, cuando escuchó la sentencia. "Actué por rabia, sin pensar, y está bien que vaya a la cárcel". Cumplió íntegramente su condena. Salió en libertad en 1984.

Alicia I., Deudora

Cada noche, al cerrar la puerta del almacén, Alicia pensaba en las injusticias de la vida. Había trabajado sin parar durante más de veinte años y lo único que había logrado era comprar ese local oscuro y decadente donde funcionaba su negocio. Cuando empezó en el rubro comercial, imaginaba que al cumplir los cuarenta sería la dueña de una cadena de mercados que tendría sedes en los pueblos y ciudades más importantes de todo el país. Pero había cumplido cuarenta y siete, y su sueño empresario estaba muerto y enterrado. A duras penas lograba mantener a flote su único almacén que, para colmo, llevaba el nombre del marido que la había abandonado: Carlos Luis.

Cada vez que bajaba la persiana del local, Alicia les dejaba comida a sus tres gatos y salía por la puerta de atrás, que comunicaba con su casa. Tomaba un baño, preparaba la comida para su hijo Luis y, mientras lo esperaba, hablaba por teléfono con su amiga Nelly. Le

contaba paso a paso todas sus actividades, comentaban juntas los programas de televisión y las últimas novedades del barrio y se despedían hasta el día siguiente.

Nelly era una maestra jubilada que vivía a cuatro cuadras de la casa de Alicia, a quien conocía desde hacía casi treinta años. Era soltera y nunca había tenido novio. En su época de estudiante se había interesado por un hombre mayor que ella, pero jamás logró que él la invitara a salir. Al final, se dedicó por completo a la docencia y fue dejando de lado toda aspiración sentimental. Su desgano afectivo se combinó con un notorio descuido por su físico: engordó, llevaba el pelo gris y desprolijo, y jamás se ponía una gota de maquillaje.

Nelly era diez años mayor que Alicia pero adoptaba el papel de una hermana menor desamparada. Antes de tomar cualquier decisión, Nelly consultaba con su amiga y, sumisa, acataba lo que la otra indicaba. Así, había sido Alicia la que le aconsejó ahorrar todos los meses un tercio de su sueldo, comprar dólares, colocar dinero a plazo fijo e invertir en un par de terrenos próximos al cementerio del pueblo. "Tenés que prepararte para cuando no trabajes más", le decía siempre Alicia. "Ya que no tenés hijos que mantener, usá la plata para tu futuro."

Alicia se había casado antes de cumplir los veinte años. Poco tiempo

después nacía su hijo Luis e inauguraban, con una modesta reunión familiar, el almacén.

En menos de cinco años, Alicia se había dado cuenta de que su esposo carecía de una mentalidad apta para los negocios: no tenía ningún interés en expandirse ni en ganar más dinero. "Tenemos lo necesario y así estamos tranquilos", repetía Carlos. Para él, lo indispensable era vivir en paz y no embrollarse con créditos y deudas que tampoco garantizaban un dinero seguro.

Alicia se indignaba. Le resultaba absurdo que un hombre joven como Carlos no tuviera la más mínima aspiración económica.

Mientras dejaba a su hijo Luis al cuidado de tías y empleadas, ella recorría casas de préstamos, bancos y supermercados mayoristas. Imaginaba nuevas estrategias de venta, mudanzas y mejoras. Carlos la miraba con estupor. No podía creer que su esposa se tomase tantas molestias para modernizar un simple almacén de barrio. Poco a poco, cada uno empezó a ver en el otro un costado absurdo y lamentable.

Alicia resolvía su angustia conyugal concentrándose más y más en el almacén: estaba segura de que a la larga sus planes de crecimiento la convertirían en una mujer exitosa y adinerada. Carlos, en cambio, había remediado su decepción con una amante.

Todas las tardes, mientras la esposa atendía el local y soñaba con su futuro promisorio, Carlos se metía en la cama de Laurita, la hermana separada de uno de sus amigos. Los hijos de ella estaban en la escuela y no volvían hasta las seis, con lo cual tenían la casa a su disposición. Carlos, por su parte, le decía a la esposa que iba al club con sus amigos o que salía a caminar para bajar el colesterol. A Alicia no le importaba: le gustaba tener todo el local para ella y hacer y deshacer a su antojo.

Tampoco sospechaba de Carlos: le parecía que a ninguna mujer le podría interesar estar con un hombre tan lineal y tan poco ambicioso como su marido.

Mientras tanto, Carlos y Laurita eran felices en su mundo sencillo y erótico. Al principio habían decidido, de común acuerdo, no hacer ningún intento de convivencia. Estaban bien como estaban. Los años pasaban y ellos se habían acostumbrado a ese vínculo constante, aunque desprovisto de compromisos. Pero cuando una tarde festejaron que Luis había empezado el primer año de la secundaria, pensaron que era el momento de implementar algún cambio. Esa misma noche Carlos le anunció a la esposa que la dejaba.

Alicia soportó el golpe de la separación sin una queja. Le dijo a todo el

mundo que estaba encantada de empezar a vivir sin el inservible del marido, y que la repentina aparición de otra mujer había sido providencial. "Qué suerte. Esa mujer no sabe el favor que me hace", repetía. Sin embargo, estaba desolada. Pasaba el día entero fingiendo una despreocupación que no sentía, ya la noche llamaba por teléfono a Nelly para descargar su malhumor.

Por esa época las dos amigas empezaron a almorzar juntas todos los días. Alicia pasaba la mayor parte del tiempo criticando a su ex marido Con ferocidad y felicitándose a sí misma por haber empezado una nueva etapa de su vida. Nelly la escuchaba Con escepticismo. "Estás muy contenta Con la separación, pero te la pasás hablando de Carlitos, al final. Para mí que todavía lo querés. "Alicia se indignaba. Le decía a su amiga que no podía opinar de nada porque ella jamás había tenido pareja, lo cual la inhabilitaba para hacer cualquier análisis de la situación. Muchas veces también participaba del almuerzo una sobrina de Nelly, que se divertía enormemente con esas discusiones sentimentales. Fue ella la que le sugirió a Alicia que cambiara el nombre de su almacén: le dijo que era una tortura inútil estar trabajando en un lugar que llevaba el nombre del marido que la había abandonado.

Alicia la miró con lástima. "No entendés nada de negocios. Las cosas no son así. "Le explicó que el mundo estaba lleno de mujeres

exitosísimas, que triunfaban llevando todavía el apellido de sus ex maridos, y que, además, era imposible cambiar una marca comercial por un hecho tan insignificante como un divorcio.

Mientras tanto, el negocio seguía manteniéndose con altibajos. Alicia advertía que pasaba el tiempo y que todos sus planes eran imposibles de realizar. A pesar de sus esfuerzos, seguía siendo la dueña de un miserable almacén de barrio. Las mejoras eran todas superficiales: cambios en las estanterías, luces más potentes y heladeras más vistosas.

En una inmobiliaria había averiguado precios de locales para instalar su primera sucursal. Pensó en pedir un crédito en un banco, pero pronto advirtió que no cumplía con los requisitos básicos para que se lo otorgaran. Deprimida, le dijo al dueño de la inmobiliaria que siguiera avisándole cuando salieran a la venta locales de ese tipo. "Estoy ahorrando, así que no se olvide de llamarme cuando haya una oportunidad. "

Durante el tiempo en el que Luis cursaba el colegio secundario, Carlos la ayudaba con algún dinero para la manutención del hijo. Por supuesto, Alicia se quejaba y les decía a todos sus clientes que su ex marido era "un cero a la izquierda " que le pasaba tres pesos miserables.

Carlos no se preocupaba por las críticas de Alicia. Vivía en la casa de su nueva mujer, donde había instalado un quiosco que funcionaba con bastante éxito, y había tenido otro hijo.

Cuando Luis terminó el colegio secundario, dejó de pasarle dinero a su ex esposa y se desentendió de su vieja vida.

Alicia, temerosa de ser percibida como una perdedora, empezó a salir con el encargado de una concesionaria de autos. El hombre, Cacho, le resultaba triste y aburrido, pero era lo único que había podido encontrar.

Después de su jubilación, Nelly se había vuelto más dependiente de Alicia. La soledad y la vejez la asustaban. Cada ruido en su casa y cada alteración en su ritmo cardíaco eran motivo de una angustia profunda. Para compensar, comía con desesperación, en especial alfajores y chocolates. En pocos meses había aumentado casi quince kilos, y Alicia se lo reprochaba con crueldad. "Estás hecha un adefesio. Y además te vas a enfermar. Cuando te dé un infarto, yo no voy a venir a cuidarte."

Alicia se daba cuenta de la nueva fragilidad de su amiga y se encargaba de mortificarla. Estaba tan decepcionada por su propia vida

que sentía la necesidad imperiosa de desquitarse con alguien. Nelly soportaba todo con sumisión: para ella, cualquier cosa era mejor que pasar el día sola o esperando la visita ocasional de algún pariente.

Cuando su sobrina pasaba a verla, solía ser testigo de la particular relación de las dos. Sin embargo, no sabía cómo intervenir. Cuando Alicia se iba, encaraba a su tía y le preguntaba cómo era capaz de soportar una amiga semejante. Nelly admitía que Alicia estaba particularmente agresiva, pero la justificaba. "A la pobre la dejó el marido y en el almacén no le está yendo nada bien. "

Cuando terminó el colegio secundario, Luis empezó a estudiar medicina. Para pagarle los estudios, Alicia intentaba poner en práctica nuevas técnicas de ventas que fracasaban una tras otra.

Un día, después de varias lluvias particularmente intensas, el almacén amaneció inundado. Una enorme grieta en el techo dejaba pasar el agua. Buena parte de la mercadería se arruinó. Alicia tuvo que cerrar por unos días su negocio. No tenía dinero para cancelar las deudas con sus proveedores ni para darle a su hijo, que tenía gastos permanentes en la facultad.

Acorralada, le pidió ayuda a Cacho, su novio, que le dio una serie de excusas banales para no darle un centavo.

Sin hacer números ni calcular costos, Alicia acudió a un prestamista. Fue el comienzo de la debacle.

Las reparaciones del almacén "Carlos Luis" llevaron dos semanas. Mientras estaban en obra, Alicia pasaba la mayor parte del día en la casa de Nelly, que criticaba en forma despiadada su decisión de pedir dinero prestado. "Los prestamistas te matan. Sos loca. No podés pedir ese dinero así. Tendrías que haber ido a un banco." Alicia le explicaba que ya le habían rechazado una vez su solicitud para recibir un préstamo, y que además no podía perder tanto tiempo para hacer los trámites.

Las dos pasaban tardes enteras casi sin hablarse, mirando televisión o leyendo revistas. Nelly pensaba que su amiga era amarga e impulsiva, y que esas características le habían impedido ser feliz y llevar una vida aceptable. Por su parte, Alicia veía a Nelly como una persona infantil y egoísta que ni siquiera había sido capaz de ofrecerle sus ahorros para ayudarla.

Mirándose de reojo, tomaban el té y hacían comentarios in trascendentes sobre algún vecino o algún personaje famoso del espectáculo.

A la noche, otra vez en su casa, y después de vigilar los avances de la obra, Alicia pensaba en Nelly y acumulaba rencor. Acostada en su cama recordaba que había pasado meses y años de su vida escuchando los lamentos de su amiga, sus miedos nocturnos y sus enfermedades imaginarias.

Cuando había recibido el presupuesto para arreglar el local, había corrido a contarle su desgracia, con la seguridad de que la otra le iba a ofrecer el dinero. Alicia sabía exactamente cuánto había ahorrado Nelly en todos sus años de trabajo y ostracismo: 18.500 dólares, muchos de los cuales había ido a comprar ella misma porque su amiga temía ser asaltada a la salida de la casa de cambio.

Cuando vio que Nelly no tenía la menor intención de ayudarla, tampoco le pidió nada. Para su hijo Luis, la actitud de su madre era ridícula. "Andá y decíle que te preste, ¿o no es como una hermana para vos?" Alicia se negaba. "Yo tengo dignidad. Si no es una iniciativa de ella, entonces que se meta la plata en el culo."

Después de los arreglos en el local, Alicia tuvo que empezar a pagar su deuda. Los intereses que le cobraban los prestamistas eran absurdamente altos. Por otro lado, cada vez que Luis tenía más gastos en la facultad o cuando en el almacén se vendía un poco menos, ella se veía obligada a postergar el pago de las cuotas que, de

esa manera, iban incrementándose a niveles inalcanzables para sus ingresos.

Alicia seguía encontrándose con su amiga con la misma regularidad que siempre y le contaba los pormenores de su tragedia financiera. Tenía la esperanza de que al final se apiadara de ella y le ofreciera sus ahorros para cancelar la deuda.

Nelly lo había pensado, pero había descartado la idea. Le parecía injusto dilapidar todo su capital, que tanto esfuerzo le había significado, para terminar solventando los gastos absurdos de su amiga. "Yo que vos no hubiera hecho tanto arreglo", le decía a Alicia. "Con poner una membrana en el techo para que no entre agua, ya estaba bien. Qué tanta pintura y tanta lamparita"

Enardecida, Alicia le decía que los arreglos no habían sido un capricho arquitectónico sino una necesidad para evitar que el negocio se viniera abajo. La otra insistía: "Igual. Te pasaste con los gastos porque todo te parece poco. Siempre fuiste así".

Poco tiempo después, Nelly le contó a Alicia que iba a viajar con su sobrina Norma a Brasil. Ya había comprado los pasajes y un paquete turístico por dos semanas. "Yo sola no me animo a viajar, ya vos no te iba a decir porque estás con ese problema de dinero y no ibas a dejar

el almacén cerrado, ¿no?"

Feliz, le daba los detalles del itinerario y le decía que tenía ganas de conocer otros países y salir un poco: "No me voy a guardar la plata para mi entierro, ¿no?"

Alicia estaba indignada. Pensó que con ese dinero podría haber cancelado unas cuantas cuotas de su deuda y respirar tranquila por unos meses. Tan ofendida estaba que no dijo una palabra. La miró con odio y anunció que tenía que volver a la casa a ordenar unos papeles.

No volvió a hablar con Nelly ni a visitarla hasta que la amiga la llamó para despedirse.

A la vuelta del viaje, Nelly y Alicia retomaron su amistad deteriorada. Se encontraban más por costumbre y por soledad que por ganas de estar juntas. A Luis le explicaba la índole de la relación. "Qué increíble. Estamos con Nelly como cuando tu padre y yo nos íbamos a separar. Haciéndonos compañía pero odiándonos."

Por esa época, empezaron a robar casas del barrio. Para resolver su temor a ser asaltada, Alicia compró un revólver. De hecho, cuando estaba casada, Carlos tenía uno que le había enseñado a usar en

caso de necesidad. Pero se lo había llevado después de una absurda pelea por la tenencia del arma.

Nelly, en cambio, no sabía qué hacer para tranquilizarse. Cerraba puertas, persianas y postigos con llaves y candados, había colocado pasadores en cada cuarto de su casa, y tenía a mano una enorme cantidad de velas y encendedores por si se cortaba la luz.

Todos sus ahorros estaban en el fondo del cajón donde ella guardaba su ropa interior. Con total ingenuidad creía que ése era un lugar que nadie revisaría. Alicia le había advertido mil veces que era una estupidez no dejar el dinero en el banco, pero Nelly no estaba de acuerdo. Sostenía que nadie en el mundo iba a pensar que ella cometería la imprudencia de guardar la plata en su casa y, además, en un lugar tan obvio como el cajón de las bombachas.

Cuando empezaron los asaltos, Alicia volvió a recordarle a la amiga los peligros que corría al vivir sola y con todos sus dólares encima. Nelly, ofendida, le contestó que lo importante era su propia seguridad, y que lo demás le preocupaba muy poco.

Alicia tomó ese comentario como una afrenta. Ella, que estaba hundida y acosada por sus deudas, tenía que escuchar cómo Nelly era indiferente al dinero. "Si tan poco le importa la guita, por lo menos me

hubiera prestado", le dijo a su hijo, en un ataque de indignación.

Mientras tanto, el tiempo pasaba y la deuda de Alicia crecía.

Un año después, Alicia recibió una carta documento anunciándole que si no pagaba lo que debía le iban a rematar el almacén. Muy perturbada, escondió la carta para que su hijo no la leyera y siguió trabajando, mientras pensaba en una solución.

Le preguntó a Cacho, que le recomendó consultar con un abogado, aunque dejó en claro que él no conocía ninguno ni tampoco tenía mucho tiempo como para buscarlo. Indignada, Alicia le dijo que si así eran las cosas, no quería volver a verlo nunca más. Un rato más tarde Nelly la llamó para contarle que la noche pasada no había podido dormir, atormentada por unos ruidos "de alguien que caminaba por el techo de casa".

Alicia le dijo que debía ser algún gato y cortó rápido, harta de escuchar las quejas de la otra. Pero enseguida tuvo una idea. Le robaría el dinero a Nelly y luego renegociaría su deuda: no podía pagar todo junto porque crearía sospechas, pero al menos iría pagando las cuotas y evitaría el remate de su negocio.

No encontraba otra solución. La falta de solidaridad de su amiga se

había mezclado en su cabeza con el desinterés del novio por ayudarla. Estaba sola y, si no actuaba, nadie acudiría a rescatarla.

Dos tardes después, Alicia fue a la casa de Nelly dispuesta a robarle el dinero. Le había llevado una linterna de regalo para que guardara en la mesita de luz. Comieron juntas, hablaron de lo que siempre hablaban y tomaron el té. Alicia esperaba el momento adecuado para entrar al dormitorio de la amiga y robarle el dinero del cajón. Al fin, Nelly fue al baño y la dejó sola unos minutos. Ese tiempo le bastó a Alicia para encontrar el sobre con los billetes y sacárselo. Lo guardó en su cartera y se sentó en la cocina como si nada hubiera pasado.

Esa noche, mientras contaba los billetes, se preguntaba por qué había esperado tanto tiempo para hacer algo tan sencillo. En un par de minutos había conseguido reunir 16.000 dólares. En el mismo sobre estaban las facturas del viaje con la sobrina y de las compras de un par de electrodomésticos: sumando esos gastos se llegaba a los 18.500 dólares que ella recordaba.

Al día siguiente, bien temprano, fue a la oficina donde le habían prestado el dinero y renegoció su deuda.

Las dos amigas siguieron viéndose durante un buen tiempo como si nada hubiera pasado. Pero un mes después del robo, Nelly llamó a la

amiga y la citó en su casa con urgencia. Por su voz, Alicia se dio cuenta de que ya había descubierto que su dinero no estaba.

Antes de ir, pensó una estrategia para defenderse. Iba a decir que no había sido ella la ladrona, y que jamás iba a perdonar una acusación semejante. Por las dudas, guardó su revólver en la cartera y salió.

Nelly le abrió la puerta con los ojos enrojecidos por el llanto ya los gritos le dijo que no podía creer lo que había pasado y que acababa de recibir la peor desilusión de su vida. Alicia intentó convencerla de su inocencia pero no había manera: Nelly seguía llorando y pidiendo a gritos la devolución del dinero. La discusión se prolongó por un buen rato hasta que Nelly le comunicó que haría la denuncia a la policía.

Muy nerviosa, temiendo que los vecinos escucharan todo, Alicia intentó hacer callar a su amiga diciéndole que la iba a ayudar a encontrar al ladrón, pero Nelly no cedía: no tenía ninguna duda de que la ladrona era ella. En ese momento, muy asustada por los gritos de la otra y sus posibles consecuencias, Alicia se tiró encima de Nelly, la hizo caer y le golpeó la cabeza contra el suelo. Cuando estaba tirada e inconsciente, buscó en su cartera y sacó una bolsa de plástico donde había guardado el revólver. Se dio cuenta de que era imposible disparar sin alertar a los vecinos. Dejó el arma y envolvió la cabeza de Nelly con la bolsa, para asfixiarla.

Tres días después del crimen, la sobrina de Nelly fue a visitarla y la encontró muerta. Alicia fue detenida esa misma tarde. "Me enojé porque me gritaba que era una ladrona y todo el barrio la iba a escuchar. Yo no era una ladrona. Podría haberle robado muchos años antes pero nunca le saqué nada. Al final me enojé porque no quería ayudarme. Era una mujer egoísta, pero no merecía morir. La maté casi sin darme cuenta. ..Me parece que si se defendía mejor no la mataba. "

Alicia fue condenada a nueve años de prisión por homicidio simple.

Salió en libertad en 1998.